

# LA SORPRESA DE MI VIDA

ELIZABETH  
NANN



zafiro<sup>♥</sup>



# LA SORPRESA DE MI VIDA

ELIZABETH  
NANN



zafiro<sup>♥</sup>

# Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Encuentra aquí tu próxima lectura](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una

nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros



Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:

Explora      Descubre      Comparte

*Para mi pareja que lo es todo para mí. Te quiero.*

*Y mi querida Beatriz Cortijo. Eres un sol.*

# 1

Desde pequeña he deseado ser madre. No sé por qué, pero el instinto maternal lo he tenido siempre demasiado desarrollado.

Cuando era una niña, para Reyes, me pedía sin falta un muñeco y lo cuidaba como si fuera un bebé de verdad. De más mayor, anhelaba que mis amigas se quedaran embarazadas para poder hacer de canguro de sus pequeños. Hasta tal punto llegaba mi obsesión que mi madre, siendo yo adolescente, me llevó al médico a escondidas de mi padre, que también lo es, para saber qué le ocurría a mi cabeza. Aún lo recuerdo...

—Por favor, hágale pruebas. Lo que sea, porque esta obsesión tiene que ser algo malo. —Lo miró preocupada.

El facultativo dirigió sus ojos a los míos y sonrió.

—Su hija tiene instinto maternal desde chiquitita. ¿Deseas ser madre tan jovencita?

Aquella pregunta me pilló desprevenida. No es que no quisiera tener hijos, pero...

—¡Por Dios santo! ¡Si todavía es una cría! —vociferó mi madre.

—Mamá, no grites —la regañé y miré al doctor—. Yo deseo tener un bebé. Sin embargo, ahora...

—¿Qué? —Mi madre me miró—. Pero, pero ¿tú eres tonta!? ¡Ay, ay, ay! —Se tocó el pecho—. ¡Vas a echar por la borda tu futuro! Que un niño es para toda la vida. ¡¡Para toda la vida!! —Extendió las manos hacia arriba.

Me quedé pasmada. Como siempre, no me había dejado terminar. Así que, tras suspirar, respondí con mi voz juvenil:

—Seré madre cuando acabe mis estudios, tenga estabilidad económica y sea,

claro está, independiente.

Mi querida madre se quedó boquiabierta y el médico rio suavemente.

—Señora, a su hija no le ocurre nada malo. Al revés, para tener quince años, tiene la cabeza muy bien amueblada. A su edad, los adolescentes sólo piensan en salir con sus amigos y ser rebeldes. Tiene mucha suerte.

—No se crea, la otra me lleva por la calle de la amargura.

El doctor sonrió a la vez que asentía y añadió:

—Son cosas de la edad. Mi hijo es horrible y sólo tiene dieciséis años. —Suspiró—. Créame cuando le digo que tiene mucha suerte. —Me apuntó con su bolígrafo y me quedé la mar de contenta.

\*\*\*

Desde entonces han pasado diecisiete años, con cuatro novios de por medio, muchos amigos y varios ligues.

Ahora tengo treinta y dos y sigo queriendo tener un bebé. El problema es que no encuentro a nadie que me llene lo suficiente como para ser el papi. Todos están casados o divorciados o son demasiado jóvenes. Por cierto, se me olvidaba mencionar que los más guapos son gays. Y yo que me enamoré de Ricky Martin..., en fin.

La vida es dura, lo sé, pero no soy de esas que están desesperadas buscando su media naranja. Yo no necesito un hombre que me mantenga. Sólo necesito la semillita, pero no de cualquiera, por supuesto.

Al menos tengo una cosa segura. Soy independiente y tengo un trabajo que me encanta: maestra de educación primaria. Y lo más importante: mantengo los pies sobre la tierra.

—¡Sí señora! —me digo a mí misma en el espejo.

Estoy terminando de arreglarme. Mi hermana gemela, Esther, me va a llevar a comer por ahí porque tiene algo que contarme. Espero que no sea malo, porque, francamente, la pobre lo está pasando fatal. Lleva un tiempo en paro, y eso que tiene un buen currículum: es ginecóloga. La clínica donde trabajaba tuvo que cerrar, debido al jefe, que se llevó todo el dinero y desapareció del mapa.

El timbre suena a los cinco minutos.

—Ya bajo. Me pongo los tacones y salgo.

—¡Vale!

Demasiada euforia en su voz. Sea lo que fuere lo que tiene que decirme, se trata de algo gordo, porque ella es fácil de descifrar: cuando llora, algo terrible pasa... pero cuando se muestra como ahora... ¡ajá!, ¿qué será?

Cojo mis llaves después de calzarme y cierro la puerta de mi pequeño y coqueto apartamento. Amo su distribución: salón-comedor amplio, cocina americana, un gran dormitorio y un baño con ducha de hidromasaje. Bajo las escaleras rápido, porque vivo en un primero, que si no...

Me quedo en shock cuando miro al exterior y veo a mi hermana con un tiarrón a su lado. Le doy al botón para abrir la puerta y salgo sin pronunciar palabra.

—¡Lolaaaa! —Me da dos cariñosos besos y sonrío—. Éste es Andrusha. Tu posible semental.

¡Oh, demonios...! ¿Acaba de decirlo delante de él? La miro con los ojos como platos.

—No empieces. No entiende nada. Es ruso.

—¿Cómo? ¿Me has traído un guiri que no sabe hablar español para que me dé su semillita? —le espeto indignada.

Mi hermana se ríe. ¡Se ríe!

—Esther... —mascullo.

—Lola, ¿acaso no está cañón? ¿Qué más da si es ruso o checo?

Le dirijo una mirada nada amistosa y comienzo a andar. Necesito serenarme. Esto es demasiado para mí. Mi propia hermana me trae hombres candidatos, que, por cierto, no están nada mal.

Éste en concreto, como casi todos los del norte de Europa, es rubio de ojos celestes. Guapísimo, alto y bien fornido. Pero no. No puedo hacer esto así, como si estuviese en una charcutería. Aunque sí puedo conocerlo... «Al menos sabrá inglés», es lo que supongo.

Giro sobre mis talones. Mi hermana me hace una seña para que me acerque, pero, tras echarle una pequeña ojeada al rubito, creo que él ya ha escogido con quién desea pasar el resto del día. Está mirando a Esther con deseo y tiene una mano puesta en su cintura. Me acerco con una gran sonrisa y le digo:

—Bien. Creo que has ligado, cielo —le guiño un ojo—, así que ya me contarás la conversación que hayáis mantenido. —Suelto una carcajada y me doy la vuelta, dejándola perpleja.

Ya que estoy en la calle, arreglada y presentable, decido ir a mi restaurante preferido: Nachos. Me encanta la comida mexicana.

Al entrar, me encuentro de frente con mi amigo, que es el dueño. Llevo viniendo desde hace cuatro años, ¡como para no conocerme! Me río interiormente.

—Hola, señorita. Qué grata sorpresa encontrarla por aquí de nuevo —me dice Dylan con guasa.

Sonrío.

—No se crea. Es la primera vez que entro —contesto con sorna.

Ambos soltamos una carcajada y me conduce a una de las mesas. No es en la que siempre me siento.

—Hoy voy a tardar en traer la comida, esto está bastante lleno.

—Ya veo. No te preocupes.

—¿Qué te pongo para beber?

—Una Coca-Cola.

—¡Marchando, güey! —Tal como la apunta en su libreta, se va hacia la barra.

Dylan es de México D. F., pero se vino a España hace muchos años por necesidad y aquí conoció a su actual esposa, Carmen, española y también asturiana como yo. Ambos son morenos, de cabello oscuro y ojos marrones.

Durante el tiempo que tarda en volver y traer mi refresco, no dejo de mirar al hombre que ha entrado y se ha sentado una mesa más allá de la mía. En el momento en que su mirada se cruza con mis ojos, los mantengo a su altura. Hipnotizada.

Tan embelesada estoy con la presencia de aquella persona que Dylan me toca el brazo y me sobresalto.

—Lola, ¿estás bien?

—¿Eh? —Lo miro atontada.

—Te he preguntado tres veces qué quieres para comer.

Me avergüenzo y los colores suben por mis mejillas. El desconocido me mira y sonrío. Yo trago con dificultad, pero me concentro en la carta.

—Tráeme una enchilada de pollo y nachos.

—Perfecto. —Lo apunta en su libreta—. Por cierto, Lola... —me dice.

—Si... —Lo miro.

—Carmen y yo vamos a ser padres.

Abro la boca sorprendida.

Sé que llevan mucho intentándolo, pues su mujer tuvo problemas para quedarse embarazada y, tras unas pruebas, le dijeron que posiblemente no podría concebirlo de manera natural.

—Me alegro muchísimo, Dylan. —Le cojo de la mano.

—Gracias. —Sonríe orgulloso—. Todo se lo debemos a ese señor. —Apunta disimuladamente con el bolígrafo hacia el desconocido, que le muestra una dentadura perfecta.

Al ver esa imagen, mi estómago se contrae. Es guapísimo. Moreno. Su cabello, castaño, está peinado hacia atrás, con cierto volumen en la parte superior, lo que provoca que alguna onda caiga sobre su frente. Ojos claros. Alto y corpulento. Sería el candidato perfecto... En el instante en que me hace un gesto, yo vuelvo en mí y le devuelvo el saludo. Por educación, claro.

## 2

Han pasado varias semanas y aún sigo pensando en la mirada de aquel extraño. Lo cierto es que nunca me había pasado esto. Siempre he sido una pasota en ese sentido. Pero no puedo dejar de reconocer que, nada más verlo, me entraron ganas de saber su nombre y quién era.

—¡Señorita, Adrián me ha tirado de la coleta!

Eso me saca de mi ensueño y hace que vuelva a la realidad: mi clase y mis alumnos. Miro desde mi mesa a la pequeña llorosa y mocosa que está frente a mí con el pelo revuelto.

Suspirando, me levanto de mi asiento y voy a atenderla.

—Cariño, ¿qué ha pasado? —Cojo un trozo de papel para limpiarle la carita.

La niña me mira y sorbe haciendo un puchero.

—¡Es malo! Me ha quitado mi lápiz y, cuando he ido a cogerlo, me... ¡me ha tirado de mi coletita! —Vuelve a llorar a moco tendido.

Yo sonrío, pero en seguida me pongo seria para regañar al chico.

—¿Adrián?

Me mira aterrorizado y le hago un gesto para que se ponga a mi lado.

—Seño, ella empezó primero. —La señala defendiéndose.

—¡Mentira cochina! Has sido tú. —Lo empuja con la mano.

—¡Eso no es verdad! Me has clavado el lápiz en la cabeza. —Comienzan a pelearse de nuevo.

—Oye, oye. Basta. —Los separo—. Sois compañeros y amigos. Mirad...

En ese momento tan oportuno, suena el timbre e interrumpe mi «charla maestra». ¡Cómo odio que me dejen con la palabra en la boca!, pero, contra esto, no puedo luchar.

Haciendo una mueca, veo cómo todos mis pequeños alumnos cogen sus mochilas y corren por el pasillo, locos por ver a sus padres. Sonrío y a la vez se me clava una espina en el pecho...

—¿Se puede, señorita Rottenmeier? —interpela la morena de ojos verdes mientras se acerca a mi mesa.

—Oye, no te pases. —Apunto a mi colega con el dedo.

—¿Qué haces para comer?

—No sé, ¿te apetece un italiano? —pregunto.

—¿Hombre?

—Restaurante, cochina. —Suelto una carcajada a la que ella se une.

Recojo mis cosas y salgo por la puerta junto a mi amiga y compañera de trabajo.

Llevamos bastante tiempo trabajando juntas y, desde el primer minuto, Lidia y yo congeniamos a la perfección. Ella da clases en sexto de primaria, y yo, en primero.

—¿Qué tal el día?

Bufo.

—Lo típico. Peleas entre chico y chica. Uno le pega al otro y le tira de la coleta.

—Ambas reímos—. ¿Y tú?

—Los míos ya son más mayores. —Levanta una ceja—. ¿Te puedes creer que he pillado a dos de mi clase fumando?

—¿En serio? —Me sorprendo—. Sólo tienen once años.

—Odio esa edad.

—Y yo adoro la de los míos.

Soltamos una carcajada y vamos al aparcamiento para ir juntas en su coche.

Al cabo de un rato, aparcamos en la puerta del restaurante Trattoria D’Nico y entramos. Cuando ya estamos sentadas en la mesa, un camarero nos pregunta qué queremos tomar. Cuando se va, mi amiga me mira y pregunta:

—¿Sabes algo del guapetón?

Sonrío pero niego con la cabeza.

—Nada.

—¿Ni siquiera su nombre?

—No. —Suspiro.

—¡No me lo puedo creer! —Se tapa la boca exageradamente.

Me río por su gesto.

—¿Qué quieres? No iba a ir a su mesa y decirle «oye, guapo, ¿cómo te llamas?».

—Guiño un ojo poniendo morritos.

Lidia suelta una risotada.

—No hubiese estado mal. —Alza las cejas varias veces.

—¡Tonta!

Mi amiga hace una mueca.

En ese instante vienen a tomarnos nota. Después de pedir, nos dejan de nuevo a solas y continuamos charlando sobre cosas cotidianas y alguna que otra chorrada.

Al rato, nos traen nuestra comida.

—Mmm, pero qué bien huele esto. —Inhalo.

—¿Qué es?

—Risotto de setas y nueces —digo—. ¿Otra vez espaguetis a la boloñesa? —  
Levanto una ceja.

—Es que los de este sitio están de muerte. —Se mete el tenedor, con unos  
espaguetis enrollados en él, en la boca y gime.

Me río negando con la cabeza y en ese momento me pongo seria al descubrir  
quién acaba de entrar. Mis ojos casi se salen de sus órbitas al ver que es el  
desconocido, pero lo peor es que va acompañado de una mujer guapísima y la  
tiene agarrada por la cintura. Al pasar por nuestra mesa, dice amablemente:

—Que aproveche.

—Gracias —responde Lidia.

Yo lo miro y él a mí también con intensidad. No puedo pronunciar palabra y eso  
le hace fruncir el ceño mientras se sienta en otra mesa, confundido por mi  
reacción. ¿Acaso esperaba que lo saludase?

Cuando parece que reacciono, me meto un trozo de mi comida en la boca, pero  
me hace una jugarreta porque comienzo a toser.

—¡Lola! —Mi amiga me mira preocupada.

Empieza a faltarme el aire. Me estoy ahogando y no puedo hacer nada. Lidia se  
levanta asustada y comienza a golpearme la espalda repetidamente.

—¡Un médico! ¡Por favor, mi amiga se ahoga! —chilla desesperada.

Mis ojos se abren como platos cuando veo al objeto de mis deseos venir  
corriendo hacia nosotras.

—Déjame a mí. —Aparta a mi amiga y se pone a mi espalda.

Sus manos cogen mi cintura y aprieta varias veces sobre el diafragma, hasta que  
desbloquea mi vía respiratoria. Liberada al fin, toso y toso a la vez que cojo aire.

—Eso es. Respira.

Lidia se acerca con un vaso de agua, muy preocupada.

—Lola, cariño, bebe.

Tengo la intención de bebérmelo de un tirón, pero él coge mi mano. Es más grande que la mía y su tacto, suave. Perfecta para ahuecar mi cuerpo en ambas. Trago con dificultad.

—Bebe despacio o volverás a toser. Tu garganta está dolorida aún. —Sonríe.

Jadeo cuando me coge por la cintura para que vuelva a sentarme. Cada vez siento más calor.

Desvío la mirada al hombre que me ha salvado la vida y me quedo inmersa en sus ojos grises. Parece sorprendido por algo, como si hubiese hecho un descubrimiento.

—¿Estás bien? —Me coge de la mejilla.

No me salen las palabras. Asiento sonriendo como una tonta.

—Mastica lentamente.

Miro sus labios pronunciando esas palabras. Estoy anonadada por su presencia.

—¿Cariño?

Aquella voz femenina hace que regrese al mundo real. Dirijo mis ojos hacia la mujer que lo espera. No se ha movido de sitio. Es como si estuviera segura de que su acompañante lo tendría todo bajo control.

Me da rabia ver cómo se aleja para irse con ella. Es una chica bellísima. Esbelta. Curvas perfectas y un pelo precioso de color dorado que le llega hasta la nuca. Me sonrío, pero su atención vuelve a su pareja.

—¡Lolaaa! Eeeeeoooo... —Mi amiga mueve su mano delante mi cara.

—¿Eh?—La miro.

—¿Qué pasa?

En seguida me doy cuenta de lo que ha sucedido. En cuestión de un momento, casi me ahogo de nuevo sólo con verlo a él.

—Lidia. Era él.

—¿Qué? —Abre los ojos como platos—. ¿Ese adonis es él?

¿Cómo es posible que me lo encuentre con lo grande que es Oviedo?

Asiento y murmuro noqueada.

—Y sigo sin saber su nombre.

—Al menos sabes que es médico. —Sonríe ampliamente.

Hago un mohín.

Continuamos comiendo en silencio, pero las miradas que me echa el desconocido me ponen nerviosa.

—Lola, me estás poniendo histérica —gruñe Lidia.

La miro y pregunto:

—¿Por qué?

—¡Porque no dejas de repiquetear el plato con el tenedor y no das ni un bocado!  
—explota alzando la voz.

Varias cabezas se giran para mirarnos, incluidas las de la parejita. ¡Genial! Ahora me sonrío y aparto la mirada de la suya.

—¡Baja la voz! —la regaña avergonzada.

—Pues come o te lo doy yo —amenaza señalándome con el dedo.

—Es que... aún no me creo lo que acaba de pasar.

—Es fácil. Cuando lo has visto se te ha derretido el cuerpo entero y has fingido atragantarte. —Sonríe mientras lo dice.

—¿Cómo? —Ahora soy yo la que está chillando.

De nuevo, nos vuelven a mirar y yo sonrío roja como un tomate maduro.

—No grites, que nos miran. —Me hace un guiño.

—Eres... —entrecierro los ojos—... eres malvada. ¿Cómo se te ocurre decir esa sandez?

—Es broma, tonta. —Se ríe.

Bufo y sigo con mi plato de risotto. Al menos, lo intento.

Mi móvil suena.

—¡Vaya, si la nena está viva!

—¡Lola! No te enfades conmigo.

—¡Qué va! Cómo podría si sólo te he llamado quince mil veces desde el día que me trajiste a un ruso —le digo ofuscada.

—Lo siento. No pensé que te molestaría tanto. Déjame invitarte esta noche a una copa.

—No.

—Por favor.

Cojo aire para no ser brusca con ella.

—Ven a mi casa a cenar. —Cierro los ojos.

—¡¡Vale!! —grita y hago una mueca—. Besitos mil. Te quiero.

Guardo el teléfono en el bolso cuando colgamos y miro a Lidia.

—Sigo sin comprender que mi hermana continúe trayéndome hombres como si fueran para un solo uso.

—¿Acaso no lo son? —Levanta una ceja.

Resoplo.

—Es que, para eso, me insemino en una clínica.

—No estaría mal. Quizá haga yo lo mismo. —Sonríe abiertamente.

Ambas reímos.

—Esta noche salimos de copas, ¿te apuntas? —Doy un sorbo a mi refresco.

—¿Disco o pub?

—¿Qué más da? —Suelto una carcajada pero toso.

Aún tengo carraspera en la garganta.

—¡Vale! Me apunto. —Alza su vaso y brindamos.

—Voy al baño. Pide la cuenta mientras.

Saco un billete de veinte euros de mi cartera y lo dejo en la mesa, a la vez que me levanto de mi asiento y me dirijo al interior del restaurante.

Después de salir del aseo, voy a echarme un vistazo en el espejo. No lo puedo evitar y pienso en la mujer con la que venía el hombre que me ha salvado la vida hace un rato.

Cierto es que no soy tan esbelta. Pero me considero normalita. Mi pelo también es rubio, sólo que lo llevo por debajo de los hombros, con ondas. Los ojos los tengo marrones. La única parte de mi cuerpo con la que no estoy muy contenta son los pechos. Tengo que utilizar relleno, pero eso nadie lo sabe. Es un secreto que jamás compartiré.

Saco mi barra rosa y me pinto los labios. Haciendo el típico movimiento de boca para que quede perfecto, me vuelvo a mirar. No estoy tan mal. Además, me ha sonreído. Sonrío pensando en su rostro.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunto a mí misma—. Dale las gracias por haberte salvado y así, aprovechas y le preguntas su nombre. —Apunto con mi dedo la imagen que se proyecta a través del espejo—. A veces, tienes muy

buenas ideas, Lola.

Salgo dispuesta a enfrentarlo con una gran sonrisa en la cara. Me animo interiormente. Puedo hacerlo. Pero cuando miro hacia el lado que ocupaban... mi euforia es aplastada como una hormiga.

Lidia se da cuenta de mi expresión y se acerca a mí.

—Se acaban de ir, cari.

Hago una mueca.

—Me ha dicho que volveréis a veros.

Aquello me deja sorprendida.

¿Cómo sabe que nos encontraremos de nuevo? ¿Acaso me está siguiendo? ¿Y si es un acosador? Mi mente procesa todo tipo de preguntas y cada vez me pongo más nerviosa.

### 3

Llego a mi casa noqueada por lo que me ha dicho Lidia. ¿Será verdad?

—Vamos a ver, ¿cuándo te ha importado tanto un hombre? —jadeo molesta—. Ni siquiera sabes su nombre —me reprendo.

Me dirijo hacia mi habitación y me cambio de ropa. Como aún es temprano, decido hacer la colada y ordenar un poco el apartamento. Para despejarme, pongo música: David Guetta, que espero que me haga olvidar cómo agarró mi cintura o me tocó la mejilla. No hace efecto, no hago más que suspirar. Cierro los ojos imaginando sus labios pronunciando aquellas palabras cuando me sujetaba la mano: «Bebe despacio o volverás a toser. Tu garganta está dolorida aún».

Muerdo mi labio. Lo que tengo dolorido es mi cuerpo, que comienza a encenderse como una cerilla con sólo pensar en su tacto. ¿Cómo debe saber un beso suyo? ¿Y hacer el a...? Abro los ojos sorprendida por los pensamientos que tengo.

—Lo tuyo es grave, Lola. Muy grave —protesto.

Después de hacer las tareas hogareñas, voy a mi armario y paso de una prenda a otra decidiendo qué voy a ponerme.

—¿Vestido con etiqueta? ¿En serio no lo he estrenado? —Lo miro desconcertada.

No recuerdo haberlo comprado. Al sacarlo de la percha, se cae una pequeña tarjeta. Frunzo el ceño.

«Lo siento mucho, hermana. Para aplacar tu furia te he comprado este precioso vestido que quiero que te pongas esta noche. Te quiere, Esther.»

Suelto una carcajada. Se me había olvidado por completo que mi gemela tiene

una copia de llaves de mi casa, por seguridad.

La prenda es preciosa. Largo hasta las rodillas y entallado, de color coral, atado al cuello con escote en U.

—Bueeeeno. Me espera una noche bastante movidita. —Pongo el vestido encima de la cama y me voy a la ducha.

Mientras corre el agua por mi cuerpo, cierro los ojos y no dejo de recordarlo. Sus ojos, su boca y su voz varonil. No puedo evitarlo y bajo una mano por mi desnudez empapada. Necesito despojarme de la calentura que tengo en mi interior. Conduzco mis dedos hasta mi pelvis, pensando que es él quien me acaricia suavemente. Suspiro.

Bajo hasta mi vagina y busco mi pequeño botón. Sólo un roce y jadeo. Abro un poco más las piernas y comienzo a mover mis dedos de manera circular. Cada vez incremento más el movimiento, poniéndome tensa. Echo la cabeza hacia atrás, apoyándola contra la pared. Me acerco al clímax. Muerdo mi labio a la vez que sigo tocándome. Recordando su cercanía, exploto con un sonoro orgasmo.

Mis piernas tiemblan, mi respiración es entrecortada. Poco a poco, me tranquilizo y sigo duchándome.

## 4

Al cabo de un buen rato, en el que me he arreglado y maquillado, suena el telefonillo.

—¿Sí?

—Soy yo —dice alzando la voz.

—¿Para qué llamas si tienes llaves?

—Para que sepas que estoy aquí.

Pongo los ojos en blanco y abro la puerta de la calle, y la de mi casa. Cuando aparece por el descansillo, exclamo:

—¡Vaaaaya! ¡Pero qué guapa!

—Gracias. —Sonríe ampliamente dándose una vuelta.

Vestida con un elegante pero corto traje azul eléctrico, observo que lleva una botella de champán en la mano.

—¿Qué celebramos? —Alzo una ceja al ver la marca.

Nada menos que Moët & Chandon.

—¡Tengo trabajoooo! —grita cuando entra.

La abrazo con efusividad.

—Me alegro muchísimo. Pero, cuéntame, ¿dónde?

—Primero, déjame decirte que estás deslumbrante. Sabía que te quedaría perfecto.—Me da la vuelta con su mano—. Y segundo, pon esto en la nevera.

—Gracias por el cumplido y el detalle. No tendrías que haberte gastado dinero, cielo.—Le doy un beso en la mejilla.

—De nada.

—Bueno, bueno. Cuéntamelo todo. —Le cojo de la mano y hago que se siente en el sofá conmigo.

—¡No seas impaciente! Tenemos toda la noche para que te lo explique. —Ríe—. Vamos a pedir comida japonesa, porque yo no me pongo a cocinar arreglada y te prohíbo que tú lo hagas. —Señala mi vestido.

Asiento rodando los ojos y le acerco el teléfono.

Después de pedir la cena, ponemos la mesa. Estoy histérica por saber dónde trabaja mi gemela. Me hace esperar hasta después de cenar.

La miro ofuscada. Ya no aguanto más.

—¡Por amor de Dios! ¿Quieres decirme de una santa vez dónde narices trabajas?

Me mira risueña. ¡Yo la mato!

—Voy a coger el champán —dice canturreándolo.

Resoplo y me siento en el sofá a esperar. Desisto.

Regresa a mi lado con dos copas y comienza a quitar el corcho hasta que hace el sonido sordo «pop».

—Hermana —sonríe ampliamente—, trabajo en una clínica ginecológica.

—¡Qué bien! —digo con efusividad.

—Pero no en una cualquiera. ¡Qué va! Es la más prestigiosa de España y espera abrir una sucursal en Bruselas.

Eso me hace abrir los ojos como platos. Chillo como una loca y nos abrazamos.

—¡Esto merece un buen brindis! —Cojo mi copa y me echo la bebida como si fuese sidra.

—¡Guau! Al fin aciertas sin salirte. —Aplaude.

—Mucha práctica. Y sidras.

Ambas reímos a carcajadas.

—Porque trabajes por mucho tiempo en esa clínica —propongo un brindis.

—¡Que así sea! —Chocamos las copas y bebemos.

Estoy muy feliz por Esther. Al final ha encontrado un trabajo que se corresponde con su especialidad y, encima, en una clínica muy prestigiosa.

Aunque me viene a la cabeza una persona...

—¿Qué pasó con el ruso?

Mi hermana me mira y bufa.

—No nos entendíamos. No funcionó.

—Obvio, Esther. —Me río—. Y pensar que querías que fuera él quien me diese su semillita...

—¡Calla! —Hace un puchero—. Lo eché de casa.

—¿Por? —digo después de dar un sorbo.

—¿Te puedes creer que pensaba que era una prostituta?

—Nooooo. —Abro la boca perpleja.

—Como te lo cuento. El muy cerdo me dejó un billete de cien euros y comenzó a desnudarse.

—¡Vaya! Lo siento. —Me quedo de piedra.

—Pero una cosa te digo: prefiero que me haya pasado a mí que a ti.

—Tanto a mí como a ti, nos podría haber golpeado —le digo preocupada.

—Bah, sé defenderme.

La miro enojada.

—Bueno, no pasó nada y ya está. Cambiemos de tema. —Me coge una mano—. Ahora que estoy de nuevo trabajando de lo mío, ¿sigues pensando en ser madre?

—Sí. Ya lo sabes, y no estoy desesperada por encontrar a un hombre. Puedo educar a mi bebé yo sola.

—Lo sé, Lola. —Me sujeta de la barbilla—. Pero es una decisión muy importante. Sé lo que te digo.

Sonrío.

—Estoy decidida.

—Hagamos una cosa... —Bebe de su copa y la deja encima de la mesa—. Piénsalo, por favor.

—¿Por qué insistes en que me lo replantee? —pregunto molesta.

—Lola, un hijo es para toda la vida. ¿No te has planteado qué sucederá si conoces a un hombre y te apetece salir con él?

—¿Y eso qué tiene que ver? —Me levanto sin comprender.

—No te enfades conmigo, hermana. En los años que llevo en mi profesión, muchas mujeres se arrepienten del embarazo, pero ya no pueden dar marcha atrás.

—Pero yo...

—Por favor, prométeme que lo pensarás y, si decides hacerlo, quiero ser yo quien te insemine —me interrumpe y se levanta.

La miro con el ceño fruncido sin saber qué decir. Parpadeando varias veces y suspirando, le digo:

—Está bien. Tú eres la experta.

Sonríe y me besa en la frente.

—Gracias por escucharme.

—¿Dónde está la clínica, por si te hago alguna visita?

—Ay, ¡qué tonta! —Se da la vuelta y coge su bolso—. He traído una tarjeta para dártela. Menos mal que me lo has recordado, porque, con la efusividad del momento, se me había olvidado. —Se ríe.

La cojo y leo la dirección.

—Esto está en el centro.

—¡Sí! Es que encima está en un sitio perfecto. —Aplaude.

Suelto una carcajada.

—Aparte de todo esto, tengo que contarte algo... —La miro.

—Cuenta, cuenta. —Me coge de la mano y nos sentamos en el sofá.

—He conocido a un hombre.

Aunque la verdad es que no lo conozco. Bueno, sí pero no. ¡Qué lío!

—Ya estás tardando en informarme de todo acerca de él.

Hago una mueca y decido suprimir lo sucedido en el italiano.

—El caso es que he coincidido con él dos veces y aún no sé su nombre.

Mi hermana me mira sorprendida.

—¿Cómo no vas a saber su nombre si lo conoces?

Suspiro con pesar.

—Eso mismo me pregunto yo...

Media hora después salimos de casa para encontrarnos con Lidia y pasar una

noche de chicas.

## 5

Ha pasado un mes, hoy es sábado y estoy deseando salir por si vuelvo a encontrarme con ese hombre. Es absurdo pensar en una persona de la que no sabes nada, absolutamente nada.

Aunque... ¡Dylan!

Él es el único que puede darme información. Ahora que recuerdo, cuando estuve en el restaurante, me dijo que su esposa se había quedado embarazada gracias a él.

—¡Dios mío! He tenido esa opción frente a mí todo este tiempo y no me he dado cuenta.

Con paso decidido, cojo mi bolso y salgo corriendo de mi casa. Por la hora que es, el restaurante permanecerá cerrado para el público, pero los empleados estarán en sus puestos de trabajo y, Dylan, al frente de todo.

Estoy tan nerviosa que se me va a salir el corazón por la boca. Necesito saber su nombre o me volveré loca. Agarro las llaves de mi coche y, después de abrirlo, entro y me pongo en marcha.

Cuando llego, entro por la puerta de atrás y me dirijo al interior. Con la mirada busco a quien tiene la clave de mi desesperación.

—Por favor, que esté. Que esté —ruego por lo bajo.

—¡Lola! —lo oigo a mi espalda.

Me sobresalto y, al darme la vuelta, me doy cuenta de que es la primera vez que me alegro realmente de verlo.

—¡Dylan! —Le planto un par de besos.

—¿Cómo tú por aquí? Aún no hemos abierto. —Frunce el ceño.

Eso me avergüenza un poco.

—Lo sé. —Agacho la mirada—. Pero es que necesito que me digas algo.

—¡Claro! Ven, sentémonos. —Señala una mesa.

—Verás... —Lo miro y sonrío—. ¿Te acuerdas del hombre de quien me dijiste que, gracias a él, Carmen y tú seríais padres?

Asiente pensativo acariciando su incipiente barba.

—Por supuesto. ¡Como para no recordarlo! —Suelta una carcajada—. ¿Te ha pasado algo con él? —Se pone serio.

—No, no —niego rápidamente—. Verás —no puedo decirle que estoy loca por saber cómo se llama, así que disimulo—, hace un tiempo que me estoy planteando ser madre y, como me comentaste eso, quisiera saber su nombre...

Alza una ceja.

—¿Y por eso no has podido esperar a que abra? —Se ríe.

Me ha pillado y, como no sé qué responder, le sonrío tímidamente.

—Lola, estamos en confianza. Sé que no es por eso. De todos modos te lo hubiera dicho.

Lo miro noqueada. Estoy haciendo el ridículo.

—Se llama Philip Gómez y es el jefe de tu hermana.

Mi boca se desencaja. ¿He oído bien?

—¿Cómo sabes...? —Frunzo el ceño sin creerlo.

—Pues fácil. Hoy hemos ido mi mujer y yo a una visita. Ya sabes, para la revisión y, al no estar él, nos atendió ella. Por cierto, sois como dos gotas de agua.

A pesar de conocer a mi amigo desde hace años, mi hermana jamás ha venido a su local. No le gusta la comida mexicana y a mí, me encanta.

—Lo sé. —Sonrío.

—¿Cómo os diferencian tus padres?

—Por un lunar que ella tiene en el brazo izquierdo. —Río.

—¡Vaya!

Dylan sigue hablando, pero no lo escucho. Estoy en shock. El hombre que llevo en mi mente y cuyo nombre no sabía, hasta hoy, resulta ser el jefe de mi hermana. No me lo puedo creer. Esto es de risa.

Oigo a un camarero que llama a mi amigo.

—Lola, lo siento, pero tengo que dejarte.

—Claro, no pasa nada. La culpa es mía por venir a esta hora. —Nos damos dos besos—. Saluda a Carmen de mi parte.

—Gracias. Y, cuando quieras, vienes a comer por aquí o a mi casa.

—Muchas gracias, Dylan. Eres un amor. —Sonrío y salgo del restaurante.

Todos los días se aprende algo nuevo. Lo que he aprendido hoy es que el mundo es un pañuelo.

Sin perder tiempo, saco mi móvil y llamo a mi hermana. Al segundo timbre, descuelga.

—Esther.

—¡Hombre! Contigo quería hablar —contesta molesta.

—¿Qué pasa? —pregunto con cautela.

—¿Se puede saber por qué no me dijiste que conocías a mi jefe?

Mi estómago se contrae.

—Espera que te cuente primero...

—Pensaba que nos lo explicábamos todo.

—No te enfades, por favor. Me acabo de enterar.

Suspiro apesadumbrada.

—¿Cómo?

—¿Puedo ir a verte?

—Estoy trabajando, Lola. Mi jefe me ha dejado casi toda la mañana sola y debo pasar sus consultas y las mías.

—Por favor. Sólo será un segundo.

Mi hermana echa el aire ofuscada. Después de lo que parece una eternidad, contesta.

—Tienes cinco minutos. Ni uno más.

Sonrío a pesar del humor de Esther.

—Gracias.

—Ahórratelas. —Cuelga.

Camino pensativa hacia mi automóvil. Estoy ansiosa por saber qué es lo que han hablado mi hermana y Philip. Al menos ya sé su nombre, ahora queda aplacar la furia de mi gemela.

Una vez dentro del coche, conduzco hacia la clínica.

Cuando encuentro un buen aparcamiento, me miro en el espejo retocándome los labios con brillo rosa. Cierro los ojos e intento tranquilizarme respirando varias veces.

Cruzo la calle y observo expectante el edificio antiguo. Ha sido rehabilitado y tiene tres plantas. El exterior es de piedra y en la entrada hay un cartel: «Clínica materno-infantil Dr. Gómez.»

Avanzo y entro por la puerta automática. El interior es amplio y cuidado al

detalle. En el centro del edificio se ve un jardín inglés rodeado de cristaleras. Ofrece mucha luz y no tienes la sensación de estar en un centro médico. Me estremezco de pensarlo. Odio los hospitales.

Mientras me dirijo al mostrador de recepción, voy pensando en lo curioso que es el destino y el papel que juega. Quiero ser madre y resulta que el hombre que ocupa mis pensamientos la mayor parte del tiempo es ginecólogo. Esbozo una sonrisa.

Llego hasta la recepcionista y pregunto por la doctora Ortiz. La mujer me mira fijamente con cara de sorpresa. Me echo a reír y digo:

—Hola, soy Lola, la hermana de Esther. He quedado con ella, ¿puede avisarla de que estoy aquí, por favor?

—¡Madre! Sois... perdona, ¡qué mal educada soy!, me llamo Estela. —Se levanta avergonzada—. Por favor, tutéame —me dice mientras me da dos besos.

—Encantada, Estela. Y lo mismo te digo. —Sonrío.

—Acompáñame, te llevo con tu hermana.

Nos detenemos ante su despacho. Entretanto llama a la puerta, me fijo en la placa que hay: «Dra. Ortiz. Ginecóloga.» En ese momento, me siento muy orgullosa de mi gemela.

—Esther, está aquí... Oh, lo siento, doctor Gómez. Pensé que estaría aquí la doctora Ortiz.

«¿Ha dicho doctor Gómez?» Mi estómago se transforma en un nido de mariposas. Mis piernas son gelatina y tengo que apoyarme en la pared disimuladamente.

—Estaba aquí. ¿Hay algún problema?

—No. Vengo con su hermana Lola, las he confundido...

Oigo cómo se ríe de una forma estúpida. La recepcionista está colada por el jefazo. «Es mío, zorra... ¡Uy!, no te comportes como una cría, que tienes ya una edad», me regaña mi cabeza. Cojo aire.

—¿Entonces? ¿Por qué te quedas ahí parada? Pasad. —Me mira de arriba abajo sonriendo.

¡Dios mío, estoy ante un ataque de nervios! Lo veo sentado tras la mesa y mi instinto me dice que salga de allí inmediatamente. Me doy la vuelta dispuesta a marcharme, pero una mano me toca el hombro.

—Estela, ya me ocupo yo. Muchas gracias. —La chica asiente y gira sobre sus talones. Cuando cierra la puerta, se acerca a mí—. Cuando le dije a tu amiga que volveríamos a vernos, no me equivoqué. —Sonríe ampliamente—. Por cierto, soy Philip. Encantado, Lola. —Me da dos besos muy cerca de las comisuras de mis labios.

Yo sólo pienso en qué ojazos tiene, qué cara, qué boca, qué de todo. ¡Ay madre, estoy a punto del infarto! Ay... que no sé cómo reaccionar. Ay, que me está sonriendo. Ay, que se ha quedado pasmado. Mi cabeza sólo dice ay, ay y más ay; mi corazón va a mil por hora.

—Tu hermana tardará un poco, está verificando unos resultados en el laboratorio. ¿Te apetece que te enseñe mi clínica?

No hablo. Aún estoy en shock.

—¿Quieres? —Toca mi brazo porque sigo sin reaccionar.

«Lola, reacciona, que va a pensar que eres tonta», me reprendo mentalmente y digo:

—De acuerdo.

Salimos de la consulta y me conduce por la planta.

—Aquí están distribuidas las urgencias ginecológicas y las de pediatría, con sus correspondientes boxes de observación, servicios de rayos X, aseos, la recepción y, al fondo —señala con el dedo—, la cafetería.

«Qué suerte ha tenido mi hermana», pienso mientras subimos a la primera planta en el ascensor.

—Como ves, en esta planta se encuentran los quirófanos —andamos por fuera

de las salas—, paritorios, unidad de inseminación artificial, fecundación in vitro y laboratorio. —Un nerviosismo recorre mi cuerpo cuando apoya una mano en el centro de mi espalda para entrar de nuevo en el ascensor; me mira y añade—: En la segunda planta están los ingresos de ginecología y, en la tercera, un ala destinada a maternidad y, la otra, a pediatría.—Sonríe y le da al botón para descender.

Mientras bajamos, me habla de este proyecto que abarca todos los campos de la ginecología y la pediatría, la ayuda que ofrecen a las madres para poder quedarse embarazadas... Yo le escucho prestándole atención.

Al llegar a la planta baja, pasamos por recepción y Philip le dice a Estela que vamos a tomar un café para que avise a Esther para que, cuando acabe, se reúna con nosotros.

Me siento intimidada por su presencia. Su mirada se intensifica. ¡Qué calor me está entrando! Lo mitigo rompiendo el silencio.

—¿Qué fue lo que me hiciste en el restaurante italiano cuando me atraganté? —Contemplo su perfectos labios.

—Es la maniobra de Heimlich. Primero, se deben de dar unos golpes en los omoplatos con la palma de la mano —hace el gesto dándome suavemente en la espalda—. Si la persona no mejora, hay que recurrir inmediatamente a la compresión abdominal, que es lo que te hice, presionando aquí. —Pone una mano en la mitad de mis costillas y su boca queda a pocos centímetros de la mía.

Se acerca lentamente. Sus labios prácticamente rozan los míos. Cierro los ojos notando su aliento caliente sobre mi piel. Abro la boca invitándolo. Quiero un dulce beso, sentir su calidez contra mi lengua. Mi pulso se acelera, asaltada por una oleada de energético placer. Pero la voz de mi hermana rompe la magia del momento y casi lo tiro del brinco que doy al ponerme de pie.

—¿Lola? —Mi hermana me mira impresionada.

Lo único que puedo hacer es alisar mi falda de tubo negra. Me encanta llevar colores vivos; por ello, acompaño la prenda con una camisa roja.

La miro con el ceño fruncido y Philip se da cuenta.

—¿Os pasa algo? —Nos señala y dice como disculpándose—: Esther, como ibas a tardar, pensé en hacerle compañía y enseñarle la clínica.

Ella asiente con una sonrisa. Yo miro a mi gemela intensamente temiendo su respuesta.

—Cosas de hermanas y, señor, no tiene por qué darme explicaciones.

Expulso el aire lentamente.

Philip no está muy convencido. Pasa su mirada de mí a Esther pensativo. Demasiado.

—Sois idénticas. —Abre las manos.

—Nos lo dicen mucho —digo con sorna.

—Ahora que se ha aclarado la confusión, me gustaría invitarte a cenar, Lola. — Se levanta y coge mi mano para depositar un pequeño beso haciendo que me encienda—. Encantado. —Me guiña un ojo y se dirige a Esther—: Eres una excelente trabajadora y compañera. —Sonríe con afecto—. Me alegro de haberte contratado.

—Gracias —dice mi hermana contenta por el halago.

Se da la vuelta y se dirige hacia la puerta. Pero, al segundo, se gira.

—Mmm. No sé tu dirección.

No hablo. Me limito a observar su cara. Cualquier mujer mataría por tener una sola mirada de ese adonis.

—Luego se la doy yo —dice Esther.

—Gracias. —Asiente y se marcha.

Cojo aire, porque no me he dado cuenta de que no estaba respirando.

—¿Vas a darle mi dirección? —Le planto cara.

—¿No es lo que querías? —Se sienta en la silla que había ocupado Philip.

—Bueno... —Frunzo el ceño—. No lo sé. —Suspiro.

—Lola, ya sabes quién es, aprovecha. Me ha molestado un poco el hecho de enterarme por Dylan, no por ti.

—Esther, no lo he sabido hasta hace un rato. Siempre te lo cuento todo, ¿o no?

—Ahora que está todo solucionado, ¿qué piensas hacer? —Alza las cejas repetidamente.

—¿Que qué voy a hacer? —pregunto sin saber.

—Oh, ¡vamos! No te hagas ahora la mosquita muerta.

—¿Perdona?

¿Me acaba de insultar?

—A ver, cabeza hueca, ya sabes quién es el hombre misterioso y ¡te ha invitado a cenar!

La miro con cautela.

—¿Te has fumado algo esta mañana?

Rueda los ojos y suspira.

—Es perfecto para que te embarace.

—¡Ehhhh! Un momento. —Me levanto—. No lo he buscado para tal cosa.

—¿En serio? —Levanta una ceja.

—Bueno, a ver, es un buen candidato. Es muy guapo, pero no. Quería conocerlo.

—Si tú lo dices... —murmura no muy convencida por mi explicación.

—Esther, te lo digo en serio. Es el prototipo de hombre que escogería para tal cosa, pero ahora no me interesa eso. De veras que quiero saber más de él.

—Entonces, estás colada por él.

—¿Cómo voy a estar colada por un tío al que ni conozco? —Señalo mi cabeza como si estuviese loca.

—Sabes a lo que me refiero. —Me mira intensamente.

En realidad, no sé a qué se refiere. Esta mañana noto a mi gemela bastante extraña. Así que, para zanjar el tema que no está llegando a ningún puerto, digo apenada:

—¿Sabes? He visto en tu consulta algunas ecografías y fotos de bebés recién nacidos y me he acordado de Juanjo.

—Oye, eso es agua pasada. —Coge mi mano con fuerza.

Sonrío con tristeza.

—Lo sé. Pero es muy doloroso para mí.

—Odio a ese tipo —escupe con rabia.

—La culpa fue mía, hermana. Me puse demasiado pesada.

Me coge de la cara y me mira.

—Escúchame bien, Lola Ortiz Méndez. No vuelvas a decir eso, ¿me oyes? Nunca más quiero oírte decir semejante barbaridad. —Me besa en la frente y me abraza.

No aguanto y lloro desconsolada.

Juanjo ha sido uno de los novios que más he querido y el que más dolor me ha causado. Soñaba con tener un bebé con él. Éramos pareja y yo estaba muy ilusionada con ser madre. Todavía más de lo habitual, ya que creía ser el amor de esa persona que dormía a mi lado. Llevábamos dos años de relación y teníamos planes de boda.

Cuando le propuse tener un hijo, se opuso rotundamente. Según él, era muy joven y tenía que vivir la vida. Era irónico, pues tenía tres años más que yo. Las palabras que me dijo aún me duelen... «Búscate a otro tonto que quiera preñarte. Estás desesperada y yo, con una enferma, no quiero vivir.»

Mi hermana trata de serenarme.

—Ya está, cariño. Tranquila, Lola.

—Esther, tengo treinta y dos años y aún no tengo una familia.

—Oye, no te agobies, ¿vale? Yo tampoco tengo una relación estable, y ni la quiero.

—Pero tú no quieres niños—replico mirándola.

Ella saca un pañuelo y me lo da.

—Es cierto. Pero cada cosa tiene su tiempo.

—No tengo tiempo, Esther. ¿Es que no lo ves?

—¿El qué? —pregunta confundida.

—¡Me hago vieja! —Vuelvo a llorar a lágrima viva.

## 6

Al día siguiente, mi cabeza no para de generar preguntas sobre Philip. «¿Vendrá? ¿Me dejará plantada? Espero que no...» Y caigo en una cosa: ¿cómo me va a dejar plantada si ni siquiera me ha dicho el día? Frunzo el ceño.

Mi teléfono suena provocándome un sobresalto.

—¿Diga?

—Eh, ¿qué pasa, desaparecida?

Sonrío.

—Hola, Lidia.

—No me has llamado, ¿sucede algo?

—Uf, tengo novedades.

Oigo un pequeño grito.

—¡Cuentaaaaaa!

Hablo con mi amiga mucho rato de todo lo que me pasó en la tarde de ayer. Ella se queda impresionada. Sobre todo en la parte en la que le cuento que me ha invitado a cenar con él y la del beso (casi beso). Es entonces cuando pronuncia un enorme «Guauuu», dejándome sorda.

Después de una larga charla sobre citas, hombres y, por qué no decirlo, sexo, cambiamos al tema niños y excursiones.

—¿Sabes quién va?

—¿Quién? —pregunto intrigada.

—¡¡David!!

—Nooooooooo.

—¡Síiii! —grita y se ríe.

David es el sexi y guapo profesor de educación física. De metro ochenta, cabello castaño claro y ojos marrones. Posee un cuerpo que quita el hipo, fruto de haberlo trabajado duro. Todas las profesoras, o casi todas, porque yo no me incluyo, están locas porque les dedique una sonrisa y las invite a más de una copa y a una buena ración de sexo en una noche del fin de semana.

Lidia está loca por tener una cita con él. Jamás le contaré que hubo un tiempo en el que el apuesto maestro quiso cenar conmigo en un restaurante francés. Yo, en ese momento, había roto con Juanjo y no quería saber nada de hombres. Al darle calabazas, herí su ego y juró que algún día caería en sus brazos. ¡Hombres!

Suelto una carcajada.

—¿De qué te ríes? ¿Me has escuchado? —oigo a mi amiga regañarme por el auricular.

Hago una mueca y disimulo.

—Sí, claro.

Parece que no se ha dado cuenta, por lo que prosigue.

—Nosotros iremos a los lagos de Covadonga y al santuario de nuestra Santina. ¿Adónde vais a llevar a los vuestros?

—Este año parece que cambiamos, apostamos por un sitio nuevo. —Sonrío.

Llevamos dos años consecutivos yendo a una granja-escuela.

—¿Adónde? —pregunta sorprendida.

—Al Gulpiyuri.

—¡Ohhh, Dios mío!, ¡cómo me gusta ese lugar! —exclama de forma orgásmica.

—Estoy supercontenta.

Es una diminuta playa oculta. El agua del mar entra a través de un túnel que se ha formado entre las grandes rocas. También se puede andar por encima de éstas, bajo las cuales pasa el agua haciendo lo que se conoce aquí como bufones, que es el ruido que producen las olas del mar al pasar a presión por los túneles de la orilla. Tenemos la suerte de que hace buen tiempo, puesto que estamos terminando la primavera.

—Me lo pasaré genial con mis chicos.

—Ya me contarás.

—Igual te digo, que lo mismo os perdéis por el monte y... —Me río.

—Ojalá, amiga. —Su voz suena esperanzada.

Sigo sin entender cómo puede dejarse manejar por un hombre. En fin, ella sabrá.

Cuando me da por mirar el reloj, son las ocho y media de la tarde y observo la pantalla del teléfono.

—¡Llevamos dos horas y media charlando!

—Con razón me duele tanto la oreja.

—¡La mía está ardiendo!

Nos reímos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Preparar las cosas para mañana.

—¿La excursión es mañana, lunes?

—Sí —digo contenta.

—La mía es el viernes —canturrea.

Sonrío.

—Bueno, Lidia, sintiéndolo mucho te tengo que dejar. Me voy a dar una ducha y a hacer lo que te he dicho.

—Vale, guapa. Un besito y date muchos baños por mí.

—Lo haré, no te preocupes. Hasta mañana.

Dicho y hecho. En el momento en que cuelgo, salgo disparada hacia el cuarto de baño. Me desnudo y abro el grifo. Me lavo la cabeza y el cuerpo con champú y gel de aromas frutales.

Al salir, seco mi piel con el albornoz de tulipanes rojos y enrolló mi cabello mojado en una toalla. Cojo del estante la leche hidratante con aceite de almendras y me embadurno con ella para mantenerme hidratada.

Cuando acabo, me lavo las manos y me pongo mi pijama preferido de rayas de todas las tonalidades azules. Ahora toca la cabeza. Me desenredo el pelo pero, en un momento dado, el peine se queda atascado en un gran nudo.

En ese instante, el timbre suena. ¿Quién será a estas horas? Seguro que es Esther que se ha vuelto a olvidar las llaves en otro bolso. Salgo del baño y voy hacia la puerta, abriéndola sin mirar.

¡No! No es posible. Philip está ahí de pie, con un ramo de flores, y yo con este semblante.

—Un segundo. —Cierro en su cara.

Voy andando rápidamente hacia el espejo de la entrada y, como puedo, me desenredo, no sin antes arrancarme más de un mechón. Me duele la cabeza de los tirones. Parece que mi cabello ha querido hacerse el peleón. Tan oportuno él. Gruño mentalmente.

Al terminar, abro la puerta y lo miro. Me observa anonadado. No creo que le hayan cerrado nunca antes la puerta en las narices para luego abrirle.

Es el hombre más guapo que he conocido. Lleva el pelo peinado hacia atrás. Su cara es perfecta con esa barba de dos días que le da un aspecto más varonil, esos ojos grises que parecen azules cuando me miran y esa nariz recta. Lleva un traje oscuro, camisa azul y corbata con rayas, como mi pijama. Sonrío al ver que los

colores son muy parecidos. Desde luego, se lleva el premio al mejor vestido y al malditamente más sensual.

—¿Puedo pasar ya? —pregunta con aire divertido.

No puedo creer que me haya quedado más de dos minutos mirando su constitución y, para más bochorno, noto cómo mis dientes muerden mi labio inferior. Me pongo colorada y asiento, echándome a un lado para permitirle que pase al interior.

Hago un breve repaso de toda la casa para ver si lo he recogido todo. Para mi tranquilidad, está todo en orden.

Veo que se da la vuelta y frunce el ceño.

—¿He venido en mal momento?

—¿Eh?

—¿Te encuentras bien?

Sacudo la cabeza y le dedico mi mejor sonrisa.

—Sí, no te preocupes. Es que no te esperaba.

«¿En serio?» Mi conciencia se ríe de mí. No puedo decirle que me he quedado embobada y hechizada. Jamás. Es una norma que me tengo impuesta y a la que obedezco: jamás de los jamases le digas a un tío que te gusta. Nunca.

—Bueno, siento haberte molestado. Ha sido culpa mía. He venido sin avisar. — Sonríe enseñando esos perfectos dientes y me entran ganas de acariciarlos con mi lengua—. Sólo quería darte este regalo y preguntarte si te apetecía ir a cenar algo conmigo.

¡Mierda! ¿Ahora me dice eso, cuando tengo millones de cosas que dejar preparadas para mañana? Además, estoy en pijama, sin arreglar y con una cara... gimo en mi interior. Si por lo menos estuviese un poco maquillada...

—Lo siento, Philip. Pero hoy no puede ser.

Hay una batalla en mi interior entre cerebro y corazón. En este caso, la victoria es para la razón.

—Perdóname. De veras. Ha sido una estupidez. Pero mis impulsos...

Él es como yo, sólo que a él le ha ganado el corazón.

—Eso no significa que debas salir de mi casa inmediatamente. —Sonrío—. ¿Quieres tomar algo?

Nos miramos y nos besamos con nuestros ojos. Pero no. Yo no soy de esas que se tiran al deseo de un beso. «Claro, y en su oficina no ibas a besarlo, ¿no? ¿O es que fue una alucinación?» Odio cuando me regaña mi conciencia, pero tiene razón. Casi he violado mi norma número dos: no besar a la primera de cambio. El hombre se cree poderoso y te lleva poco a poco a su terreno.

—Si estás ocupada...

—¡No! —Me mira sorprendido cuando niego con tal efusividad.

Vale, lo siento. Es que estoy eufórica. Aún no puedo creer que esté aquí. Conmigo.

—Toma asiento, por favor.

—Mete esto en agua. —Me ofrece las flores.

—Gracias, pero no tendrías que haberte molestado —le digo mientras sonrío.

—Es una disculpa.

Frunzo el ceño mientras huelo las preciosas rosas blancas y rojas.

—¿Por qué?

—Por la confusión entre tu hermana y tú.

—Oh... —Sonrío—. No te preocupes. No es la primera vez que ha pasado eso y no será la última.

Asiente agradecido.

Ando hacia la cocina con mi ramo y lo meto en un jarrón con agua. Me lavo las manos y abro la nevera en busca de algo para beber. Coca-cola, no. Fanta, tampoco. Cierro y me vuelvo hacia la pequeña vinoteca que me regaló mi padre hace un par de años. Tanteo entre las pocas botellas que tengo y me decanto por una solitaria. ¡Vaya! Un Alión. Crianza de Ribera del Duero. Es inmejorable. Feliz, destapo la botella con el sacacorchos, absorbiendo un aroma intenso a frutas rojas y roble. Es uno de los mejores vinos. Cojo dos copas.

Cuando regreso al salón, contenta por tener algo decente para beber, mi mandíbula cae en picado.

Philip se ha ido.

Aún no puedo creer lo que acaba de pasar. Aquí estoy yo, sentada en el sofá con la copa de tinto en la mano, sin entender por qué se ha largado sin avisar. ¿Por qué no me ha dicho que se iba? Con sólo decirme «lo siento, pero debo marcharme», nos quedamos todos contentos. ¿Habrá huido de mí? ¿Será que no le gusto tanto como yo me esperaba?

—Ahora comprendo lo que me dijo Esther —murmuro—. Cada vez me siento más atraída por él. —Exhalo un largo suspiro al entender mis sentimientos.

Sé que no lo conozco como para gritar «estoy enamorada» a los cuatro vientos. Aunque debo reconocer que, si él fuese uno de los hombres que he conocido a lo largo de mi vida y se hubiera ido sin despedirse, me habría dado igual por el simple hecho de no saber nada de esa persona. Pero no es el caso; Philip se me ha metido hasta en los huesos y me ha dolido demasiado su marcha. No esperaba tener sexo, ni siquiera un beso. Mas una caricia... Cierro los ojos e imagino cómo habría seguido la velada si no hubiese salido como alma que lleva el diablo.

Sonrío al ver su cara y hablamos de nosotros. Nos contamos nuestras vidas y, de repente, acerca su mano a mi mejilla. Nos miramos y, sin saber por qué, quebranto la norma número dos, dejando que me dé un dulce y largo beso en los labios.

En ese momento abro los ojos y bufo.

—¿Pero en qué demonios estoy pensando? Lola, ¡que te acaba de dejar plantada! ¡Espabila, mujer! —me regaño a mí misma y me bebo de un tirón lo que queda en la copa.

Me levanto, guardo la botella y la copa sin usar. La otra la friego y la dejo en el escurridor. Mientras, saco de la nevera una ensalada y filetes de pollo para cenar.

Después de recoger la cocina, preparo animada las cosas para el gran día de la

excursión.

Veinte minutos después, ya está todo listo. Estoy que me caigo de sueño. Bostezo y me desperezo caminando hacia mi fiel cama donde, con sólo apoyar la cabeza en la blanda almohada, viajo al mundo de Morfeo.

El fastidioso reloj suena demasiado pronto. Intento salir de entre las sábanas, que están enredadas en mi cuerpo como si fuera un gusano. Ahora entiendo por qué soñé con que me atrapaban y no podía moverme.

¿Cómo es posible que haya hecho tal enredo? Por fin, puedo escaparme de esa prisión y, con los pelos hechos un gurrño, ando hacia el cuarto de baño. Me lavo la cara y miro mi aspecto.

—Esta noche, no duermo. ¡Dios mío! ¿Ésta soy yo? —Toco mi cara al ver mi reflejo.

Necesito mucho corrector y maquillaje para estar algo decente y no asustar a los chiquillos con un monstruo como profe. Me peino el pelo en una coleta alta.

Hago la cama y voy a la cocina para desayunar. Allí, junto a la mesa, están las rosas que metí anoche en el jarrón. Cambio el agua y lo llevo al salón para ponerlo encima de la mesa para que quede más bonita. Ellas no tienen la culpa de nada.

Me doy la vuelta y, de nuevo a la cocina, me hago un delicioso café con la cafetera Nespresso; cada vez que meto una cápsula de Volluto en ella, me acuerdo de George Clooney. Mientras se va llenando la taza, haciendo que el aroma se expanda por la estancia y mi estómago ruja en respuesta, meto dos rebanadas de pan en la tostadora. Abro el frigorífico y saco la mantequilla y la mermelada de arándanos. Una vez listo el desayuno, lo ataco sin piedad, gimiendo interiormente por lo delicioso que está.

En el momento que acabo y lo recojo todo, miro en el iPad el tiempo de hoy. Confirma lo que llevan anunciando hace días: una ola de calor, con el cielo totalmente despejado. Voy hacia mi armario, me pongo unos vaqueros, lo acompaño con una camiseta de estampados florales de manga larga y una torera vaquera.

Cuando ya estoy totalmente preparada son las ocho y media de la mañana y me dirijo hacia el zapatero de la entrada. Escojo mis bailarinas favoritas, muy cómodas, a juego con el bolso del mismo color azul marino.

Agarro la mochila y echo un último vistazo en el interior: biquini, toalla, paquete de toallitas, pañuelos y chanclas. Perfecto. Miro las flores entrecerrando los ojos. No quiero saber nada de Philip. Por ahora.

Abro la puerta, y salgo echando humo por las orejas. Definitivamente, hoy es el mejor día para relajarme en esa pequeña playa. Sonrío interiormente.

Llego hasta mi coche y me monto en él. Arranco y pongo la radio. Suena la canción que me gusta tanto de Pitbull. Subo el volumen y me desplazo calle abajo hacia el colegio.

Cuando los dos cursos estamos preparados para subir al autocar, paso lista al mío mientras sube cada alumno que nombro.

—Los míos están todos —alzo la voz al conductor, que asiente.

Con nosotros viene un grupo de ocho padres. Soy la última en subir y cojo el micrófono para tranquilizar a los pequeños, que están armando un escándalo.

—Chicos, vamos a salir ya, que cada uno se siente en su asiento, se abroche y se quede ahí hasta que yo os diga, ¿vale?

—Síiii —gritan al unísono.

—¿Os habéis traído bañador y manguitos o flotadores?

Otro grito afirmativo como contestación provoca que me ría.

—Bien, entonces. Aquí nuestro conductor os va a poner la película Gru, mi villano favorito mientras viajamos.

El trayecto es un poco largo, así que paramos antes de llegar en un restaurante de la zona para cambiarnos de ropa y comer. Luego iremos a la playa.

A la hora del almuerzo, los pequeños comen macarrones, tortilla y natillas caseras.

Nosotros, los mayores, nos pedimos otra cosa. Yo voy a comer entrecot con verduras. Hablamos poco y reímos por alguna tontería. Con el que tengo más confianza es con Juan, el tutor del otro primero. Es un hombre de treinta y ocho años, de buen físico y padre de dos mellizos que están presentes en esta excursión.

—¿Qué tal, Lola?

—Uf —resoplo—. Con ganas de darme un chapuzón.

Se ríe.

—Hoy hace bastante calor. El telediario ha acertado con el tiempo.

Asiento mientras mastico.

—¿Cómo está Amelia?

—Hoy anda fastidiada.

—¿Y eso? —me preocupo. Le tengo mucho cariño.

Ella tiene mi edad. Es una atractiva mujer de ojos verdes, bajita y pelirroja. Su marido es todo lo contrario a ella. Moreno de ojos oscuros y muy alto.

—Pues le está afectando el tercer mes más que con los dos enanos. —Señala con la cabeza a sus dos hijos.

Lo miro sorprendida.

—¿Vais a ser padres de nuevo?

—Sí. —Sonríe ampliamente—. Pensé que te lo había dicho. —Frunce el ceño mientras come.

—No lo sabía. ¡Enhorabuena! —Estrecho mi mano en su brazo—. Felicita a tu mujer de mi parte. —Sonrío.

—Descuida y gracias. —Se le ve muy feliz.

Aunque me alegro por ellos, no puedo evitar sentir envidia interiormente. Quiero ser madre. Suspiro mirando la comida.

Tengo que decidir si quiero hacerme la inseminación artificial o bien esperar a tener cuarenta años, con el riesgo de seguir sola y sin descendencia...

Al fin llegamos. La temperatura es muy cálida y decido darme un baño. Luego, me siento en la toalla mientras el sol calienta mi piel. Inhalo hinchando mi pecho, aspirando el aroma que nos brinda la naturaleza, y admiro la belleza de nuestro alrededor. Aunque no dejo de pensar en Philip. Gimo mentalmente al no poder quitármelo de mi cabeza.

Una hora más tarde, tras darnos el último chapuzón, esperamos para secarnos. Una vez totalmente secos, los dos tutores contamos a nuestros alumnos y nos montamos en nuestros respectivos autocares, porque somos muchos y no cabemos sólo en uno.

Llegamos al colegio a las seis de la tarde y charlo un poco con los padres sobre la excursión y nos reímos con algunas anécdotas. Después de un rato, me despido y voy andando deprisa hasta mi coche. Me monto y voy a mi casa. Necesito una buena ducha y diez horas de sueño.

## 8

Nada más llegar, me quito los zapatos y voy directa al dormitorio, pero, por el camino, el teléfono fijo suena. Bufando, doy media vuelta y lo cojo.

—¿Diga?

—¡Lola! ¿Dónde estabas?

—Hola, Esther. Acabo de llegar de una excursión, ¿no te lo comenté?

—Pues no. Te he estado llamando todo el día.

Suspiro.

—Lo siento. ¿Pasa algo?

—Nada preocupante, tranquila. Mamá quiere que vayamos a comer a casa mañana.

—¿Entre semana? —Frunzo el ceño.

—Lola, cariño, mañana es el cumpleaños de papá.

—¡Oh, no! —Pongo una mano en mi frente.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupada—. Nunca te ha pasado esto.

Y es verdad. Jamás me he olvidado de un día tan importante como ese acontecimiento.

—Sí, estoy bien. No te preocupes. —Sé cuál es mi problema y tiene nombre propio. Para desviar el tema, continúo—: ¿Qué has pensado comprarle?

—A eso iba. ¿Quieres venir conmigo? Aún es pronto. Estoy cerca de tu casa.

Gimo en mi interior, pero no puedo decir que no. Se trata de algo muy especial. Así que, luchando contra mi lado perezoso, le digo que aquí la espero, porque antes me tengo que duchar.

Dos horas después, salimos de la tienda de perfumes mareadísimas. La mejor elección para un regalo masculino es una colonia fresca. A Ezequiel, nuestro querido padre, le encantan las fragancias de Adolfo Domínguez, así que hemos escogido la última que ha lanzado al mercado y huele genial. En el momento en que la he inhalado, me lo he imaginado a él con ese aroma.

Papá usa colonia para todo: después de ducharse, cuando se levanta y se prepara para ir al trabajo, ¡hasta para estar por casa! Dice que hay que mantener el alma contenta y a él le hace feliz oler bien. No sólo lo piensa él, yo opino lo mismo.

Una vez me dijo que las colonias y perfumes definen la personalidad de cada persona. Hay quien escoge olores fuertes y otros, dulces. Ahora le doy toda la razón. He discutido con mi hermana por los perfumes. Aunque seamos idénticas por fuera, no nos parecemos en nada por dentro. Ella ama los olores florales y yo, los dulces.

Se ha empeñado en que huela toda la tienda y ahora estamos en los lavabos del centro comercial. Ya es la tercera vez que nos echamos jabón.

—¡Qué mareo tengo! —se queja Esther.

—Normal, si es que te has empeñado en oler todos los perfumes —replico.

—Habló la que no lo ha hecho —contraataca como defensa, mirándome con los ojos entornados.

Suelto una carcajada.

—Parecemos adolescentes.

Su cara se suaviza y sonrío.

—No olvides que yo soy la mayor.

—¡Claro! Por eso te comportas como una niña. —Me río.

Esther fue la primera en nacer, y eso le otorga el derecho a primogénita. Mamá nos ha contado que el parto fue bastante difícil, pero que nosotras nacimos dando guerra. Casi nos quedamos roncas de tanto llorar y, además, fuerte... como diciéndole al mundo que las hermanas Ortiz ya estaban aquí. Me gustaría escuchar el llanto de mi bebé al nacer. Espero que sea pronto.

No puedo seguir enjuagándome, o al final, me levantaré la piel de las manos y muñecas. El olor de esencias entremezcladas casi se ha ido y me dirijo al secador pensando que hay que pulsar un botón para activarlo. Pero, al acercarme, se enciende de pronto haciendo que me sobresalte.

—¡Joder! —Me llevo la mano al pecho.

—¿Quién es la niña ahora? —Mi hermana se ríe a carcajadas.

Hago muecas imitándola y me seco.

Salimos del centro a las nueve y media de la noche. Dos horas oliendo fragancias, eso no se lo creería nadie si se lo cuento.

—¿Te apetece cenar antes de irnos?

Miro a Esther y asiento.

Desde que está trabajando, la veo poco. Me gusta estar con mi hermana, aunque nos peleemos por tonterías. Pero eso pasa con todos los hermanos, ¿no? Peleas sin sentido para luego, a los cinco minutos, estar riendo y abrazándose como si nada.

Aparca el coche en batería y salimos. Es un Audi TT descapotable azul metalizado con todos los extras. Hizo muy buena elección, y el color lo escogimos juntas. En esa época su sueldo era bastante alto y pudo darse el gusto de un capricho. Jamás imaginó que se iba a quedar en paro dos años más tarde.

Aún recuerdo el primer día que lo condujo. Estábamos histéricas cuando llegamos al concesionario para recogerlo. Sus ojos estaban brillantes como los

de un niño al recibir el regalo más querido en el día de Reyes. Sonrío y parpadeo al notar que mi hermana ha cruzado la calle y está haciéndome señas con ambas manos. «Glups.» Atravieso y la alcanzo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Sólo recordaba el día en que fuimos juntas a por el coche.

Esther echa hacia atrás la cabeza y suelta una risotada.

—Estuvimos dando vueltas varias horas con la música a todo volumen.

Nos reímos.

—Fuimos a Gijón a pasar el día —creo que fue uno de los más calurosos del verano—, y le pitamos a un grupo de guiris, ¿te acuerdas?

—¡Como para no hacerlo! Jamás olvidaré a ese rubio. Era guapísimo.

Le doy toda la razón. No había visto en mi vida un hombre más guapo que aquel extranjero. Tenía el pelo largo con rastas que le llegaban a la cintura. Iba vestido sólo con unas bermudas anchas de flores, dejando ver un torso desnudo bien esculpido. Demasiado bien. Sus ojos eran tan celestes como el cielo. No parecía de este mundo. Hasta que vino Philip a ponérmelo patas arriba. Con sólo pensar en su nombre, mi cabeza gruñe. Aún sigo muy enfadada por lo que me hizo la otra noche, pero no puedo dejar de reconocer que me impacta su cercanía. Me pone nerviosa y hace que mi lujuria aumente de una manera vergonzosa porque, cada vez que su cara viene a mi pensamiento, siento punzadas de deseo.

—Lola, ¿me estás escuchando?

Muevo la cabeza para despejarme.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Te he dicho que ahí está Philip y, cuando te ha visto, ha agachado la mirada y ha movido la cabeza para otro lado. ¿Ha pasado algo entre vosotros? Parece avergonzado. —Frunce el ceño.

Lo que ha dicho me cae como un jarro de agua fría por encima. «Cuando te ha

visto, ha agachado la mirada y ha movido la cabeza para otro lado.» Mi boca se cierra hasta dibujar una fina línea y entrecierro los ojos mientras miro en su dirección. Esto no va a quedar así. Se va de mi casa sin decir una sola palabra y ¿ahora me vuelve la cara? Cuadro los hombros y voy a enfrentarlo, pero mi corazón se congela en el momento en que descubro a la rubia que había visto en el restaurante italiano la noche en que casi me ahogo, tocándole tiernamente el rostro.

Sé que nota mi enfado porque me observa. Estoy que trino. «¿Celosa?», me dicen sus ojos grises levantando una ceja. ¿Cómo voy a tener ese sentimiento si apenas lo conozco? No puedo tener celos, ¿o sí? No, ¡por supuesto que no! Lo que me ocurre es que no me ha pedido perdón por su huida tan estúpida. Sigo mirándolo, y ahora él dirige sus ojos hacia la mujer que intenta llamar su atención. Sonríe por algo que le dice y ella se levanta. Se da la vuelta, me mira y me guiña un ojo. A continuación, anda hacia el interior del restaurante. Están en las mesas de fuera, al igual que nosotras. Nos gusta este sitio porque nosotros podemos servirnos la sidra. De pie, botella en alto y vaso semiinclinado. Si no tienes puntería, olvídate de hacer esto. Me encanta mi sidra asturiana. El mesón La Sidrina está ubicado en el centro. Las sillas y mesas son de madera oscura y huele a sidra por todas partes.

En ese momento, nuestras miradas vuelven a encontrarse esperando la reacción del otro. Yo, por mi parte, no pienso moverme de donde me encuentro. Soy muy orgullosa. Casi, y digo sólo casi, estoy a punto de pisotear mi ego e ir donde él está sólo para escuchar su voz de nuevo. Desde que he visto a la mujer, mi enfado ha crecido. Lo desafío con la mirada. Se va a quedar esperando.

—Lola, me estoy cansando de este juegucito. —Mi hermana está enfadada.

Me he olvidado completamente de su presencia. Muevo la cabeza para quedar frente a ella.

—Lo siento, Esther. No me he dado cuenta.

—Ya estás tardando en contarme qué ha ocurrido con mi jefe —enfatisa la palabra «mí». Su mirada es de no-te-vas-a-ir-hasta-que-me-lo-cuentes.

## 9

Mi despertador suena, pero ya estoy despierta. Apenas he dormido, dando vueltas en la cama y mi cabeza haciéndose preguntas. Odio cuando me pasa esto. Diablos, estoy obsesionada con este hombre. Simplemente no puedo quitármelo de la cabeza. Aun por la mañana, sigo preguntándome por qué no se levantó de esa silla y vino a pedirme perdón. «Tendrías que haber ido tú»; tal como ese pensamiento sale, lo vuelvo a guardar. ¿Yo tendría que haber ido a él, cuando fue él quien se largó sin decirme siquiera adiós? Ah, no. Eso jamás. Mi hermana me dio toda la razón cuando anoche, mientras cenábamos, hablamos sobre ello.

Nunca he ido detrás de un hombre, a excepción de Juanjo y no me perdono por ello. Cierro mi puño con rabia. Me arrastré para que no me dejara. ¡Qué tonta fui! Pero eso se ha acabado. Si Philip quiere algo de mí, será él quien me busque, porque Lola no va a mover un dedo, aunque se muera por hablarle o besarlo.

Me siento culpable porque ahora, al confesarle a Esther todo lo que ha pasado, ella se halla entre la espada y la pared. Recuerdo nuestra conversación de anoche mientras me levanto a regañadientes.

—Sabes que no soporto que ningún tío te haga daño.

—Yo puedo decir lo mismo. Te lo agradezco, hermana, pero no puedes mirarlo mal porque en realidad tampoco ha sido algo como para odiarlo.

—El problema es que somos como mamá.

—Ahora la culpa la tiene mamá.

Nos reímos.

—En serio, Esther. Esto es algo entre él y yo. Es tu jefe. Tu trabajo. No lo eches a perder por querer protegerme.

—Está bien. Pero, si alguna vez te daña el corazón tanto como lo hizo el

desgraciado de Juanjo, le partiré las piernas aunque sea mi jefe.

Sonrío al recordar la amenaza de Esther. Me siento querida por mi gemela. Somos más que hermanas, más que amigas. Nos tenemos la una a la otra sin importar lo demás.

Arrastrando los pies, me dirijo al cuarto de baño para lavarme la cara con un pequeño desgarró en el corazón. Y es que, si algo pasara entre Philip y yo, he decidido no contárselo a Esther. No me perdonaría en la vida si, por mi egoísmo, se quedara en la calle.

Suspiro y voy a la cocina a prepararme un buen café cargado, cuando mi móvil suena.

—¿Diga? —Mi voz es ronca.

—Lola, lo siento si te he despertado, pero he tenido un problema con el coche.

—¿Qué ha pasado? —Me despierto de un tirón, preocupada por lo que pueda sucederle a mi gemela.

—Se ha quedado sin batería y no tengo cómo ir al trabajo.

—¿A qué hora entras? —pregunto mirando el reloj.

—A las nueve.

—Vale, cuando esté lista te llamo.

—Gracias.

—No me las des, que para eso estamos.

Después de colgar, voy a desayunar. Aún es pronto y puedo hacer las cosas tranquilamente. Hago la cama y me visto. Hoy escojo un vestido largo marrón con margaritas y una rebeca blanca. Llevo el pelo suelto, aunque cojo una goma de pelo porque hoy toca acuarelas con los pequeños y seguro que me lo tendré que recoger.

A las ocho y media, me dirijo a la entrada. Me pongo mis bailarinas marrones y

salgo de casa. Al echar la llave, frunzo el ceño. Hay una notita pegada en la mirilla y me deja desconcertada lo que está escrito en ella: «No es lo que parece... P».

Hago una mueca sin entender. Seguramente es alguien que quiere gastarme una broma, así que no le presto atención. La arrugo y cierro en mi puño para tirarla en la primera papelera que vea.

Ando hacia mi coche, saco el móvil y llamo a mi hermana para decirle que ya voy a por ella. Me monto en mi pequeño Toyota Auris plateado y lo arranco. Lleva conmigo más de tres años. Es mi compañero fiel. Nunca me falla. Llegando a mi destino, la veo parada en su portal.

Ella vive cuatro calles más allá que mi casa. Comparte piso con sus mascotas: Bruno y Romeo. Bruno es un pastor alemán y Romeo, un yaco con muy mala leche. Ese loro una vez me picó en la cabeza y... ¡joder, duele!

—Buenos días. —Me saluda y me besa en la mejilla.

—Hola, guapa. Vaya embrollo el del coche.

—¡Y que lo digas! —Se pone el cinturón.

—¿Cómo sabes que no te arranca?

—Philip me llamó de madrugada.

La miro con atención.

—¿Para qué?

—Se complicó el parto de una paciente y requería mi ayuda.

—¿Salió todo bien? —pregunto preocupada.

Mi hermana me mira con tristeza.

—Mi coche me dejó tirada a mitad de camino. Llamé a Philip para contarle lo que sucedía y cogí un taxi. Pero era demasiado tarde.

—Pero, ¿por qué esa cara, cariño?

—Lola, si yo hubiera estado allí, el niño podría haber sobrevivido.

Abro los ojos como platos.

—Pero, ¿te ha confirmado el fallecimiento?

—No.

—¿Entonces? —Hago una mueca sin entender.

—Lo he supuesto.

Ruedo los ojos y suspiro. Mi hermana y sus suposiciones...

—¿Qué pasó, Esther?

—Avisaron a otro doctor que no estaba de guardia, y llegamos a la vez. Philip me miraba encolerizado y me llevó a su despacho. Allí me gritó que teníamos un RPM. —Observa que no entiendo ese término y continúa—: Se trata de la ruptura prematura de la membrana. Viene a ser lo que llamamos romper aguas, pero antes de tiempo.

Mi boca hace una O y asiento.

—¿Qué más? —quiero saber.

—Perdíamos al bebé y era precisa mi presencia allí. Venía de nalgas y él necesitaba ayuda mientras realizaba la cesárea. —Se le escapa un sollozo.

—Oye —me quito el cinturón y la abrazo—, no te culpes. ¿No había más enfermeras o matronas?

—Sí. Una matrona y, además, entró una enfermera de guardia; también había un pediatra. Sin embargo, Philip me necesitaba a mí. Con gesto duro, me pidió que me fuera a casa. Oh, Lola. Le he fallado a mi jefe y quizá haya dejado morir a una criatura inocente. —Llora desconsolada.

—Eh, no. Pequeña, por favor, no me llores. —Cojo su cara entre mis manos y le beso la frente—. Aún no sabes si ha sobrevivido. Ten esperanza.

No entiendo por qué Philip no la ha llamado para informarla del estado del bebé.

—Me fastidia no poder quedarme contigo toda la mañana —digo molesta.

Son casi las nueve y ambas entramos a en punto.

—No te preocupes, déjame en el trabajo y tú vete tranquila. Luego me recoges y vamos a casa. He traído el regalo de papá. —Sorbe por la nariz.

Me enseña la caja envuelta en papel de regalo con una etiqueta en la que pone «Feliz cumpleaños».

Con el corazón en un puño, me coloco el cinturón y conduzco hasta la clínica de Philip. Si el bebé ha fallecido, ¿qué culpa tiene mi hermana de que el maldito coche se quedara sin batería? No tenía derecho a culparla y, si por alguna razón la despide, le cantaré las cuarenta a ese engreído. Por eso, y por no haberla avisado después de la intervención. Esther tiene tanto derecho como él a saber el estado de salud del recién nacido. No es justo.

Hoy es la primera vez que llegaré tarde a trabajar, pero no me iré antes de hablar con él y decirle cuatro cosas. Mi genio crece por momentos y me duele el pecho de lo enfadada que estoy.

Aparco y ambas nos bajamos del vehículo. Mi hermana frunce el ceño.

—¿Adónde vas?

—Contigo.

—Lola, no. Vas a llegar tarde y te van a sancionar.

—¡A la mierda! —exploto—. ¿Qué coño se cree Philip? ¿Que puede hablarte como le salga de las narices aun sabiendo que no tienes ninguna culpa? Es que... es que... le odio —grito—. Si estuviera aquí ahora mismo, le...

—¿Le qué, señorita Ortiz?

Cierro la boca de golpe y miro a mi hermana. Sin pronunciar palabra pregunto si es él y con su mirada, lo confirma.

Bien, ésta es mi oportunidad. Inhalo profundamente y me doy la vuelta.

—Le diría a usted —lo señalo— que es un estúpido. Un gilipollas prepotente. ¿Qué coño es tan gracioso?

Está sonriendo.

—Para ser una señorita educada, insulta mucho y suelta muchos tacos.

Mi sangre hierve y me pongo colorada.

—Insulto lo que me da la gana y digo los tacos que quiero —suelto sin más. Levanta una ceja—. Le considero un inepto.

—¡Vaya! Iba a pedirle disculpas por mi comportamiento del otro día, pero, pensándolo mejor, creo que se merecía el plantón —masculla irritado.

Jadeo al recibir aquella pulla, pero mis ojos viajan por su indumentaria. No me he dado cuenta de su ropa. Va vestido con un uniforme sanitario azul que hace juego con su mirada. Está para comérselo.

—¿No dice nada?

Abro y cierro la boca.

—¿Ahora me habla de usted? —consigo decir.

—Como debe ser. —Parece molesto.

Me río.

—Parece que el doctorcito está mosqueado cuando tendría que ser yo —me señalo— la que esté cabreada con usted —digo la última palabra con fuerza.

Inhala con ganas y mira a mi hermana.

—Esther, ¿te importa dejarme a solas con tu hermana, por favor?

Nos observa en silencio y asiente.

—Por cierto —le dice—, el pequeño está estable. Conseguí reanimarlo.

—¿Tardó mucho? —pregunta preocupada.

—No. Eso es lo mejor, respondió a los pocos segundos gracias a la nalgada.

Ella se pone una mano en el pecho y suspira tranquila.

—¿Nalgada? —pregunto.

—Es cuando un bebé nace con un parto complicado, ya sea por cesárea, como en este caso, o también bajo el agua, muy típico en otros países. Lo que sucede es que el bebé sale de su madre cansado, lo que se conoce como sufrimiento fetal, y no hace el esfuerzo de respirar por sí mismo, por lo que se le da una nalgada para ayudarlo a reaccionar. —Me mira intensamente—. ¿Lo ha entendido? —Sonríe con arrogancia.

—Sí, doctorcito —respondo con desdén.

Paro a mi hermana y pregunto:

—¿Qué pasa si no reacciona en unos segundos o minutos?

Contesta el médico.

—Algo muy malo. Puede haber daños neurológicos.

—¡Vaya! Me alegro mucho de que estén madre e hijo juntos. —Sonrío nostálgica.

—Hija. Ha sido niña.

Lo miro y me fascino más por él. Ha salvado la vida de un bebé y a saber la de cuántos más. «Es su trabajo», me dice una voz en mi interior. Sí, lo es. Pero es fascinante.

—Siento si te hablé mal, Esther. Tuve un mal día y lo pagué contigo. —Mira a mi hermana.

—No se preocupe, señor. Lo entiendo. Tenemos días buenos y días malos. Nos vemos después, Lola. —Me da un beso y se va con una sonrisa en los labios.

Me alegro mucho por ella. Miro el reloj: son las nueve en punto.

—No se va a ir a ningún sitio antes de escucharme.

—Que se lo cree, doctor —me mofo dirigiéndome a mi coche, pero me agarra del brazo, haciendo que me dé la vuelta—. ¿Qué haces?

Intento deshacerme de su mano, pero está pegado a mí y mi trasero a la puerta del automóvil. Estoy totalmente bloqueada. Noto su perfume. Dulce y embriagador. Su muslo contra el mío. Su mano aún sigue atrapando mi antebrazo. Mi respiración se agita y lo miro echando la cabeza hacia atrás. Baja sus ojos para observar mi boca. Sin darme cuenta, me mojo los labios.

Acerca su boca a la mía y, rozando su lengua con mi labio inferior, susurra:

—Estate lista esta noche. A las nueve.

Cierro los ojos absorbiendo todo su aroma, pero noto una brisa. Cuando los vuelvo a abrir, Philip se ha ido.

Otra vez.

## 10

Tal como he entrado en el aula, la jefa de estudios, Magdalena, ha salido a mi encuentro y me ha dado un toque de atención. No es porque no lleve razón, que la tiene, pero esa mujer es tremenda. Su pelo está encrespado por la laca. Viste con un traje negro y camisa blanca suelta intentando tapar su rechoncha barriga. Desde su baja estatura, me mira con unos inquietantes ojos marrones metidos ya en una edad madura, pues se le notan las arrugas prominentes de los cincuenta y tantos. Luce labio fruncido y ceja en alto.

—Su clase lleva quince minutos sin su maestra y he tenido que apaciguar a los pequeños salvajes que tiene usted por alumnos.

Lo que yo diga, odiosa. «Mis pequeños no son salvajes, vejestorio.» La miro seriamente.

—Lo siento. He tenido un contratiempo de última hora.

Sonríe con arrogancia.

—¿Se puede saber el qué?

—He tenido un problema personal.

Punto. No voy a especificar cuál. La dejo con la palabra en la boca y me dirijo hacia el escritorio para sentarme.

Desde que he tenido el encontronazo con Philip, mis piernas no han dejado de temblar. A eso hay que sumar unos nervios que van aumentando a medida que pienso en el roce de su lengua en mi boca. Me he quedado en el coche reproduciendo la escena una y otra vez en mi cabeza. ¿Violaré las normas básicas esta noche? Espero que no. Pero es muy difícil, Philip es el primer hombre que me ha hecho vibrar y querer saciar mi sed de lujuria allí en el aparcamiento. Suspiro fuertemente. Dios mío, este hombre me tiene desquiciada. Sólo deseo llegar a casa y buscar en mi armario para ver qué voy a ponerme esta

noche. Porque... ¿vendrá, no? ¿Y si no aparece? ¿Tendrá otra de sus «urgencias» que atender?

Mi cerebro sigue echando humo con preguntas. Por un momento me he olvidado de dónde estoy y alzo la cabeza de mis tareas. Casi todos mis alumnos están llenos de acuarela. Gimo interiormente, ¿puede pasar algo peor? «Oh, diantres», me digo mientras corro para alcanzar a un pequeño que está intentando hacer una barbaridad.

—¡Rubéeen! ¡Eso no se comeeee! —Cojo el bote de pintura antes de que su lengua llegue a él.

El niño me mira asustado y yo miro a mi alrededor. Al final, la condenada jefa de estudios va a tener razón. ¡Esto es una jungla!

Hay pintura por las mesas y ventanas... hasta en la pizarra.

—Seño, ¿vamos a pintar? —me pregunta una cría moviendo el pincel y mojándose el labio con su lengua.

—¿Acaso no habéis pintado ya? Me habéis hecho un cuadro tan bonito que hasta Dalí se emocionaría —digo con sarcasmo.

A Salvador Dalí le daría un infarto si viera este «arte». Se tiene que estar revolviendo en su propia tumba.

—Os dejo solos quince minutos y armáis este desastre, ¿qué voy a hacer con vosotros? —los regaño cariñosamente.

No puedo ponerme como profe mala porque son muy pequeños.

—¿Nos cuentas un cuento? —pide uno.

—¡Vamos a cantar el abecedario! —grita otra.

—¡Yo quiero pintar! —refunfuña otro.

El compañero le quita el pincel y comienzan a pelear. Hago de mediadora entre ellos y consigo calmarlos. Se me ocurre una idea, así que doy una palmada para que me presten atención y digo:

—¡Vamos a pintarnos nuestras manos y las pondremos en cartulinas de colores!  
¿Qué os parece?

Un grito común me confirma que están más que de acuerdo.

Cuando suena el timbre del recreo y todos los niños salen chillando por la puerta, hundo mi cabeza entre las manos en mi mesa. ¡Vaya mañana!

—¿Se puede?

Alzo la mirada y me congelo.

—David, no te esperaba. —Me levanto—. Claro, pasa.

Lo miro con cautela porque ha cerrado la puerta y se está acercando. Su mirada no me gusta ni un pelo. Es verdaderamente guapo y le queda muy bien esa indumentaria de deporte.

Se apoya en la mesa y me dice:

—¿Te apetece tomar un café?

Alzo una ceja.

—¿Y para eso has cerrado?

—No. —Me mira intensamente—. Para esto.

Me agarra de la cintura arrastrándome hacia él y une su boca con la mía en un ardiente beso. Me ha cogido por sorpresa. No reacciono aun sabiendo que se está abriendo paso con su lengua, incitando a mis labios a abrirse e invitarlo. Intento zafarme, pero su agarre se hace más fuerte, haciendo que me quede apenas oxígeno.

—Suéltame —susurro enfadada.

—Bésame. —Abre los ojos y me mira—. Sólo dame un jodido beso y me iré.

«Sólo es un beso», me digo a mí misma. «Acuérdate de tus reglas.» Sí, pero sólo las tengo para las citas, y esto no es precisamente una de ellas.

—Te irás y no volverás a hacerme esto —digo con determinación.

Asiente y vuelve a aprisionar mis labios, a lo que yo le respondo para que me deje en paz. Cierro los ojos y me imagino que es a Philip a quien beso. Me aferro a él. Noto su excitación en mi muslo. Es una pena que no me guste, porque el hombre está bien dotado. Cuando veo que tiene intención de subirme a la mesa, me despego de él.

—Sólo un beso.

Suspira con la respiración agitada.

—Creí que...

—Creíste mal. Además, estamos en un lugar público, en una clase de niños. — Señalo el lugar—. Y no creo que este comportamiento sea apropiado, porque nos pueden pillar.

—Es la hora del recreo, sabes que nadie está por los pasillos.

—¿Tan seguro estabas de ello antes de entrar?

Sonríe.

—Me deseas. —Se acerca.

Lo paro negando con la cabeza.

—No le des importancia a un beso, porque para mí no la ha tenido. Me has obligado.

—¿Perdón? Que yo sepa lo has aceptado. Admítelo, te ha gustado.

Me mira con ojos hambrientos y pasa su mano por mi muslo.

—David...—advierito.

—Admite que quieres que te folle. —Sube mi vestido.

Resoplo. Está empezando a cabrearme.

—No quiero que me folles. No me gustas.

—El beso que me has dado decía lo contrario. —Acerca su boca a mi oído.

Huelo su colonia, totalmente diferente a la de Philip. Ésta es fuerte y no me gusta nada. Odio a tipos así de empalagosos que se creen que, por tener una cara bonita, todas las mujeres caemos rendidas a sus pies.

Empujándolo, siseo:

—He pensado en otro mientras te besaba. ¡Me das asco! —La campana suena de nuevo—. Y ahora, ¡fuera de mi clase! —Señalo la puerta con un dedo.

Está muy cabreado. He vuelto a dañar su ego y me gusta. Me hace sentir poderosa. Sin decir nada más, se da la vuelta y sale del aula haciendo que la puerta choque con el esqueleto y lo tire.

—Ambrosio, ya te han tirado otra vez. —Voy a recogerlo y le vuelvo a poner el cráneo en su sitio—. Eres el único hombre que no da problemas.

Me río.

Al momento, se me viene a la cabeza Lidia. ¿Se enfadaría conmigo si alguna vez llegara a enterarse de que me he besado con el hombre que ella desea? ¿Me perdonaría? Yo no he querido, ciertamente casi me ha obligado y lo he hecho para que me dejara en paz.

Mientras los niños vuelven a clase y yo regreso a mi mesa, una pregunta más concreta viene a mi cabeza: «¿Por qué, después de tanto tiempo, ha venido a besarme?».

Sigo dando clase hasta la hora de salir. Como no quiero encontrarme con David, me dirijo apresuradamente hacia mi coche.

En el aparcamiento, veo el de mi amiga estacionado al lado del mío y las luces parpadeando. Vuelvo la cabeza y la veo saludarme con la mano. Siento que tengo un cartel de traidora pegado en mi frente.

—Hola, Lola. No te he visto en todo el día. —Se acerca y me da un par de besos.

Sonrío.

—He tenido una mañana bastante ajetreada. —«Y que lo digas», pienso para mí —. ¿Qué tal tú?

—Bien. He tenido un examen de lengua. Con David —susurra emocionada su nombre.

Casi me ahogo.

—¿Qué? —Abro la boca.

—Después del recreo, lo encontré en el cuarto donde guarda el material de gimnasia. Estaba de muy mal humor.

Me imagino el motivo.

—¿Y qué ha pasado?

—Pues nada, me acerqué a preguntarle si estaba bien y de buenas a primeras va y me planta un besazo del quince.

—¿Sólo eso?

Lidia sonrío pícaramente.

—No... —digo horrorizada y ella asiente feliz.

—Da un morbo hacerlo en ese cuartito...

—No sigas —la interrumpo y miro el reloj—. Me tengo que ir. He de recoger a mi hermana, pues comemos en casa de mis padres.

Asiente.

—¿Todo bien con el guapetón?

—Esta noche hemos quedado —digo como si nada.

—¿Y no pensabas decírmelo? —pregunta sorprendida—. Ya hablaremos y me cuentas los detalles. —Alza las cejas repetidamente.

Me monto en el coche, lo arranco y se me viene a la cabeza todo lo que me ha pasado durante la mañana, incluyendo el acontecimiento con el profesor de educación física. Resoplo al darme cuenta de que es un sinvergüenza. No ha obtenido sexo conmigo y, como sabe que con Lidia lo tiene fácil, no ha dudado un momento en descargar su viril amargura.

## 11

Cuando llego a la clínica, aparco en el mismo lugar de antes. Parece que me han estado guardando el sitio desde esta mañana. Quito la llave del contacto y espero a mi hermana. En ese instante, mi móvil suena.

—Hola, mamá.

—Cariño, ¿venís ya?

—Sí. Estoy esperando a que Esther salga del trabajo y vamos para la casa.

—Vale. He hecho fabada, ¿te parece bien?

Mi estómago ruge automáticamente. La fabada es un guiso típico en Asturias. Y, como la de mi madre, ninguna.

—Ya sabes, mamá, que adoro tus comidas.

Oigo una risa suave.

—Tampoco es para tanto, tesoro.

—Eres la top chef.

Ambas nos reímos.

—Ya viene mi hermana. Ahora nos vemos, ¿vale?

—Perfecto. Hasta ahora, corazón mío.

Mi madre es lo mejor de mi vida. No sé qué pasará el día en que Dios me la quite. Me estremezco sólo de pensarlo.

Un pequeño golpe en el cristal me despeja de esos crueles pensamientos. Quito el bloqueo de las puertas y mi gemela entra en el coche. Me mira molesta.

Frunzo el ceño y voy a hablar, pero levanta una mano para que me calle.

—Estuvo feo que le hablaras así a Philip, Lola.

¿Ésta es mi hermana o me la han cambiado? Miro para todos lados por si la que está sentada a mi lado es otra.

—¿A quién buscas? Ya se ha ido —resopla.

—A Esther. Busco a mi hermana, porque tú no eres ella.

Arranco y doy marcha atrás, para luego dirigirme a mi destino.

—Cierto. No soy tu hermana, la tenemos retenida en nuestra nave interestelar —  
contesta con voz de alienígena.

La miro e intento no sonreír.

—Esther, yo...

Comienzo a explicarme pero me interrumpe.

—No, simplemente no digas nada. Tienes que comprender que es mi jefe, quien me paga mi sueldo todos los meses. No puedes hablarle como te dé la gana, Lola.

Tenso mi mandíbula porque tiene toda la razón.

—Lo siento —logro decir entre dientes.

—Compréndelo, por favor. No mezcles lo sentimental con el trabajo. —Me mira.

Le devuelvo la mirada.

—Te hablé como si no fueras nada.

—Ése es mi problema, Lola.

¿Mi hermana es tonta y aún no lo sabe? ¿Se deja manipular por su jefe? Bufo.

—Sólo intenté defenderte.

—Y lograste que me diera una charla.

Piso de pronto el freno y ambas damos un tirón de cuello hacia delante.

—¿Qué?

—¡Joder! No vuelvas a hacerlo —me grita.

—El semáforo estaba en rojo. Tenía que parar de todas formas.

—Sí, pero no así.

—Bueno, ¿qué charlita te ha dado el doctor? —digo entre dientes.

Suspira y se apoya en el reposacabezas mientras se coge el entrecejo con el índice y el pulgar.

—Me pidió que, por favor, no vuelvas a intervenir en asuntos laborales que no te conciernen.

Una pequeña espina de culpabilidad se me clava en el pecho. La luz del semáforo cambia a verde y avanzo. Quedan dos calles para llegar a la casa de mis padres.

—¿Qué tal el día? ¿Sabes algo del bebé? —pregunto para suavizar la tensión.

—Está en observación, pero es una completa guerrera. —Sonríe.

—Me alegro mucho.

—Gracias.

—¿Y la madre? ¿Se encuentra bien?

—Sí. Estaba bastante inquieta. Philip la llevó con su hija un rato y se relajó.

Condenado. Si al final va a ser un amor de hombre y todo. Mi interior suspira como una colegiala.

—¿Y puede andar con los puntos?

—No. La ha llevado en silla de ruedas.

—Ajá —asiento pensativa.

Los puntos deben molestar una barbaridad.

—¿Y tu día? ¿Cómo ha ido? —pregunta con una sonrisa divertida.

Bufo y le cuento todo lo sucedido, incluyendo el percance con David. Ella vuelve su cara con los ojos como platos y me hace jurarle tres veces si es verdad lo que le cuento.

—Y después me entero de que Lidia y él han echado un polvo en el cuarto donde se guarda el equipamiento deportivo.

—¡Puf! —Frunce los labios—. ¿Se lo vas a decir a ella?

La miro y niego.

—Para mí ese beso no significa nada, Esther, y no quiero arruinar mi amistad con Lidia por un hombre.

—No tenéis quince años...

—Lo sé. Pero, cuando un hombre se mete en medio de dos mujeres, éstas siempre acaban disgustadas.

—Buen punto —asiente—. No se lo digas, a menos que sea por una buena razón. Ese tío es un caradura.

—Y no quiero que sufra por su culpa. —Suspiro.

—No se lo merece. Lidia es una buena persona.

—La mejor amiga que tengo. —Sonrío pensando en ella—. Me daría mucha rabia que le hiciera daño.

—Cariño, no puedes proteger a todo el mundo. —Me coge la mano—. Debemos aprender a vivir y enmendar los errores.

—Ya, pero...

—Lola, no siempre te puedes meter en la vida de los demás, aunque sean personas queridas. Tu instinto maternal eterno... —Se ríe.

—Hasta con los adultos lo tengo.

Soltamos una carcajada.

Al fin llegamos a nuestro antiguo hogar, en el que nacimos y nos hicimos adultas. Es una casa adosada de dos plantas. Hay un aseo en la planta baja y dos cuartos de baño en la de arriba, y cuatro habitaciones amplias. En una de ellas hay un vestidor donde Esther y yo aún tenemos ropa guardada.

Toco el claxon para que me abran la puerta del garaje. El interior es muy amplio. Caben tres coches. Una vez dentro, apago el motor. Mi madre entra por la puerta que está justo enfrente de mí. A mi izquierda, se encuentra un trastero, donde se guardan los alimentos perecederos junto con un enorme congelador y una nevera. También es aquí donde guarda la compra de productos para la limpieza. Todo está como siempre.

Añoro este lugar. Todavía está la canasta de baloncesto que papá nos compró cuando teníamos ocho años y jugábamos a básquet.

—¡Mis dos amores! —Nos abraza y nos da besos sonoros en nuestras respectivas mejillas.

—Hola, mamá —saludamos.

—Estáis más guapas.

Sonreímos. Siempre dice lo mismo.

—¿Cómo estás?

—Feliz de teneros aquí.

María, nuestra madre, es rubia como nosotras pero tiene los ojos verdes. Es bajita y regordeta. Lleva una coleta muy bien estirada, pues odia cocinar con el cabello entre los ojos. Viste con su inseparable delantal de fresas encima de unos

pantalones vaqueros y una camiseta azul de manga corta.

—Vamos para arriba, que tu padre está terminando de poner la mesa. —Sonríe ampliamente.

—¿Qué le has comprado a papá? —pregunto mientras andamos para subir las escaleras.

—Un maletín para el trabajo y un estetoscopio. El que tiene está para jubilarse.  
—Nos reímos las tres.

Mi padre es pediatra. De ahí la vocación de mi hermana por querer ser ginecóloga. De mí esperaban que ejerciera otra especialidad médica, pero, como siempre me han gustado los niños, quise estudiar magisterio y jamás me he arrepentido de haberlo hecho. Con sólo ir a clase y ver sus caras, mis problemas desaparecen. Adoro a los pequeños.

Cuando estamos en el piso superior, hay un aroma delicioso que rodea toda la estancia. Cierro los ojos e inspiro.

—¡Qué hambre tengo!

—Voy a llorar cuando me meta la primera cucharada de fabada en la boca. —Mi hermana se ríe.

—Ay, qué exagerada. —Le da una suave palmada en el hombro.

—¿Y dónde está el cumpleañosero más guapo del mundo? —grito acercándome al salón.

Todo está como siempre. Las paredes de color salmón. Un sofá rinconera marrón a la derecha y, enfrente, una televisión de plasma de cuarenta y seis pulgadas. Detrás, está la mesa en la que vamos a almorzar, arreglada y preparada con una botella de vino de una buena marca esperando ser descorchada.

—¡Mis dos gotas de agua! —Ezequiel entra por la puerta que da a la terraza.

Tenemos un huerto, donde papá pasa el tiempo que puede y se despeja. Le encanta sembrar y cuidar de su jardín.

Va vestido con unos pantalones azul marino y un polo de rayas azul y blanco. Al contrario que mamá, él es moreno de ojos marrones. Del mismo color que los tenemos nosotras.

Se acerca y nos da un gran abrazo de oso, cubriéndonos de amor y besos.

—Felicidades, viejecillo —me burlo.

—¡Eh! Que estoy hecho un chavalín.

—Claro, claro. —Se mofa mi hermana.

Nos sentamos en la mesa y, después de que mi madre la haya bendecido, empezamos a comer. A la primera cucharada, Esther y yo gemimos y no hablamos en ningún momento hasta que llega el postre: arroz con leche y, mi favorito, casadielles. Son empanadillas dulces rellenas de nuez, azúcar y anís. Me estoy dando un atracón de comida. Necesitaré tres días de ejercicio intensivo en el gimnasio para quemarlo todo.

—¿Cuándo me vais a traer un yerno a casa?

Aquello nos coge desprevenidas y ambas nos miramos.

—No lo sé —respondo.

—Yo tampoco, y no quiero ni pensar en hombres —replica mi hermana cogiendo su copa.

Mis padres fruncen el ceño.

—¿Eres lesbiana, hija?

Esther casi se atraganta con el vino y comienza a toser. Yo le doy palmaditas en la espalda. Cuando se recompone, contesta con los ojos muy abiertos.

—Soy ciento por ciento heterosexual. —Carraspea.

Noto que expulsan el aire lentamente como si hubiesen estado reteniéndolo mientras esperaban la respuesta.

—Me encantaría tener nietos por aquí correteando —dice mi madre nostálgica

—. La hija de Paqui ha tenido un niño precioso.

Empiezo a tensarme porque sé que va a sacar el tema de embarazos-como-Dios-manda.

—Lola, cariño, ¿todavía sigues pensando en ser madre soltera?

Resoplo y hago una mueca.

—Sí, mamá.

—Pero, cariño, yo no veo eso bien. Una criatura debe crecer con sus respectivos padres. ¿Qué le vas a decir cuando te pregunte quién es su papá?

¡Cómo odio esto!

—Mamá —le advierto mirándola—. Se trata de mi vida. Si quiero hacerme una inseminación artificial, es mi problema.

—Pero...

—María, tu hija ya es mayor de edad para hacer lo que quiera —intercede mi padre.

—Lo sé, Ezequiel. Aunque no lo veo correcto. ¿Puedes saber quién es el padre?

En ese momento, es Esther quien interviene.

—Es confidencial. Los donantes de espermatozoides son anónimos. Están respaldados por la ley de Protección de Datos y no se puede violar.

—¡Ay, por Cristo! ¿Y si es un drogadicto el que te dona el espermatozoides, o un perturbado?

—Mamá, se realizan pruebas antes de la donación. Todo está bajo control médico. —Mi hermana se horroriza por tremenda pregunta.

—¿Y no cuesta mucho dinero hacerse tal cosa?

—Sí, pero llevo ahorrando muchos años. Así que podré pagármelo.

—Yo no estoy de acuerdo con eso. Lo mejor es casarse y, luego, formar una familia. Pero así, sin que tengas sustento...

Suspiro y, molesta, doy un golpe en la mesa.

—¡Basta, mamá! Es mi vida. Soy independiente. Tengo, gracias a Dios, un buen trabajo y a mi hijo no le faltaría de nada —alzo la voz.

—Lola, contrólate —me advierte mi padre.

—No. No puedo controlarme, papá. Siempre es la misma historia. Que si tengo que buscar un buen novio para casarme con él y dejar de trabajar para que él se ocupe de traer el dinero y yo de la casa. Esto es el siglo XXI, no la Edad Media. ¡Por todos los santos! ¿Pretendéis controlar también con quién me acuesto y con quién no?

—Lola, ya —interviene Esther, tranquilizándome.

Miro a mi madre y tiene lágrimas en los ojos.

—Mamá —dice mi hermana suavemente—, Lola tiene razón. Además, yo puedo ayudarla. O Philip.

«Oh, oh... ¡Peligro, peligro!», dice mi mente con voz de robot.

—¿Quién es Philip?

—Mi jefe.

Ambos hacen una O con la boca y me miran.

—¿Por qué pones esa cara? —me pincha mi padre.

—¿Qué cara? —digo como si nada.

—¿Hay algo que no sepamos?

Por debajo de la mesa, le doy con el pie a mi hermana para que se calle.

—¿Cómo qué?

—¿Es guapo tu jefe, Esther? —plantea mi madre recompuesta milagrosamente.

Entrecierro los ojos.

—Mucho. —Sonríe.

—Háblame de él —le pide.

Voy a replicar, cuando mi móvil suena. Lo saco del bolso y lo miro.

«Ponte sexi esta noche para mí.»

Frunzo el ceño al no reconocer el número que me ha enviado un mensaje al WhatsApp. Mientras pienso si lo añado a mis contactos para averiguar quién es, respondo: «Perdona, ¿quién te crees que eres para mandarme esto?». Mis dedos se deslizan por la pantalla táctil.

«Desde que te vi, no hago otra cosa que pensar en ti. Quiero saborearte y follarte hasta que te quedes sin voz de tanto gritar. No veo el momento. Philip».

## 12

Mi cara se pone roja como un tomate maduro cuando veo el nombre del emisor. ¿Pero cómo...?

Dirijo la mirada a mi hermana, que está hablando entusiasmada con mi padre de lo que ha hecho hoy con sus respectivos lenguajes técnicos.

No hablo. No puedo. La garganta no me permite emitir sonido alguno. Sólo las imágenes se plasman en mi cabeza y mi interior bulle. Estoy con mis padres en la mesa y mi entrepierna está ardiendo. Necesito ir al baño o voy a explotar como una pompa.

Me echo agua fresca por el cuello y me sereno. El mero hecho de pensar en las manos de Philip sobre mi cuerpo encienden la mecha. Más agua fresca por mi cara. ¿Cómo debe ser estar debajo de su musculoso cuerpo? ¿O encima? Quizá en otras posiciones... Jadeo mirándome al espejo. Mi centro está palpitando.

—Sólo ha sido un mensaje, Lola —murmuro—. No violes las normas —me advierto.

«¿A quién carajo le importan las normas ahora mismo? ¿A ti?», pregunta mi conciencia.

—Serénate. —Me apoyo en el lavabo.

¿Cuándo tenía que estar lista? No recuerdo que me lo haya dicho. Sólo me dijo...

—Nueve. —Me miro una vez más—. A las nueve y aún queda la tarta de cumpleaños.

Echo una ojeada al móvil observando fijamente ese mensaje tan caliente. Sólo hay una culpable.

—Esther —exhalo bruscamente.

Salgo del baño y ya está todo medio recogido. Mi hermana está colocando las velas en forma de números: cincuenta y ocho. La tarta es de chocolate y nata. En el centro pone «Felicidades Ezequiel».

Me acerco a ella y susurro:

—¿Se lo has dado?

—Aún no. Te estaba esperando.

—El regalo, no. Mi teléfono, ¿se lo has dado?

—¿A quién?

—Philip.

—Sí —responde como si nada.

Resoplo.

—Necesitas un buen revolcón. —Se dirige al mueble para sacar copas de champán.

La miro pasmada.

—No voy a tener sexo con él. —Mi voz apenas es un murmullo y se lo tengo que repetir dos veces.

—Oh, vamos, Lola. ¿Me vas a negar que lo deseas? —pregunta en alto.

Hago un gesto para que se calle.

Mis padres están en la cocina, pero seguro que mi santa madre está con una oreja puesta en nuestra conversación.

—¿Te das cuenta de que estamos hablando de tu jefe? —enfático el posesivo.

—¿Y? A lo mejor os acostáis y dejáis la pelea de chiquillos.

Bufo.

—No quiero hablar más del tema.

—Está bien. Pero plantéatelo como un buen partido para tu deseada maternidad.

Estoy abochornada.

—No voy a utilizar a Philip como si fuera un banco de semen.

Me mira divertida.

—Confirmas que te gusta.

—Desde que lo vi, y lo sabes. —Frunzo el ceño.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —digo irritada.

—Aprovéchalo.

—Esther, déjalo ya.

—Nacería un bebé muy guapo. —Sonríe.

Voy a contestarle cuando aparece mi padre abrazando a su mujer por la espalda. Ambos tienen una sonrisa de oreja a oreja plasmada en sus respectivos rostros.

Yo, por mi parte, estoy entre el nerviosismo y la furia. Obligada a desterrar mi mal humor, intento poner interés en la merienda. Mi madre me da una cámara de fotos para que la ponga en disparo automático, mientras ella enciende las velas y se colocan. En el momento en el que pulso el botón, corro para posar. Nos hacemos unas cuantas instantáneas.

Después de cantar el célebre Cumpleaños feliz y el Feliz, feliz en tu día, mi padre va a soplar las velas.

—Antes, pide un deseo —le digo con la mirada fija en la pantalla digital de la cámara fotográfica.

En el momento en que sopla, hago unas cuantas fotografías más. Luego, nos hacemos otra brindando con un Veuve Clicquot. Es una ocasión especial.

Llega el momento de los regalos y, después de estar un rato más charlando con ellos, le enseño el mensaje de Philip a mi hermana y me arrastra al piso de arriba. Concretamente al vestidor.

—¡Vaya! Creo que vas a tener una noche movidita. —Alza las cejas repetidamente.

Estoy abochornada.

—No sé qué ponerme. —La miro nerviosa.

Esther comienza a rebuscar entre sus cosas. Ella tiene el doble de ropa que yo y veo normal que no se la haya podido llevar toda, porque no le cabe en su casa.

—¿Qué te parece éste?

Saca un vestido corto negro de mangas largas con encaje y un escote descomunal y la espalda descubierta. La miro con los ojos muy abiertos.

—¡Lola, vamos! ¿Prefieres este otro?

Es un vestido de cuello alto de mi madre. Me río. Uno es demasiado ostentoso y, con el otro, parecería una monja.

Me enseña unos cinco vestidos más y a cuál más vistoso. ¿Cómo puede ponérselos? Apenas tapan partes del cuerpo que deben ser guardadas como una ostra a su perla.

—El negro —me decido.

Gana por goleada.

—Genial. Vamos, te ayudaré a peinarte y maquillarte. —Me guiña un ojo.

—Esther, es una cita, no mi boda. —Pongo los ojos en blanco.

—Como si lo fuera. Es tu primera cita con el galán más guapo de Asturias, ¿vas a ir hecha un adefesio?

—¡Oye! Que yo me arreglo bien. —La señalo con el dedo, molesta.

A veces no me arreglo lo suficiente, pero, cuando tengo que ponerme guapa, lo hago. Me siento como una chiquilla de quince años.

Mi hermana me mira frunciendo el labio inferior como si llorase. Me rindo.

—Está bien. Ven si quieres. —Ruedo los ojos—. Pero, antes, me das tus llaves.

Ella da palmaditas y saca el vestido.

—Eso es que habrá sexo —canturrea.

—No —replico.

—¡Qué va! —Se ríe y se da la vuelta.

Suspiro fuertemente y no contesto. Veo que busca, más abajo, unos zapatos con tacones de vértigo plateados.

—No hace falta que me los dejes. —Muevo la mano—. ¿No recuerdas los Louboutin negros descubiertos que me compré?

—¿Esos preciosos tacones altos que tienen la suela roja?

Asiento. Tira sus zapatos dentro de la caja y sonrío.

—Fue cuando aprobaste y empezaste a trabajar.

—¡Como para olvidarlo! Casi me gasté mi primer sueldo en los zapatos.

Reímos.

—Entonces, se merecen llevar unos complementos que estén a su altura.

Se da la vuelta y abre otra puerta del armario donde están los cajones. Abre el segundo y saca dos bolsas de terciopelo azul que guardan una pulsera fina de cristales relucientes junto con unos pendientes largos preciosos. Me llegarán, por lo menos, hasta debajo de la mandíbula. Tienen forma de lágrima y relucen al darles la luz.

—Te los dejo. Pero, si me pierdes mis Swarovski, te mato. —Sonríe amenazadoramente.

—Pero... —La miro asombrada.

—¡Calla! Te pondrás esto.

—¿Cómo es que los tienes aquí?

—Porque la última vez que salí me quedé a dormir aquí y se me olvidaron.

Asiento y apoyo el vestido encima de mi ropa y me pongo los complementos para mirarme en el espejo de cuerpo entero que está en una de las puertas del vestidor. Se ve precioso.

—Eres increíble —le digo asombrada.

—Lo sé. —Se toca el pelo de forma coqueta.

—¿Y si me deja plantada? —Miro a su reflejo y me devuelve la mirada.

—Entonces seré yo quien lo mate por no dejarte lucir mis joyas y tus zapatos. — Enseña los dientes.

Nos carcajamos.

—¿Qué hacéis aquí? —Mi madre entra curiosa.

—Estoy ayudando a Lola a escoger ropa.

—¿Para qué?

Me estremezco. Mi gemela se da cuenta y sonrío.

—Vamos a salir esta noche.

—¿No trabajáis mañana? —Se extraña.

—Sí, pero no nos retiraremos muy tarde. Sólo vamos a cenar y tomar algo. ¿No, Lola?

Mi madre me observa intensamente. Algo está pasando por su cabeza y sé que no se cree nada de lo que Esther le cuenta. Pero no puedo decirle que tengo una cita con el jefe de mi hermana. No quiero que me mate a preguntas.

—Sí. Sólo cenar y poco más.

—¡Claro! —dice con escepticismo—. Y por eso te vas a poner un traje tan elegante y las joyas de tu hermana, que sólo utiliza en ocasiones especiales. ¿Vosotras de verdad creéis que yo soy tonta y me chupo el dedo? —pregunta irritada.

Esther y yo nos miramos. Es imposible mentirle a María.

—Está bien. —Alzo las manos—. Tengo una cita.

—Lo sé. —Sonríe.

—¿Cómo lo sabes?

—Eres mi hija, Lola. Os conozco mucho mejor que vosotras mismas. Tus movimientos te delatan.

—¡Madre, eres un detector de mentiras muy poderoso! —señala Esther.

—¿Quién mejor que yo os va a leer?

—Nadie —decimos al unísono.

—Ahora, dime, ¿quién es el afortunado galán?

Mi hermana y yo nos quedamos mudas por un momento. Nuestra madre nos contempla expectante y cruza los brazos por encima de su pecho. Eso significa que, hasta que no se lo diga, nadie saldrá del cuarto.

Suspiro y respondo.

—Adrián.

Ambas alzan una ceja.

—Es un compañero de trabajo, mamá —digo entre dientes mirando a mi gemela para que no comente nada.

Asiente lentamente.

—¿Usas protección, hija?

Abro los ojos como platos.

—Mamáaaa —vocifero—. ¡Tengo treinta y dos años, por favor! —bufo.

—Y quieres ser madre a toda costa. —Entrecierra los ojos.

—No soy una prostituta. ¿Por quién me has tomado? —grito.

—Jamás se me ha pasado por la cabeza que lo seas —murmura dolida—. Sólo que yo no veo bien eso de ser madre soltera.

—Oh, ¡demonios! —Pongo una mano en mi frente—. Una cosa es inseminarme y otra muy diferente es acostarme con el primero que pille.

—Es lo mismo —dice sin más—. Te acuestes o no, el que te da el esperma no es tu pareja. Nunca sabrás quién será el padre de tu hijo o hija.

—Estoy cansada de que me digas esto una y otra vez. —La miro enfadada.

—Esto es un tema muy serio, María Dolores.

Cierro los ojos. Cuando me llama por mi nombre completo significa problemas. Y con mayúsculas.

—Tan serio como que nunca me has apoyado en esto —digo en voz baja—. Jamás me apoyarás ni me dirás que estás conmigo pase lo que pase.

—¡Cómo que no! —chilla con lágrimas en los ojos—. Yo te apoyo, hija mía. Pero entiende que hablamos de una criatura.

—Y piensas que no seré buena madre, ¿verdad? Por esa razón deseas que tenga una pareja estable. Por si yo no lo hago bien... y él sí. —Mi barbilla tiembla.

Esther no habla. Sólo nos mira. Alguna vez que otra abre la boca, pero al segundo la cierra. Es lo más sensato.

—Yo... —Mi madre agacha la mirada.

—Qué decepción, mamá. —Una lágrima recorre mi mejilla—. Jamás imaginé

que mi propia madre dudaría de mí en ese aspecto.

—No, hija...

—Me voy. Gracias por la comida. —Le doy un beso.

Me limpio con rabia la cara con el reverso de la mano libre y bajo las escaleras con el vestido y las bolsita con las joyas, que apoyo en el otro brazo.

Salgo a la terraza y me despido de mi padre.

—Ya mismo haremos una barbacoa. Se acerca el buen tiempo. —Sonríe.

—Sí —asiento—. Me tengo que ir papá. Estamos en contacto, ¿vale?

—¿Estás bien, cariño? —Se acerca.

Asiento y lo abrazo.

—Gracias por el regalo. Me ha gustado mucho.

—Es muy poca cosa, pero...

—¡Eh! Es genial. Además, me he dado el capricho del champán. —Sonríe y me besa la frente.

Me río.

## 13

Durante el trayecto, ninguna de las dos hablamos. Se lo agradezco a Esther porque no me apetece sacar el tema de la discusión entre mi madre y yo. Lo que más me ha dolido es que dude de mí. Si tuviera veinte años, lo comprendería, porque sería normal que me viera como a una joven inexperta que empieza a vivir. Pero ya soy más madura y tengo experiencia en lo que a niños se refiere. No logro entender el porqué de su desconfianza.

Aparco y ambas salimos del coche. Echo el cierre y andamos hacia mi casa en silencio.

Una vez dentro de la vivienda, mi hermana se sienta en el sofá y enciende la televisión.

—Voy a la ducha. Si suena el teléfono, cógelo.

—¿Aunque sea Philip el que te esté llamando?

Asiento cabizbaja.

—Lola, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

Sonrío.

—Peinarme y maquillarme. ¿Te parece poco?

—Vale, pero cambia esa cara o Philip pensará que sales con él obligada. —Se ríe.

—La verdad es que se me han quitado las ganas de salir. —Suspiro.

—Ah, no. —Se levanta—. ¡De eso nada, monada! Ya estás tardando en ir para dentro —ordena.

Resoplo poniendo los ojos en blanco. Ella levanta una ceja y alzo las manos en

señal de rendición.

—Lo que tú digas, mi comandante. —Hago el saludo militar.

—Así me gusta, cabo. —Muestra los dientes.

Metida en la ducha, recuerdo, mientras me enjabono, lo que tardaba antes en depilarme. Pero eso se acabó cuando decidí hacerme el láser. Estoy muy satisfecha con el resultado. Cuando termino, salgo y mimo mi piel, hidratándola. La loción corporal huele a chocolate. Cada vez que me echo crema en la mano para extenderla, me entran ganas de coger una porción y comérmela.

Una vez lista, voy al armario para coger mi lencería de La Perla. Sujetador en forma de U preparado para escotes muy bajos y tanga rojo de encaje. Medias negras, sujetas con un ligüero que tiene pequeños lazos. Cuando estoy desenredando mi cabello, Esther entra y me da una cachetada.

—¡Cielos! Creo que es mejor que recibas así a Philip.

Soltamos una carcajada.

—Hoy no va a ver nada de esto. —Señalo mi ropa íntima.

Mi hermana alza una ceja.

—No voy a acostarme con él. —La miro a través del espejo.

Levanta las manos.

—Nadie ha dicho tal cosa. Pero, sabes que, antes del sexo hay preliminares. —  
Sonríe.

Me estremezco.

Por un momento se me viene a la mente Philip tocando mi cuerpo con adoración, besando tiernamente mis pechos, y automáticamente mis pezones se vuelven erectos. De repente, el roce de la tela me molesta. Pero no puedo parar mi sueño erótico. Imagino sus grandes manos acariciándome, despojándome de la ropa interior, que se convierte en una cárcel. Noto su lengua rozando mi vientre para seguir bajando hasta los muslos, mientras me desabrocha el cierre del ligüero,

dándome pequeños mordiscos placenteros en el interior de ellos y provocándome jadeos, hasta llegar a mi...

Parpadeo y me miro. Tengo la boca medio abierta. Mi gemela me observa curiosa.

—¿Soñando despierta? —pregunta divertida.

Carraspeo y vuelvo a mi tarea con el pelo.

Son las nueve menos cuarto de la noche. Estoy vestida, maquillada y peinada. Esther me ha hecho ondas con la plancha del pelo y me encanta el volumen que me ha dejado.

—Estás preciosa, Lola.

Sonrío. Me siento bonita y sensual. Las joyas que me ha prestado Esther hacen que mi vestimenta sea elegante. Reluciente. El vestido se amolda perfectamente a mi cuerpo y el escote deja al descubierto una buena parte de mis pechos, alzados gracias al poderoso sujetador.

—¿Dónde están tus niños? —dice refiriéndose a los tacones.

Le indico dónde encontrar la caja y los saca.

—Son impresionantes. Me encantan.

—Ya sabes que, cuando los quieras, sólo tienes que pedírmelos —murmuro sentándome en la cama para calzarme.

—No lo dudes. —Ríe.

Faltan cinco minutos para que Philip venga. Estoy muy nerviosa. No puedo dejar de moverme.

—Me voy, cariño —dice arreglando su largo cabello rubio—. Y, por favor, estate quieta, que vas a desgastar la suela de los tacones. —Me riñe señalando los zapatos.

—¿Y si me deja plantada? —pregunto miedosa.

En ese momento, se oye el sonido del portero automático. Mi hermana maldice. No quiere que la vea aquí.

—Dile que vas para abajo.

Asiento y respondo.

—Dice que sube. —Cuelgo el telefonillo después de abrir.

—¡Mierda!

—¿Qué problema tienes con que te vea? Eres mi hermana. —Frunzo el ceño.

—Ya, pero me intimida. No puedo acostumbrarme a veros juntos sin ponerme nerviosa.

La comprendo. Es como si ella estuviera saliendo con el director de mi colegio. Bueno, claro, eso si fuera igual de guapo que su jefe, que no es el caso. Rogelio es bajo y regordete, con un bigote canoso y calvo. «Puaj», dice mi mente.

Suena el timbre de casa y nos miramos.

—Haz como que me has pedido algo. No sé, ropa para salir el fin de semana.

Vuelve a sonar la puerta y grito.

—¡Ya va!

Ando hacia la entrada y abro. Me quedo sin respirar en lo que parece una eternidad y lo miro. De arriba abajo. Ese hombre es pura sensualidad. Me hace sentir cosas que en la vida he experimentado. Va vestido con un elegante traje de chaqueta oscuro que se ajusta perfectamente a su musculoso cuerpo y una camisa blanca adornada por una corbata gris. Mi boca se hace agua conforme asciendo mi mirada hasta llegar a su cara, en la que dibuja una sonrisa arrogante.

Inconscientemente, arqueo la espalda haciendo que su mirada se pasee por el escote que, en este momento, me alegro de lucir. No. En este momento quiero arrastrarlo al interior del apartamento y llevarlo a la cama, para que me haga todo lo que ha dicho por WhatsApp. Me olvidaría de cenar. Él sería un buen plato que degustar placenteramente. Jadeo observando su gesto. Sus ojos se

alimentan de mi cuerpo. Sé que le gusta lo que ve. Me mira de nuevo de los pies a la cabeza, deteniéndose en mis pechos, y veo cómo se moja los labios. ¡Oh, Dios mío!, ¿cómo sería tener la humedad de su lengua en mí? Quiero tenerlo en mi interior. Ya.

Carraspea y me mira a los ojos. Suspiro.

—Estás deslumbrante.

Sonrío por el halago.

—Tú tampoco estás nada mal.

Me guiña un ojo y mira al interior.

—Cariño, me llevo esto, ¿vale? —comenta mi hermana.

Giro sobre mis talones y veo que se acerca a nosotros. En la mano lleva una bolsa de tela. Alzo una ceja en su dirección y se encoge de hombros.

—Espero que no te importe que te coja estos pantalones. Los míos los puse a lavar justo hoy. —Sonríe nerviosa y mira a su jefe, que nos observa divertido—. Hola, señor Philip.

—Esther, te he dicho que no me llames señor. —Frunce el ceño un poco molesto—. Me hace sentir como un anciano.

—No me acostumbro a llamar a mis superiores por su nombre de pila, lo siento —se disculpa mirándolo avergonzada.

—Pues vete acostumbrando. —Sonríe ampliamente—. Háblame de tú, ¿trato hecho? —Adelanta una mano.

Mi hermana me mira como si esperara que yo le diera permiso. Le sonrío transmitiéndole tranquilidad y parece que haya estado aguantando la respiración mientras aprobaba el gesto. Me desconcierta sólo con que piense tal cosa.

Junta su palma con la de él y se aprietan las manos, aceptando el acuerdo. Como si de negocios tratara el asunto.

—Está bien, Philip. De tú a tú. Hasta mañana.

—Bien —asiente contento—. Hasta mañana, Esther.

—Adiós, Lola. Te he dejado las llaves en el llavero. —Me da un par de besos—. Ya hablaremos y gracias por dejarme estos... mmm... pantalones.

Ni siquiera sé qué es lo que ha cogido ni si se trata de ropa, porque creo que la bolsa está vacía. Pero, antes de que pueda preguntarlo, huye por la puerta.

## 14

—¿Nos vamos? —pregunta después de haberse ido mi hermana.

—Sí, pero antes voy a coger el bolso. Pasa —le digo echándome a un lado—. No te quedes ahí fuera como si estuvieses castigado.

Me mira y, al pasar junto a mí, no sé cómo se las apaña pero su mano roza mi vientre. Tengo que aguantar la respiración porque casi suelto un jadeo. Su pequeño e insignificante toque es como una carga de alto voltaje en mí. Lo miro mientras anda al interior, donde un día también estuvo, pero del que se fue sin decir nada. Hoy le pediré que me explique su «urgencia». Aunque no puedo estar enfadada admirando su espalda esbelta que va estrechándose a medida que se une con su cintura y, ¡oh, qué trasero tiene! Redondeado y listo para ser pellizcado. Además, sus piernas son fuertes. En este instante me gustaría ser pantalón. Entorno los ojos y muerdo mi labio inferior, disfrutando de la maravillosa vista.

—¿Te encuentras bien? —Me observa fijamente.

—¿Eh?

¡Vaya! Parece que me he quedado en Babia y no me he dado ni cuenta de que hace rato que me está escudriñando con gesto curioso.

—¿Qué si te encuentras bien?

—Ya, ya te he oído, pero ¿por qué lo preguntas? —Frunzo el ceño.

—No sé. Llevas como dos minutos mirándome con cara rara. ¿Acaso tengo monos en la cara? —Levanta una ceja.

¡Ja! ¡Monos! Si los tuviera, que no es el caso, estaría encantada de quitárselos uno a uno.

Sus manos están en sus bolsillos. «¡Quién fuera manos!» Dios mío, ¿pero en qué

ando pensando? Agito la cabeza para desterrar otro tipo de pensamiento libidinoso y carraspeo.

—Ahora vuelvo. —Señalo el pasillo y ando a paso ligero.

Busco el bolso pero no lo encuentro. ¿Dónde está? Si lo he dejado encima de la cama.

—¿Buscas esto? —ronronea a mi espalda.

Miro a través de mis pestañas su reflejo en el espejo. Él no se ha percatado de que estoy viendo su gesto de pura lujuria. Sus ojos están fijos en mi culo y muerde su labio. Noto calor en mi vientre y baja mojando el tanga. «¡Haz algo! —me grita mi mente—. ¡Hazlo o lo tendrás encima de ti justo ahí, en tu gran colchón. ¡Haciendo que jadees toda la noche e infringiendo, por supuesto, todas tus reglas! ¿Quieres eso? Para luego salir por la puerta y si te he visto no me acuerdo, preciosa. “¿Cómo era tu nombre, hermosa?”, te preguntará.» Me doy la vuelta a regañadientes.

—¡Ups! Sí, gracias. Creí que estaba aquí.

Él recorre mis pechos y cintura, varias veces, y eso, amigo, significa sexo. Así que me muevo para salir de allí o el que ganará será mi necesitado cuerpo.

—Vamos o cenaremos a las tantas.

Observo como si tuviera una pequeña batalla interior e inhala de forma sonora. Gira su cabeza y atrapa su mirada en la mía.

—¡Claro! Además, no podemos llegar muy tarde. Mañana ambos trabajamos.

Sonrío de forma tensa y abandonamos la vivienda para coger el ascensor. Me mira extrañado.

—Sí, lo sé. Es un primero, pero, como baje las escaleras, me mato. Los tacones son de quince centímetros.

Niega con la cabeza.

—Ah, las mujeres sois masoquistas —afirma con una chispa de diversión.

—Un poco, pero nos gusta estar guapas.

—Ése es el punto —me señala y guiña un ojo.

Cuando salimos al exterior y andamos unos diez pasos, le da al botón de un pequeño mando que saca de su bolsillo. Las luces de un Nissan azul metalizado se encienden. Mi boca se queda abierta.

—¡Menudo coche tienes!

—Fue mi capricho. —Sonríe—. Y debo decir que tengo debilidad por los deportivos. —Toca el techo con adoración.

Le devuelvo la sonrisa.

Me abre la puerta y entro. La tapicería es de cuero negro. Echo una ojeada por el interior. Es el coche más bonito que jamás haya visto en primera persona.

—¿Qué te parece mi pequeño?

—De pequeño tiene poco. —Bufo—. Es...

—Impresionante —termina la frase por mí—. Es el Nissan GT-R. —Coge el volante con fascinación—. Tiene una potencia impresionante con sus 550 caballos y una subida progresiva de las revolu...

—Uy, no —lo interrumpo—. Por favor, no me hables de revoluciones o cosas técnicas, porque no tengo ni idea de coches. Sólo dime si corre mucho, eso sí lo entiendo. Háblame de moda, de eso puedo explicártelo todo, pero, de mecánica, no. —Niego con la cabeza avergonzada.

Se ríe y asiente.

—Pues, en ese caso —me mira sonriendo—, sí, corre mucho.

—Me lo imaginaba. —Le devuelvo la mirada.

—¿Te gusta la velocidad, Lola? —plantea divertido. Sus ojos grises resplandecen a la luz de la farola que nos ilumina las caras.

Empiezo a estar un poco inquieta. Me encanta ir rápido con mi coche, pero éste

es un cocodrilo al lado del mío, que sería algo así como una pequeña cebra. Está claro que el Nissan se come a mi Toyota. Lo devora, mejor dicho.

Lo miro y, cautelosamente, respondo.

—Sí.

—Bien. —Sonríe abiertamente.

Arranca a la «bestia», que responde con un rugido suave, y conduce hacia la autovía. No sé adónde me va a llevar, pero sí sé que cada vez estoy más pegada al asiento, con las manos agarradas a él en tensión. La velocidad aumenta y abro los ojos al ver el velocímetro.

—Creo que vas un poco rápido —murmuro temerosa.

Me mira de soslayo y ríe al ver mi expresión.

—No me hace gracia, ¿sabes?

—Tranquila. —Pone una mano sobre mi muslo y yo jadeo.

Cuando se da cuenta de lo que hace, se disculpa, quitándola rápidamente. Mi interior grita por querer sentir de nuevo su calor en mi pierna.

Al poco rato, entramos en Gijón. Está a veintidós minutos de Oviedo, pero hemos llegado en nada. No me sorprende en absoluto. El majestuoso deportivo es como un guepardo corriendo tras su presa. Callejamos y por fin aparca por el paseo del puerto deportivo. Me quedo maravillada mirando a mi alrededor. El alumbrado hace que el agua resplandezca y su reflejo toca suavemente los barcos que están atracados esperando impacientes a sus capitanes.

He venido más de una vez a esta ciudad, pero hoy está más bonita que nunca. Philip me abre la puerta y salgo al exterior agarrando su mano tendida.

—Vamos, princesa —susurra mirándome.

Lo miro sorprendida por aquel apelativo tan cariñoso. Sigo agarrada a él y entrelazamos los dedos sin dejar de mirarnos. Baja la cabeza poco a poco entornando los ojos. No puedo reaccionar, este hombre me bloquea mentalmente

y hace que mi corazón vaya a mil por hora.

Roza su boca con la mía esperando una respuesta, a la que le doy la bienvenida, y entonces me besa. Sus labios y los míos se abren invitándose el uno al otro, rogando porque nuestras lenguas nunca paren el vals que danzan. Gimo al notar que me pega a su duro cuerpo, notando su placer en mi vientre.

Inconscientemente, agarro su pelo para acercarlo más. La pasión que hay entre nosotros explota, pero, de un momento a otro, me quedo jadeando con los ojos muy abiertos porque se ha separado de mí.

—Estamos en una vía pública, Lola —se disculpa con voz ronca.

Me avergüenzo y mis mejillas arden. Ni siquiera me he dado cuenta de que estamos en la calle, con la gente pasando y mirándonos con una sonrisa.

Agacho la mirada y la dirijo a mis pies. Incluso con unos tacones tan altos, sigo llegando a su pecho. Es increíblemente alto.

Sin decir una palabra y aún con nuestras manos unidas, andamos hacia el restaurante Auga.

La fachada es de madera rústica, preciosa, y el interior ofrece unas vistas espectaculares del mar. Aquí hace un poco más de humedad y me estremezco.

—¿Tienes frío? —pregunta preocupado.

Agradezco que lo haya notado.

—Un poco —asiento.

—Ven. —Pasa su brazo por encima de mi hombro y me acerca a él.

Huelo su perfume dulce y aspiro con los ojos cerrados. Me siento protegida en sus brazos. Lo agarro de la cintura, por debajo de la chaqueta, como si fuésemos una pareja de enamorados.

—Estás caliente —le digo alzando la cabeza.

—Lo sé —susurra pasando un dedo por mi boca.

Trago con dificultad. Si esta noche no me ando con cuidado, acabaré en la cama con él. No es que no quiera. Al contrario, lo deseo con todas mis fuerzas. Pero hay que poner límites y es mi primera cita. También he quebrantado mi norma sobre besos... ¡Qué difícil es respetarlas con semejante hombretón!

## 15

Entramos en el interior y un amable camarero nos dirige hacia una mesa pegada a los ventanales para darnos más intimidad. El suelo es de parqué y el color marrón de la madera con el blanco de las paredes y manteles hace que el lugar parezca más grande.

—Este sitio es muy bonito —murmuro mientras cojo la carta.

—Sí que lo es. —Sonríe—. Es mi restaurante preferido, ¿qué quiere pedir, señorita Ortiz?

—¿Ahora me hablas de usted? —Alzo una ceja.

—Depende del momento. —Se ríe.

—Entonces, ¿debo hablarte de tú o de usted? Me está volviendo loca —añado con una pizca de diversión.

—Loca la volveré entre las sábanas —ronronea—. Algún día.

No digo nada. Me ha dejado muda con las dos últimas palabras. ¿Qué quiere decir con «algún día»? ¿Qué no va a acostarse hoy conmigo? ¿Ni siquiera quiere intentarlo? Disimulo como si estuviese decidiéndome por un plato, pero estoy pensando en sus palabras. No es que yo le dé cuartel para que tengamos sexo. Entonces, ¿por qué me molesta tanto que haya dicho eso? Suspiro.

—¿Hay algo que no te guste?

—¿Eh?

De nuevo me pilla desprevenida. ¿Qué me pasa con Philip? Me pregunta de nuevo y contesto.

—Oh, no. Qué va. El problema es que me gusta todo lo que veo —miento.

Alza las cejas.

—¿Todo?

—Ajá.

—Yo no estoy en el menú, señorita.

De nuevo sin palabras. Mis mejillas se tiñen de color rojo a pesar de mi maquillaje. Debo de estar muy graciosa, porque suelta una carcajada.

—Lo siento. Es que usted me tienta a decir estas cosas.

—¿Se puede saber por qué? —Alzo una ceja.

—Se ve tan inocente...

Parpadeo y soy yo la que suelta una risotada.

—¡Inocente! ¿En serio?

—Un poco.

Voy a responder, en el momento que se nos acerca el sumiller para ofrecernos una botella de vino.

—¿Le parece bien un Vega Sicilia Único del 2003, Ribera del Duero?

Philip le echa un vistazo y asiente. Levanta su copa y se la llena para que cate el sabor.

—Muy bueno. —Me mira—. ¿Te gusta el vino tinto?

—Sí.

—Sírvale a la señorita, si es tan amable.

—Por supuesto, caballero —asiente el hombre.

Se acerca con su uniforme de trabajo y llena mi copa.

—Gracias —le digo.

—De nada —responde y deja la botella al lado de Philip.

Cuando se aleja, muevo la copa para atrapar el aroma y doy un trago; el caldo me deja un sabor intenso en el paladar.

—No sabía que catara vinos. —Me mira intensamente.

Éste es el momento al que quería llegar.

—Lo habría comprobado si no hubiera huido de mi casa sin ningún motivo.

Cierra los ojos y suspira.

—Fue una urgencia.

—Ya sé que fue una urgencia —siseo molesta—. ¿Cuántas veces me lo va a repetir?

—Lo siento. Mi sobrina se puso mala y tuve que irme rápidamente.

—¿Ya está bien?

—Sí.

—Sigo sin entenderlo. Sólo con decirme que tenía que irse, lo habría comprendido. —Pongo los ojos en blanco.

—Lo sé y me doy cuenta de que hice el tonto. ¿Podrá perdonarme, señorita? —  
En su mirada veo súplica.

En mi rostro crece una sonrisa lenta. Lo que ha hecho no es para tanto; además, me está pidiendo justo lo que yo quiero.

—Bueno... no sé. —Jugueteo con mis dedos.

Una camarera joven y guapa viene a tomarnos nota. Aunque me sonrío para ser amable, no se me escapa el pestañeo que le dedica a Philip. Me siento molesta y miro mi carta disimulando.

—¿Van a pedir algún entrante?

—Sí. Jamón ibérico de bellota gran reserva y la selección de quesos artesanos. ¿Quieres algo aparte de esto? —Me mira.

—No —gruño y él frunce el ceño—. Está bien así —digo suavemente.

—¿De primero qué quieren los señores?

—Tú primero, Lola. —Me señala.

Miro tensa a la morena de ojos marrones.

—Yo sólo voy a pedir entrecot de vaca Rubia Gallega.

La muchacha asiente y dirige su mirada a mi acompañante. Mientras él lee su menú, observo cómo no le quita la vista de su boca. Voy a explotar con el pronto que tengo. Sin más, me levanto.

—Voy al servicio —mascullo.

Philip alza su cabeza y me observa estudiando mi rostro. Lo calmo con una sonrisa falsa.

No voy al baño, necesito aire para serenarme, así que salgo fuera del restaurante para que el frescor de la noche me despeje. Cierro los ojos. ¿Qué me está pasando? No soy una persona celosa. Ni siquiera me ha pasado cuando estaba con Juanjo. Entonces, ¿por qué me ha hervido la sangre cuando esa mujer lo ha mirado con deseo? Me estoy volviendo loca. «La falta de sexo es muy mala», me dice una voz interior. Será que llevo demasiado tiempo sin estar con un hombre. Respiro varias veces hasta que mi gen agresivo se esconde de nuevo. Planto una sonrisa en mi rostro y entro de nuevo para reunirme con mi doctor.

Después de cenar y salir del establecimiento, vamos a dar un paseo por la zona agarrados de la mano. Cuando llegamos al extremo, nos sentamos en un banco. Mis pies se quejan.

—Lola... —Mira mi mano y me acaricia un dedo—. Me gustas mucho. —Sus

ojos vuelan a los míos—. Me encantaría que comenzáramos a conocernos mejor.

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A ir despacio. —Acaricia mi mejilla—. No deseo una noche de sexo y, luego, cada uno por su lado. Quiero algo serio. ¿Estás de acuerdo?

Trago con nerviosismo. Se acerca a mis labios y deposita un pequeño beso en ellos.

—Está bien —digo entrelazando mis dedos con los suyos—. Háblame de ti.

Con una sonrisa, desvía la mirada al mar.

—Me llamo Philip Gómez Smith. Tengo treinta y ocho años. Soy ginecólogo.

—Así no, tonto. —Le doy un manotazo en el hombro, provocándole una carcajada.

—De acuerdo. —Se encoge de hombros y baja la mirada—. Mi hermana Alana y yo nos hemos criado con mi abuela, que murió hace un año y medio.

—¿Y tus padres?

Carraspea y dice tenso:

—Nos abandonaron cuando éramos pequeños. Ella era entonces un bebé de catorce meses.

—Lo siento. —Acaricio su mejilla.

—No pasa nada. —Sonríe—. Estudié medicina y la especialidad en ginecología. Luego, decidí abrir una clínica ginecológica, para que las madres que no pueden tener hijos de forma natural hallen alternativas. Ahora, si todo va bien, también se abrirá otra en Bruselas.

—Lo sé, Esther me lo comentó. —Sonrío y mi corazón se ablanda por lo que me cuenta.

Se vuelve y me besa.

—Entonces, ¿de dónde eres? —vuelvo al interrogatorio.

—Mi padre era madrileño y mi madre, irlandesa —murmura con la mandíbula rígida—. Pero yo me crié aquí, en Asturias. Así que soy asturiano, como tú. —Toca mi nariz con la suya.

—¿Sabes algo de ellos?

—Sólo sé, por lo que nos contó la tía, que se fueron en busca de una aventura por África.

Hago una mueca.

—Yo jamás le haría eso a mis hijos.

—Estoy seguro. —Alza mi barbilla para atrapar mi mirada—. Ellos prefirieron irse antes que educarnos.

Es un tema muy triste, así que lo cambio. Me interesa saber quién es su hermana.

—Háblame de Alana.

—Creo que ya la has visto. —Sonríe.

—No —murmuro.

—Dos veces.

Mi entrecejo prácticamente se une.

—Que no, que no.

—Testaruda. —Se ríe—. La viste en el restaurante italiano donde casi te ahogas, si no es por mí.

—Calla, calla. No me lo recuerdes. —Me tapo la cara riéndome—. Así que tu hermana es la rubia tan guapa que vi.

—Sí. La que también viste anoche en La Sidrina. Por cierto, ¿por qué me

mirabas con esa cara de odio?

—Estaba enfadada —digo rápidamente.

—¿Y lo estás ahora? —Me acerca cogiéndome de la cintura con sus brazos.

—No. —Vuelvo mi cara para depositar un beso en su mejilla—. La nota era tuya, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido? —pregunta haciéndose el tonto.

—Bueno, ponía: «No es lo que parece...» y, abajo, una P. Muy original no eres. ¿Era por tu hermana, no?

Suelta una carcajada y asiente. Al momento, me acuerdo de una persona.

—¿Qué edad tiene tu sobrina?

Lo observo. Parece un poco nervioso y tenso por la cuestión. Se toca el pelo y contesta.

—Seis años.

—¿Y cómo es?

—Háblame de ti. Creo que es mi turno. —Varía de tema.

Qué raro que no quiera hablar de la niña. Me encojo de hombros levemente sin darle importancia a ese cambio tan repentino.

—Cierto. —Con guasa, comienzo igual que él—: Me llamo Lola Ortiz Méndez. Tengo treinta y dos años y soy maestra de educación primaria.

Me hace cosquillas a modo de castigo y, cuando para, le cuento más o menos mi vida entera hasta que, por sorpresa, me levanta en sus brazos y doy un grito ahogado.

—¿Qué haces? —Me río.

—No creo que puedas andar hasta el coche. Así que te llevo yo.

—Oh, gracias. Veo que ahora has decidido tutearme de nuevo.

—Así es. Se acabaron los formalismos. —Nos reímos y me besa en los labios.

## 16

Cuando llegamos al aparcamiento, me deja de pie y aplasta su cuerpo contra el mío en un beso ardiente. Mis manos agarran su pelo para acercarlo más y él se aprieta para que note su deseo.

—Vamos a mi casa —gimo en su boca, y asiente.

Nos montamos rápido en el automóvil y lo arranca acelerando de tal manera que mi cuerpo se queda pegado al asiento. Va muy deprisa por la autovía. En el momento en que lleva una velocidad constante, noto su mano en mi muslo. Sube lentamente haciendo que el vestido también lo haga. Oigo su gemido cuando ve el lacito del ligero rojo. Me mira a los ojos y se muerde el labio, prometiéndome una noche de puro placer.

Aprieta el pie en el acelerador, devolviendo su mano al volante con los nudillos apretados.

Mi cuerpo está ardiendo y mi centro, palpitando. Necesito que me toque, que esté dentro de mí. A la mierda las normas. Quiero a Philip llevándome hasta el placer infinito.

Diez minutos más tarde, nuestra onda de pasión está a punto de explotar. Aparca justo detrás de mi coche y ambos salimos. Busco en mi bolso las llaves del portal. Tras abrir, me coge en brazos y me lleva hasta arriba. No hay tiempo para ascensor.

—¿Cuál es la llave de la casa? —pregunta con la voz ronca.

—Ésta. —Señalo la burdeos.

Entramos a trompicones y cierra de un portazo con el pie. Aún en sus brazos, me conduce a mi dormitorio, donde me deposita en la cama.

—No sabes cuánto llevo esperando este momento.

—¿Cuánto? —jadeo mientras besa mi cuello.

—Desde el día en que te vi en el restaurante de Dylan.

No puedo hablar. El diablo que habita en mi interior sale y, quitándome los tacones, tiro de su corbata.

—Bésame —ordeno.

Se quita la chaqueta como puede y se tumba encima de mí besándome salvajemente. Rodeo su cintura con mis piernas y, con las manos, agarro su cabeza para que no se aleje. Nuestras lenguas luchan, se saborean. Él tira suavemente de mi labio inferior. Me muerde la barbilla y vuelve a mi boca. Mueve mis pechos con sus manos, masajeándolos.

Se deshace del beso para quitarse la corbata y la camisa junto con los pantalones y los bóxers negros. En medio minuto, lo tengo delante de mí majestuosamente desnudo. Con una mirada llena de pura lujuria recorro su cuerpo hasta llegar a sus ojos color cielo.

—Levántate —me dice.

Lo hago.

—Date la vuelta —susurra en mi oído.

Me estremezco obedeciendo. Baja la cremallera del vestido y deposita besos húmedos por mi columna hasta llegar más abajo de la cintura.

Salgo de mi traje y, con su mano, me gira.

—Eres preciosa. —Abre los ojos deleitándose con mi ropa íntima.

En ese momento me alegro de habérmela puesto. Mi respiración es irregular. Nos miramos y rápidamente me coloca a horcajadas sobre él en la cama. Me quita el sujetador y besa mi pecho con los ojos cerrados. Atrapa un pezón y juega con él, provocándome un gemido. Inconscientemente, me froto con su pene duro y listo.

Provoca el otro y lo acerco más para sentir su lengua caliente. Sus manos

recorren mi espalda hasta mis nalgas, apretándolas. Echo la cabeza hacia atrás y jadeo fuertemente. De repente, me gira y quedo debajo de él. Desciende besando la parte baja de mi cuello. Sigue bajando y arqueo la espalda cuando llega a mi vientre. Humedece la tela de mi tanga con sus labios y lo miro.

—Quiero que lleves esto, siempre —dice quitando los cierres de los ligeros.

Me baja lentamente la ropa interior hasta que quedo igual de desnuda que él. Admira mi entrepierna totalmente depilada y una sonrisa lobuna aparece en su rostro.

Abre mis piernas y besa la cara interna de mis muslos. Pasa su lengua por ellos y doy un respingo cuando me da un pequeño mordisco. Ascende lentamente hasta llegar a mi centro. Abre los labios de mi vagina y sopla suavemente. Arqueo la espalda tras esa brisa en mi carne ardiente. Luego, pasa su lengua degustándome y gimo. Vuelve a probar hasta que no aguanta más y entierra su boca en la hendidura, provocando mi pequeño botón. Inconscientemente, abro más las piernas y él aprovecha para alzar mi trasero y poder tener mejor acceso. Agarro las sábanas cuando un gran orgasmo me sobrepasa y grito. Jamás he tenido uno así. Sigue provocando mi clítoris.

—Philip —grito cuando alcanzo de nuevo el clímax.

En ese momento, se levanta y va a su cartera. Coge un preservativo, lo abre y se lo pone.

Vuelve a la cama, se posiciona entre mis piernas y, mirándome a los ojos con pura lujuria, me penetra de una estocada. Grito por la tremenda longitud y anchura de su miembro. Apoya mis piernas a cada lado de sus hombros y empuja con fuerza. Tengo que agarrarme al cabecero porque mi cabeza retumba en él.

—Más —exijo con fervor.

Sonríe y me cambia de postura. Una pierna rodea su cintura y la otra sigue en su hombro. Embiste con tal ímpetu que noto su pene en el fondo de mi vagina, haciendo que casi me corra, pero no me deja acabar.

—Ponte a cuatro patas —ordena y sale de mí.

Mi cuerpo protesta, pero hago lo que me pide. Mis rodillas y manos están en el colchón mientras él se sitúa por detrás y me penetra. Entra y sale lentamente, provocándome una súplica.

—Por favor... —Me muerdo el labio.

Si sigue así, mi bestia saldrá y lo tumbaré. Deseo el sexo salvaje.

—¿Te gusta? —Sigue su tortura.

—Sí —jadeo retorciéndome.

Da un envite enérgico, haciendo que grite, pero, luego, lo hace lento. Oigo cómo gruñe y me da una palmada en el trasero. Me sobresalto. Da embestidas más seguidas. Cada vez lo hace más rápido y rudo.

—Más —jadeo.

—Oh, Lola. Me vuelves loco. —Me da una nueva palmada y empuja más adentro cogiendo mi cintura como si pudiese llegar al fondo de mi ser.

Rápidamente llego a un orgasmo descomunal que hace que me tenga que tapar la boca con la almohada. Al segundo, oigo su gemido gutural de placer.

Cuando termina, me da un beso en mitad de la espalda y va al baño. Le miro el culo mientras anda. Al regresar, se tumba a mi lado. Lo miro de frente y sonrío.

—Ha sido el mejor polvo de toda mi vida.

—También el mío, princesa. —Me besa la frente y señala mi lencería—. Por favor, prométeme que siempre llevarás ese tipo de ropa interior. Me pones como un toro.

Me río.

—Está bien. —Acaricio su pecho y apoyo la cabeza en él, mirando su pene de nuevo erecto—. ¿Es coña, no?

Los hombres siempre tardan unos minutos en recomponerse, pero Philip parece que no lo necesita.

—Pequeña, te lo he dicho. Esa ropa me vuelve loco y más que la lleves tú. —  
Mueve una mano haciendo que alce la barbilla y me besa en los labios  
suavemente.

Me siento a horcajadas en su cintura.

—¿Tienes más preservativos?

—Sí.

Sonrío con picardía y me levanto. Voy a su pantalón y cojo la cartera. Al abrirla,  
veo una foto de una niña pequeña.

—¿Es tu sobrina? —Se la enseño.

—Sí. —Se levanta y llega hasta a mí—. No es hora de ver fotografías de niños.

—¿Ah, no? —murmuro—. ¿Entonces de qué?

—De follar. —Me quita el billetero y coge un condón.

Nunca me ha gustado escuchar esa palabra, es demasiado vulgar. Pero oírla en la  
boca de Philip me ha puesto más caliente. Me da el envoltorio para abrirlo y lo  
miro divertida.

—¿Sabor a Tutti-frutti? —pregunto y se encoge de hombros—. Habrá que  
probarlo. —Lo abro y lo empujo a la cama, quedando frente a mí.

Dulcemente lo deslizo por la punta de su verga, con mi boca. Demasiado lento  
para él.

—Quédate quieto —lo regaño echándome hacia atrás.

—No puedo. Esto es un castigo —me señala y jadea cuando lo chupo.

—Ahora me toca a mí hacerte sufrir. —Sonrío.

Lo degusto, notando un mínimo sabor a frutas, volviéndolo loco de placer.  
Arquea la espalda cuando moldeo sus testículos en mis manos y los mordisqueo.

—Por favor —suplica jadeante—. Para o me voy a correr.

—No lo harás. —Lo introduzco en mi boca una vez más hasta que me pongo encima y lo guío hacia mi interior.

Con un suspiro, me lleno completamente de él, que me mira con intensidad. Me muevo poco a poco cogiendo el ritmo, haciendo que se le escape más de un gemido y se tape la cara jadeando.

—Mujer, o haces algo ya o te lo haré yo y no tendré piedad —asevera.

Suelto una carcajada y me muevo rápido. Lo cabalgo con pasión hasta que ambos gritamos de placer.

Después de descansar por unos minutos en su duro torso, le doy un pequeño beso en el pectoral y me levanto para ir al baño. Necesito una ducha.

Me miro al espejo, los pelos los tengo como una loca y aún tengo las joyas de mi hermana puestas. Las dejo dentro del mueble de las toallas, libres del peligro de caerse al suelo con el grifo abierto. Toco el agua para ponerla a una buena temperatura y entro cerrando la mampara. Al poco rato, noto a Philip agarrando mi cintura y nos duchamos juntos.

Ha pasado un tiempo desde que Philip y yo tuvimos nuestra primera cita. Nos vemos cuando podemos, ya que él, a veces, tiene guardia. Pero hablamos por teléfono y nuestros móviles echan humo las veinticuatro horas del día. No paramos de conversar y coquetear por el WhatsApp. Los días que pasamos juntos, estamos más tiempo en la cama haciendo el amor que conversando. Aunque ni un día ha dormido conmigo. Estoy un poco molesta porque no me explica el motivo. Un par de veces ha sido por su sobrina y, otras, por urgencias en la clínica. Pero no me enfado, estoy como en un sueño y me da miedo despertar. ¡Pero es real! ¡Estoy saliendo con Philip!

Hoy es viernes y se acaba el curso. Estamos a mediados de junio y, como es final de curso, hay una fiesta. Juan y yo, tutores de primero A y B, hemos decidido que los niños se disfracen de cerditos. Habrá dos lobos, interpretados por dos padres que se han ofrecido voluntarios. El acto comenzará sobre las seis de la tarde y he invitado a Philip para que me acompañe. Estoy muy contenta y a la vez triste porque no veré a mis pequeños en tres meses. Sonrío y termino con el rímel. Ésta será la última clase del año juntos.

Me visto con una falda larga plisada color melocotón y una camisa blanca. El pelo lo llevo en una trenza ladeada. Voy más arreglada porque tengo un almuerzo con todo el profesorado en una sidrería. Estoy nerviosa, porque David estará ahí y no sé de lo que puede ser capaz.

Cojo mi bolso, las llaves del coche y salgo para ir a trabajar. De pronto, suena mi móvil.

—¿Diga?

—Hola, preciosa.

Sonrío al oír su voz.

—Philip, ¿cómo estás, cariño?

—Extrañándote. —Suspira.

Me río y abro el automóvil. Yo también lo echo de menos. Llevamos una semana sin vernos.

—¿Ya estás en el trabajo? —Dejo la bolsa en el asiento del copiloto y cierro mi puerta.

—No. Estoy en mi casa aún, pues voy a...

—¡Papi, papi! —lo interrumpe la voz de una niña que se oye al fondo.

¿Ha dicho papi? Frunzo el ceño desconcertada.

—Un momento, Lola. —Suelta el teléfono y lo oigo hablar—. ¡Alana! Coge a la niña —alza la voz.

¿Su sobrina lo llama papá? Qué raro. Me encojo de hombros quitándole importancia. Arranco el coche y enciendo la radio. Después de un par de minutos, vuelve.

—¿Sigues ahí?

—Sí, pero tengo que dejarte o de nuevo llegaré tarde al colegio.

—Siento haberte hecho esperar, pero es que a mi sobrina le ha dado hoy por un vestido, que está sucio en la lavadora. —Bufa.

—Es una niña —lo regaño cariñosamente—. ¿Por qué te llama papá?

Se queda en silencio.

—Su padre murió de cáncer cuando ella tenía un par de años.

—¡Oh, lo siento!

—No te preocupes. Bueno, nos vemos esta tarde, ¿vale?

—Perfecto. Un besote. Hasta luego.

—Hasta después, princesa de mis sueños.

—¡Qué pasteloso eres! —Arrugo la nariz riéndome.

—Contigo, siempre. Un beso.

Cuelgo y guardo el teléfono. Hago una maniobra y salgo del aparcamiento para llegar a mi destino.

—¡Cómo están mis niños! —chillo al entrar por el pasillo.

—¡Bieeen! —gritan todos.

Me río y abro la puerta del aula.

—Seño, a mi madre no le ha salido el rabito del cerdito. —Una chiquilla se acerca con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ay, Bea! Ven que te ayude. No me llores, ya verás qué bien va a quedar.

La pequeña me mira con una sonrisa mellada mientras introduzco el alambre por la tela rosa haciendo la forma de un rabo enroscado. Una vez que lo acabo, se lo enseño y hace un puchero con su barbilla temblorosa.

—¿No te gusta? —La miro preocupada.

—S... í... —tartamudea.

—Entonces, ¿por qué pones esa carita? —Cojo un pañuelo y le limpio las mejillas.

—Porque eres la mejor maestra del mundo y ya no te voy a ver más. —Suelta un sollozo.

—Ayy, qué tontita. —Sonrío y acaricio su oscuro cabello—. Me verás en septiembre, cuando comiencen las clases, cielo.

Ella niega con la cabeza.

—Mis papás y yo nos vamos a otra ciudad. —Llora desconsoladamente y me agarra de un abrazo, cosa que no espero.

Me entra la emoción y casi se me escapa una lagrimilla. Por esto adoro mi profesión: por el cariño desinteresado que pueden llegar a cogerte tus alumnos. Le doy un beso en la coronilla y la separo poco a poco.

—Estoy segura de que, donde vayas, habrá una profe como yo o incluso mejor.

—No, no y no. Yo no quiero irme. —Zapatea el suelo y se da la vuelta con los brazos cruzados y el rabo bajo la mano.

Suspiro. Los niños pueden con tu paciencia. Me pregunto cómo será mi bebé. Cada día que paso con Philip, mi instinto maternal aumenta. Ya no pienso tanto en inseminarme, porque la idea de tener un hijo con él hace que esté ilusionada. Creo que por fin he encontrado mi media naranja. Estoy feliz. Sonrío como una boba mirando a mis alumnos desde mi mesa.

Al llegar la hora de salida, hacemos un coro y nos despedimos cantando. Cuando salen todos como balas por la puerta para encontrarse con sus padres, yo recojo mi material escolar y echo un vistazo por la clase. Cartulinas de las vocales y consonantes cuelgan por las paredes, así como las manos que pintamos hace tiempo. Aún recuerdo ese día y se me escapa una risa.

Salgo del aula para esperar a mis compañeros, pero me doy la vuelta porque tan sólo está David y no tengo ningunas ganas de cruzar palabra alguna con él. Así que me desvío a los servicios del profesorado, que son unisex.

Entro en el baño y, al salir, me lo encuentro de frente lavándose las manos. Refunfuño interiormente. Este hombre es capaz de cualquier cosa.

—Hola, Lola. —Me mira a través del espejo.

Intento ocultar mi nerviosismo y me pongo a su lado para hacer lo mismo que él.

—Hola, David. —Sonrío débilmente y abro el grifo.

En el momento en que me doy la vuelta para secarme en el secador de manos, me mete de un tirón en uno de los baños y casi caigo de culo en la taza del váter, por lo que me agarro de su camisa. El tipo lo entiende mal y hunde su boca en la mía.

Intento zafarme, pero me aprisiona contra la pared. Entonces le muerdo el labio.

—Suéltame, gilipollas.

—¡Perra! —Se aparta y se roza la boca en busca de sangre—. ¿No soy lo bastante bueno para ti?

Vuelvo la cara y él me lame el cuello.

—David, suéltame o grito.

—Gritarás, oh, sí... pero cuando te hunda profundamente mi polla en tu dulce coño—susurra en mi oído.

Oír aquello de su boca me da repugnancia. Al notar que sube mi falda, grito.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —Me tapa la boca y lo miro asustada.

Me va a violar en el baño de los profesores y encima ¡es un compañero de trabajo! El pánico crece y se queda en un grito ahogado cuando noto su mano en mi entrepierna. Pienso en Philip y desearía que estuviese aquí para salvarme de esta hiena.

Sus ojos se posan en mis pechos. Mi respiración es agitada. Cierro los ojos con fuerza cuando coloca su asquerosa palma en uno de ellos y lo masajea. No puedo dejar que esto siga, así que, abriendo los ojos, chupo su mano haciendo que afloje el agarre para después morder un dedo con todas mis fuerzas. Lo empujo, pero es en vano. Es el doble de grande que yo. Como una posesa grito y grito hasta que oigo la voz de Lidia.

—¡Lidia! ¡Ayúdame! —rujo mientras David rompe los botones de mi camisa para inmovilizarme y ponerme de cara a la pared—. ¡Déjame! ¡Por favor, Lidia! —chillo hasta quedarme ronca.

En ese instante, se abre de golpe la puerta del cubículo en el que nos encontramos y mi amiga nos mira con los ojos muy abiertos.

—¡David! ¡Lola! —Se tapa la boca.

Como puedo, salgo de los brazos de mi agresor y voy a abrazarla, pero se aparta

y niega con la cabeza.

—Jamás pensé que pudieras hacerme esto. ¿Qué pasa, necesitas ser el centro de atención de todos los tíos? ¿Philip no es bastante para ti?

La miro con la boca desencajada.

—¿Qué? ¡Mira mi ropa! —Y señalo al hombre que mira a mi amiga como si él no fuera el culpable—. Ha intentado violarme, Lidia. —Sollozo.

—¿Yo? —dice el aludido señalándose—. Si me has metido tú aquí y has dicho que me vas a dar lo que Lidia no sabe hacer. Al igual que el día en que fui a buscarte a tu clase. Me agarraste y me besaste.

Lidia gira la cabeza hacia mí.

—¿Es verdad eso?

Jadeo incrédula por la maldad de ese espécimen.

—¿Dudas de mi palabra?

—Respóndeme, Lola. —Su cara está entre la decepción y el odio.

—¿Sabes? Alguna vez pensé que eras mi amiga, pero me doy cuenta de que todos estos años han sido una farsa. —Sonrío tristemente—. Júzgalo tú misma. No tengo nada más que decir.

Me doy la vuelta, pero ella me gira bruscamente.

—¿Por qué no me dijiste que te habías besado con él? —Lo señala.

—Porque no merecía la pena. —Le echo un vistazo al tipo y me mira con diversión.

—¿Ah, no? Eres una zorra. —Escupe las palabras con tal odio que me llegan a lo más hondo del alma.

—Estás haciendo el tonto con este cretino, Lidia. —La miro con tristeza.

—Ése es mi problema.

—Muy bien. —Alzo las manos y ella me mira el corsé—. El que avisa no es traidor.

—¡Tápate, por amor a Dios! —Su voz está cargada de veneno—. Eres una calientapollas. Fíjate cómo te vistes.

—No te permito que me insultes —digo seria mientras me cubro.

—Es lo que te mereces.

—Cuatro años de amistad para acabar de esta manera y por un tío. —Asiento sopesando sus palabras, que hieren mi corazón.

—¡Eso mismo digo yo! ¡Mi mejor amiga intentando follarse a mi novio!

—El tiempo me dará la razón, Lidia, y, cuando abras los ojos, yo ya no estaré.

Arreglo como puedo el escote destrozado de la camisa y salgo corriendo. De repente, se me han quitado las ganas de ir a comer. Cojo el móvil y llamo a Philip. Lo necesito más que a nada en el mundo.

## 18

—Ya está, mi amor. Tranquila, estoy aquí. —Me besa en la coronilla.

—Ha sido horrible, Philip. —Me estremezco y él me abraza.

Estamos sentados en el sofá, yo acurrucada entre sus brazos. Me siento protegida, querida.

Cuando lo he llamado llorando ha venido a mi casa en menos de cinco minutos alarmado por el tono de mi voz. Le he contado todo lo que ha pasado y su mandíbula se ha apretado tanto que un músculo palpitaba en ella. Ha dado un golpe en la pared y maldecido el infierno más de diez veces. He llorado en su pecho desconsoladamente y ha mascullado un juramento que no he logrado entender, pero sé que tiene que ver con David.

—Cariño, ¿has comido? —pregunta acariciando mi mano.

Niego con la cabeza y busco el hueco de su cuello.

—Lola, debes comer. En dos horas comienza el acto de tus alumnos y me temo que no puedes faltar, ¿verdad?

—No. —Suspiro—. No puedo faltar, pero es que no tengo ánimos ni...

—Chis... —Me pone un dedo en la boca—. Ya estoy aquí y te aseguro que ese bastardo no se volverá a acercar a ti.

Alzo la cabeza y lo miro con adoración.

—Gracias por venir. —Deposito un beso en su barbilla.

—Por ti, iría hasta el fin del mundo si hiciera falta. —Acaricia mi mejilla y me besa como sabe que me gusta.

Respondo de manera inmediata y me acomodo para tener mejor acceso a sus

labios.

—Hazme el amor, Philip. Ámame —ruego entre nuestras bocas.

—Siempre —contesta.

Me coge en brazos y camina hacia la habitación, depositándome en la cama debajo de él. Nos miramos.

—Estoy sintiendo por ti algo que jamás he sentido por otra mujer, Lola. Y temo que esto acabe algún día.

Frunzo el ceño y acaricio su cabello.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso quieres que dejemos de vernos?

—¡No! —responde rápidamente—. Sólo que hay cosas que aún no sabes sobre mí.

—¡Ah! —Sonrío—. Todo el mundo tiene secretos, Philip. Ya me los contarás. Ahora, deseo tenerte dentro de mí. Quiero que me hagas olvidar la pesadilla de hoy con tus caricias.

—A sus órdenes, mi bella dama.

Me quita la camisa medio rota con sumo cuidado y, cuando ve mi ropa interior, aprieta la tela en un puño dejando ver sus nudillos blanquecinos.

—¿Él ha visto esto? —Me mira con el rostro desencajado.

—Sí. —Desvió la mirada.

Me mira ardiendo de cólera. Llevo un conjunto muy sexi. Es un corsé negro y tanga a juego de encaje y lacitos.

—Juro que lo mataré sólo por ver lo que me pertenece —sisea entrecerrando los ojos.

Una lágrima cae por mi mejilla.

—No llores, princesa. —La limpia con un dedo.

—Es que eres el mejor hombre que he conocido en mi vida. —Sollozo.

—Espero que siempre pienses eso. Porque te quiero, Lola, y quiero tener un futuro contigo.

Sonríó y lo atraigo a mí con un fuerte abrazo.

—Yo también te quiero.

Levanta la cabeza para encontrar mis labios y saborearnos mutuamente. Poco a poco le quito su corbata burdeos y la camisa blanca de rayas moradas. Se levanta para deshacerse de los pantalones y, de paso, hace lo mismo con mi falda. Sonríe cuando ve el pequeño triángulo que cubre mi parte íntima. Me acaricia a través de la tela y automáticamente arqueo la espalda con un suspiro de placer.

—Me encanta esta lencería. —Se muerde el labio y gatea hasta llegar a mis pechos.

Besa la parte superior de ellos, mientras busca el cierre delantero que los aprisiona. Cuando al fin los libera, se echa hacia atrás, observándolos.

—Eres preciosa. Jamás dejaré que te alejes de mí.

—Lo mismo te digo, doctor. —Me incorporo dándole una maravillosa vista de mi torso desnudo.

Su mirada es de hambre. Nunca nos saciamos el uno del otro. Le cojo del pelo en un acto dominante y lo acerco a mi boca con desesperación.

Me tumba y besa cada parte descubierta de mi cuerpo, provocándome jadeos. Al llegar a mis caderas, coge con sus dientes la tela de encaje y la baja poco a poco. En el momento en que la retira, abre mis piernas y hunde su boca en mi centro. Grito al segundo de notar la humedad y maestría de colisionar mi clítoris con la punta de su lengua. Alzo las caderas y él agarra mis nalgas, arrastrándome más abajo de la cama para poder saborearme mejor.

—Philip, para. Oh, Dios mío, ¿dónde has aprendido a hacer eso? —Me retuerzo al notar las cosas que me hace.

—Soy ginecólogo, ¿recuerdas? —Me mira y sus ojos son pura lujuria.

—¿Acaso les haces esto a todas tus pacientes? —jadeo al percibir un dedo moviéndose en mi interior.

—No. —Frunce el ceño confundido—. Es porque conozco todas las partes de la vagina y ésta la tengo que estudiar a fondo —murmura y vuelve a posar su boca en la parte más sensible de mi cuerpo.

Hace que grite una y otra vez. Me quedo sin fuerzas. Le ruego que pare, pero consigue que me mueva al compás de su ritmo. Y, de nuevo, tengo otro gran orgasmo.

Se retira y va a los pantalones. Abre la cartera y coge un preservativo. Se lo pone y, antes de arrodillarse entre mis piernas, baja la cabeza y da un largo lametón a mi zona sensible. Me convulsiono echando la cabeza hacia atrás y, en ese instante, me penetra fuerte y duro.

—¡Ah! —chillo.

—Lo siento, princesa. Pero no puedo hacerlo lento. Me tienes loco.

Coge mis piernas y las sube, haciendo que rodee su cuello. Levanta mi trasero y da grandes envites, provocándome jadeos, pero yo pido más apoyando las manos en el cabecero, acercándome a él todo lo que puedo, hasta que ambos gritamos de puro placer.

Cae en mi pecho con la respiración agitada por el esfuerzo y atrapa un pezón con sus labios.

—Eres insaciable, Philip.

—Tú tienes la culpa.

—¿Y se puede saber por qué? —Me río.

—Por ser tan perfecta. —Levanta la cabeza y me mira—. Prométeme que, pase lo que pase, no te alejarás de mí. —En sus ojos veo una súplica.

—¿Por qué insistes tanto en eso? Me estoy empezando a asustar. ¿Eres un psicópata?

Hunde la cabeza y se ríe, haciendo que su risa retumbe en mis costillas.

—Hay algo que debo decirte. —Alza la vista.

—Pues dime.

Giro la cabeza para coger una goma de pelo y veo que son las cuatro y media de la tarde.

—¡Joder! —Salto de la cama—. ¡Mira qué hora es! ¡Tengo que prepararme!

Corro por la habitación sin nada puesto, abriendo y cerrando el armario. Escojo un vestido entallado muy elegante de color verde, largo hasta las rodillas, y cinturón negro como adorno adosado al traje. Cojo mis tacones preferidos de la caja de Louboutin y, tras ponerlos en el suelo, me doy la vuelta y veo a Philip con un gesto divertido apoyado en la almohada con los codos hacia arriba y las manos entrelazadas detrás del cuello. Completamente desnudo. Es un pecado para la vista. Tengo que quitármelo de la mente o volveré a caer en esos brazos que hacen conmigo lo que quieren.

—Voy a la ducha. —Señalo el cuarto de baño con la boca seca sin dejar de mirar su erección.

—Voy contigo. —Hace el amago de levantarse pero niego con la mano—. ¿Por qué?

—No saldré de aquí jamás.

Alza una ceja.

—Y te recuerdo que no he almorzado, ni tú tampoco.

—Touché. En ese caso, prepararé algo para la dama. —Se levanta y se dirige al pasillo.

—¡Ponte algo!

—¿Tienes delantal? —Gira la cara para mostrarme una brillante sonrisa.

Gimo interiormente al saber sus intenciones. Eliminando de mi mente la preciosa

imagen de su espalda y culo, me encamino a regañadientes al baño.

Una vez vestida y pintada, ando hacia el salón y suspiro al ver cómo ha puesto la mesa. Ha cogido las velas con aroma a lavanda que tengo en el mueble donde guardo mis libros de lectura y las ha encendido. Me acerco y veo un par de copas de vino con una nota.

«Esto es una disculpa por no haberla visto en toda la semana... Hoy soy su camarero fiel. P»

La cojo y suelto una carcajada. De repente, noto su mano en mi cintura y susurra:

—¿Me perdonará la señora?

—Mmm... no sé. —Ladeo la cabeza para darle mejor acceso a mi cuello—. Depende de cómo esté la comida.

—¿Y nada que decir del camarero?

—Pues que la sirva.

—Oooh. —Hace un sonido lastimero—. Eso ha dolido, señora.

Río y me giro para encontrármelo...

—¿Has cocinado desnudo?

Alza una ceja.

—¿Algún problema?

—Date la vuelta —pido uniendo mis manos.

—¿Para qué? —Frunce la boca.

—Hazlo. —Lo señalo.

—Vale. —Alza las manos y hace lo que le pido.

Sin poder evitarlo, le doy una palmada fuerte.

—¡Ay! —Se acaricia la nalga—. ¿A qué ha venido eso?

—Lo siento. Es el sueño de toda mujer. No hay nada mejor que ver a un bombonazo sólo con un delantal puesto.

—La próxima, serás tú. —Me aprisiona con sus brazos y me besa.

Después de comer, se va a la ducha y se arregla para irnos juntos.

## 19

A las seis menos diez llegamos al colegio. Lo despido con un beso corto y voy hacia el lugar que me corresponde para guiar a mis alumnos. Están adorables todos de cerditos. En una de las últimas clases hicimos las caras de los animales con cartulina rosa, y las llevan sujetas por detrás de la cabeza con un lazo. Sus mejillas están coloreadas de rojo y el disfraz es rosado. Llevan un pequeño cojín simulando una abultada barriguita y detrás, el rabito enroscado. Los zapatos son negros porque, según Raúl, el delegado de la clase, son de pata negra. Me río al recordar aquello.

Miro las gradas, que están a rebosar de padres, madres, hermanos y más familiares. Algunos preparan las cámaras de vídeo y otros, los móviles de última generación. Vuelvo la cabeza hacia donde se preparan los alumnos de sexto. Este año comienzan de mayor a menor edad. Entre la multitud, diviso a Lidia y me acongojo. Jamás me habría imaginado que mi mejor amiga creyese a un hombre antes que a mí. Durante el trayecto, Philip y yo hemos hablado de ella y tiene razón en una cosa: las personas cambian o simplemente se acercan a ti por beneficio propio. Lo que peor puede llevar alguien es la envidia. Giro mis talones buscándolo con la mirada y allí está, con su tierna sonrisa. Se la devuelvo con mi corazón hinchado de amor. Ahora que lo recuerdo, dijo que tenía que contarme algo. Luego le preguntaré y ya está. En este momento toca disfrutar de mis pequeños; a unos los veré dentro de tres meses y a otros... quizá los vea en un futuro. Sonríó mientras los miro correteando.

Empieza el acto y me reúno con mi amigo Juan. He visto a David por algún lado y mi instinto ha hecho que desaparezca de donde está.

Sobre las ocho y media terminan todos los cursos y se alinean para despedir a su público, que ruge y aplaude efusivamente. Se me escapa alguna que otra lagrimilla y también aplaudo.

Cuando se dispersan, me dirijo hacia mi amor, pero soy interceptada por la

persona que menos me apetece.

—Estás muy guapa, Lola. —Me mira de arriba abajo—. ¿Sabes? Tu amiga intenta copiarte. Se pone lencería como tú... —sonríe como un lobo y se acerca a mi oído—... pero he de decir que a ti te queda mucho mejor. Tanto, que la follo pensando que eres tú. —Acaricia mi mejilla.

—¡Déjame, asqueroso! —Me separo—. Ella abrirá los ojos y verá la clase de despojo humano que eres —siseo con los dientes apretados.

—Ah, Lola, Lola. Me pones a cien cuando te enfadas.

—¿Algún problema, cariño? —pregunta mi salvador detrás de mí.

Mi corazón palpita al ver que está aquí para rescatarme. Me doy la vuelta y ando hacia él con una sonrisa temblorosa.

—¿Y tú eres? —pregunta el maestro de educación física con curiosidad.

—El novio de Lola, ¿quién eres tú? —demanda Philip.

—David, un compañero de Lola —me señala con la cabeza.

—¿Así que ésta es la basura que se sobrepasó contigo? —Me mira seriamente con los puños apretados en su costado.

Yo lo observo con los ojos abiertos y asiento lentamente. Sé que no debo inducirlo a que se peleen, pero mi fuero interno pide venganza. Se merece un buen golpe.

Como si Philip tuviera telepatía conmigo, le asesta un puñetazo en la cara que lo tira al suelo. Varias cabezas se vuelven, pero nadie dice nada. David se tapa la nariz con las manos y está sangrando.

—Hijo de puta, ¡me has roto la nariz! —grita.

—Eso no es nada con lo que te mereces de verdad. Si alguna vez te vuelves a acercar a ella, te juro que romperé cada jodido hueso tuyo y, entonces, sí que seré un hijo de puta. —Lo amenaza estremeciéndome a mí con la gravedad de su voz.

Mis ideas se aclaran mientras andamos agarrados y llego a una conclusión: quiero a este hombre por encima de todas las cosas. En mi estómago, siento miles de mariposas haciendo que mi pulso se dispare a mil por hora. Hoy será el día en el que le hablaré sobre mi inseminación. No la quiero. Lo quiero a él y me encantaría tener un bebé con Philip. La alegría recorre mi cuerpo. Estoy feliz y enamorada.

Vamos a saludar a los familiares y a estar un rato más con ellos. Algunos de mis alumnos vienen a darme un beso y se van corriendo para seguir jugando. Estoy hablando con Martín y Elisa sobre el progreso de su hijo Sebastián, cuando noto que tiran de mi vestido. Giro la cabeza.

—Hola, Bea. —Me agacho y le pongo bien la careta de cerdito—. Me ha gustado mucho cómo has ahuyentado al lobo feroz. —Le hago cosquillas y se ríe.

—Te voy a echar mucho de menos, señorita. —Su barbilla tiembla.

—Eh, no llores, ¿vale? —Le doy un beso en su rojiza mejilla—. Vamos a hacer una cosa, a ver qué te parece. —Abro mi bolso para coger un trozo de papel de mi agenda y un bolígrafo—. Voy a darte mi número de teléfono y, cuando quieras, me llamas.

—¿De verdad? —Se tapa la boca y me abraza con tanta euforia que casi caemos al suelo.

Suelto una carcajada y la aprieto.

—¡Mamáaaa! —grita, cuando Loles se nos acerca—. Mira lo que me ha dado la seño Lola. —Levanta su mano.

—Bea, te dije que no molestases a tu profesora. —La regaña con cariño—. Lo siento, Lola, pero es que, desde que le dijimos Roberto y yo que vamos a mudarnos, está...

—No te preocupes, de veras. Estoy encantada porque sienta ese aprecio por mí. No es ninguna molestia. —Sonrío.

—¿Quién es este señor? —pregunta la pequeña señalando por detrás de mi espalda.

Giro la cabeza y veo cómo nos mira el hombre que amo. Le hago una señal para que se acerque.

—Éste es Philip, mi novio.

—Encantada. Soy Loles.

Se dan un par de besos.

—Igualmente. —Sonríe cortésmente.

—¿Y os dais besos como papá y mamá? —interviene la niña haciendo una mueca.

—¡Beatriz! —la reprende su padre acercándose a nosotros y lo saluda con un apretón de manos.

Philip y yo nos miramos con diversión. La pequeña lo mira fijamente entrecerrando sus ojos marrones hasta que, de pronto, los abre sorprendida.

—¡Mami! Se parece al actor de la serie que ves, ¿a que sí? —Tira del bolso de Loles.

Todos miramos a la niña confundidos, menos la madre, que se ruboriza.

—¿Qué serie, Bea? —pregunto con curiosidad.

—El guante... mmm... eh... el guante... —cierra los ojos con fuerza—. ¡El guante que roba!

Loles suelta una carcajada.

—«Ladrón de guante blanco», cariño.

—¡Eso! —dice con una risita.

—Bueno, y ¿quién se supone que soy? —consulta Philip divertido.

La niña se queda muda mirándolo y esconde su cabeza en el cuerpo de su madre.

—Venga, Bea. Díselo —demanda Loles sonriendo—. Ahora que no te dé

vergüenza. Yo te ayudo... ¿Matt?

Dice algo ininteligible y me río.

—¡No lo sabe! —canturreo.

—Bomer. —Se da la vuelta haciéndome burla para después esconderse de nuevo.

—¿Así que me parezco a Matt Bomer? —Philip ríe frotándose la barbilla con la mano.

—¡Vaya! Estoy saliendo con un actor —digo mirándolo.

—El Matt Bomer español —añade Roberto sin más y todos nos reímos.

## 20

Salimos del colegio sobre las nueve de la noche y nos dirigimos hacia el restaurante mexicano, el lugar donde surgió nuestra chispa inicial.

—¡Vaya! ¿Cómo es que venimos aquí? —Lo miro.

—Otro de mis sitios favoritos para comer. Además, aquí vi por primera vez a la mujer que me robó el corazón. —Sonríe y me besa la punta de la nariz.

Me río y salimos del coche.

—Tengo ganas de saber cómo están Dylan y Carmen.

—No queda nada para que nazca Octavio.

—Ohhh... —Hago un gesto tierno—. Eso significa que tengo que comprarle un regalo. —Sonríe.

Entramos y nos sentamos. En el momento en que Dylan nos ve juntos, abre la boca asombrado y Philip se levanta para fundirse con él en un abrazo. Mi amigo se acerca y nos damos un par besos.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —nos señala—. ¡Qué importa eso, carajo! Esto merece un brindis. —Se ríe de la manera que lo hacen los mexicanos—. Os voy a traer el mejor vino de la casa. —Guiña un ojo.

—¿Qué tal Carmen? —pregunto.

—Últimamente se queja mucho de los riñones. Pero es normal, tiene una barriga que ni te cuento, Lolita. —Hace un gesto con la mano en su abdomen.

—¿Está haciendo el reposo y los ejercicios que le mandé? Debes ayudarla, Dylan.

—Sí, Philip. Te lo prometo por mi santísima virgen de Guadalupe. —Se santigua

y besa las yemas de los dedos.

Philip asiente sonriendo.

—Ahorita vengo. Hoy el comedor está lleno y no damos abasto. Simón se ha puesto malo y también me tengo que encargar yo de servir.

—No te preocupes, Dylan. Ve tranquilo —le digo para que se calme y me dedica una mirada de agradecimiento.

A los cinco minutos, nos trae un Contraste, un vino de la bodega Casa de Piedra, México. Tras servirnos Dylan, cojo la copa y la muevo suavemente para detectar el aroma de frutas maduras con un toque ligero a coco. Al probarlo, casi gimo de placer. Cierro los ojos y me concentro en su sabor. Es sabroso y permanece en el paladar. Sin duda, es una exquisitez de vino tinto.

—Está muy bueno. —Abro los ojos mirando a mi pareja.

—La próxima vez, te haré el amor mientras bebes de tu copa. —Se muerde el labio y moja los labios en su bebida.

Trago con dificultad al imaginarlo.

Una hora después estamos comiendo ya el postre. Hemos pedido tamales dulces de fresa y chocolate, pero creo que sólo podré comer uno, porque llenan mucho. Lo que es cierto es que están para chuparse los dedos. Después de masticar y tragar, digo:

—Por la tarde querías decirme algo. ¿Qué era?

Su cuerpo se tensa al instante y frunzo el ceño para ver dónde mira. Una mujer morena de ojos oscuros y pelo corto, de unos treinta y tantos, anda directamente hacia nosotros con su mirada fija en Philip.

—¿Quién es esa mujer?

Él simplemente desvía la mirada y maldice. Aquí huelo a problemas, en mayúsculas.

—Hola, Phil. ¡Vaya! ¿Una nueva novia, cuñado? —enfatisa la última palabra, estudiando mi reacción.

Lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿Cuñado? ¿Ella es la hermana de tu...?

—¿Mujer? Sí, querida. Y la tía de su hija. —Devuelve la mirada a Philip con diversión.

—¿Estás casado? —Frunzo el ceño.

—¡Pues claro! —responde ella.

—Viudo —aclara Philip.

—¿Y tienes una hija? —Me dirijo a él, que agacha la cabeza.

—¿Aún no le has dicho nada? ¿Eres tan cerdo que ocultas a Marta y que tuviste una mujer a la que dejaste morir?

—¿Quién es Marta? —pregunto a la mujer con la esperanza de que sólo esté mintiendo y sea una examante despechada.

—Eso, Philip. ¿Quién es Marta? —pregunta con una sonrisa irónica en su boca.

Él me mira con el rostro desencajado. En sus ojos veo una súplica y tiene miedo. Gira la cabeza hacia su cuñada.

—Elena, ¿por qué siempre te empeñas en joderme la vida? —masculla con odio.

—Me quitaste a mi hermana, cabrón —sisea.

—Yo no tuve la culpa. Sabes que sufrió una hemorragia abdominal durante el parto y hubo que hacerle una cesárea de urgencia —dice con angustia.

—¡Mientes! —gruñe señalándolo.

—Andrea lo era todo para mí. Jamás hubiese permitido que le pasase nada que yo pudiese evitar.

—Sí, claro. Ahora resulta que hubieses preferido la muerte de la mocosa antes que la de Andrea. —Se mofa.

Estoy anonadada. Observo a los dos quieta. Ni pestañeo. Elena odia a la pequeña por alguna razón que desconozco.

—Jamás vuelvas a insultar a mi hija. —Se levanta bruscamente.

—¿Quién es Marta? —escupo con furia. Estoy harta de seguir en segundo plano.

Philip gira su cabeza para atrapar mis ojos con los suyos y suspira.

—Mi hija.

—¿Quién es tu sobrina? —vuelvo a interrogar. Me siento fuera de juego.

—Este engendro no tiene sobrinos. —Lo señala con la mano.

—¿Quieres callarte de una santa vez, zorra? —grita descontrolado.

Elena tiene la intención de pegarle una bofetada, pero él agarra su muñeca antes de que su mano le alcance la cara. Entonces se quedan a escasos centímetros de sus bocas y ella lo mira con deseo. ¡Su cuñada quiere estar con él! Esto es peor que una telenovela. Bufo. «No está pasando, es un sueño», me repito mentalmente una y otra vez.

Echo una ojeada breve y las personas cercanas nos miran pendientes del espectáculo que estamos dando. Siento vergüenza y humillación. Primero, mi mejor amiga cree que soy una cualquiera y, ahora, Philip me ha estado engañando todo este tiempo. ¡Con lo fácil que habría sido decirme desde un primer momento que tenía una hija! Un sollozo se escapa de mi garganta y me tapo la boca. Necesito salir de aquí. El hombre al que amo me ha fallado. El puñal que ha clavado en mi corazón duele más que cualquier otra herida. ¡Y yo le iba a decir que quería tener un bebé con él! «Tonta, más que tonta», me reprende una voz en mi interior.

Philip me mira por un segundo y desde su rostro puedo ver la culpabilidad que siente por haberme ocultado algo tan grande como una descendiente, fruto de su amor con su mujer fallecida. «Prométeme que, pase lo que pase, no te alejarás de mí»; sus ojos me recuerdan esa frase. No ha tenido el valor, ni la confianza, para

compartirlo conmigo. «¿Éramos una pareja, recuerdas?», le digo en nuestra conversación visual. «Lo siento», abate la mirada.

—Suéltame, me haces daño —se queja Elena con la mano de Philip aún en su extremidad.

Me levanto de mi asiento, rota por dentro, sin fuerzas. Necesito apoyarme en la mesa y Philip deja a su cuñada para asirme.

—Suéltame —digo con un hilo de voz.

—Lola, no. Por favor. Me lo prometiste.

—Yo que tú lo dejaba, bonita —dice acariciando su muñeca dolorida.

—¿Para dejarte el camino libre?

Elena pestañea aturdida.

—Por ejemplo. —Sonríe.

—Lola, yo no siento nada por ella. Te lo prometo. —Me coge de los hombros.

—Claro —asiento sonriendo—. Si has sido capaz de ocultarme algo tan importante como la existencia de una hija, ¿quién me dice a mí que todo este tiempo no has estado con ella? Ni una sola vez me has llevado a tu casa. Por algo será, ¿no crees?

Imaginármelos a ellos dos en la cama de Philip haciendo el amor con pasión hace que mi alma se rasgue a pasos agigantados.

—¿Qué? —Su frente se arruga—. Jamás —niega rotundamente.

—¿Quién sabe? —La mujer ríe y se mete un trozo de nuestro postre en la boca—. Esto está buenísimo.

Hago todo lo posible por ignorarla. Simplemente cojo aire y murmuro, destrozada:

—Me has decepcionado como nadie lo ha hecho en mi vida. Prometimos sinceridad. Te conté mi vida. —Lo señalo—. Y tú...

—Oh... —Elena une sus manos, interrumpiéndome—. Me encantaría ver la siguiente escena, pero tengo prisa. Chao, bonita. —Me guiña un ojo y mira a Philip—. Hasta luego, cuñado. Te espero esta noche. En tu casa. —Se ríe dándose la vuelta.

Tengo deseos de agarrarla por los pelos y arrastrarla por el suelo sin piedad, pero mi madre me ha enseñado a ser una señorita y a comportarme correctamente en los sitios públicos. Espero a que salga esa mosquita muerta por la puerta y digo:

—Me voy. Jamás he sentido tanta vergüenza y nunca me han humillado tanto como esta noche.

Dylan nos mira desde la distancia con gesto preocupado.

—Te acompaño y seguimos hablando en privado. Te lo contaré todo —suplica.

—No. Ya tienes vía libre para disfrutar con ella y en tu casa —escupo herida.

—No puedo vivir sin ti. —Hace caso omiso de lo que le digo.

—Haberlo pensado antes. No me llames, ni me busques. Para mí estás muerto.

Tiene la intención de decir algo más pero, cogiendo mi bolso, salgo dejándolo atrás.

Hemos venido en su coche, así que debo andar hasta la parada de taxis, pero los tacones son demasiado altos. Dándome igual todo, me los quito y camino descalza por la calle. Sin poder aguantar más, dejo que mi pena fluya al exterior y las lágrimas corren por mis mejillas dejando un rastro de rímel. ¿Cómo ha podido hacerme esto? Era demasiado perfecto para mí. Ahora entiendo los secretos que tenía y la importancia de hablar. ¿Iba a decírmelo? ¿Justo hoy? ¿Después de estar juntos durante tanto tiempo? ¡Qué idiota he sido al creer en un hombre! Todos son iguales, no se salva ni uno. Ahora sí estoy decidida a inseminarme y tener a mi bebé. No necesito a ningún hombre, yo sola puedo criarlo. Sorbo por la nariz y me limpio la cara conforme me acerco a un taxi cercano.

Cuando llego a mi casa, me ducho llorando desconsoladamente. Este golpe ha

sido peor que cuando Juanjo y yo terminamos. Comparado con aquello, esto es una hecatombe. Me pongo mi pijama y me tumbo en la cama, oliendo a él en mi almohada.

—Dios mío, dame fuerzas. —Sollozo—. Dame fuerzas, Dios mío... —Y lloro hasta quedarme dormida del cansancio.

## 21

Han pasado tres semanas desde lo ocurrido en el restaurante. La primera ha sido la peor. He estado llorando como una Magdalena. La segunda, me la he pasado maldiciendo y discutiendo con mi hermana las veces que ha venido o me ha llamado hasta el punto de que no me habla. Me ha recomendado que me serene y me ha pedido que, cuando lo haga, vaya a verla. En estos últimos días he ido a casa de mis padres para estar con ellos y mitigar el dolor que tengo en mi corazón. También, al amanecer, he ido a caminar para aclarar mis ideas y sentimientos. Me encuentro mucho mejor. Ahora sí puedo contárselo todo a Esther. Por ello, cojo mi teléfono y la llamo.

—Cariño, ¿cómo estás?

Oír su voz me tranquiliza, pero me siento culpable.

—Mejor. Siento haberte tratado así.

—No pasa nada. Me imagino por qué has estado tan mal.

—¿Por?

—Philip está malhumorado y parece despistado. Evita mi compañía, salvo en ocasiones imprescindibles.

El mero hecho de oír su nombre hace que mi interior se resquebraje más.

—Necesito hablar contigo, ¿podrás?

—¡Claro! Pásate por la clínica.

—No —digo rápidamente.

—Philip no está. Tranquila.

—¿Dónde está?

La pregunta sale sin darme cuenta. ¿Qué me importa dónde esté ese cabronazo? Pero lo hace, aún sigue importándome, y por eso no quiero verlo. Caería de nuevo en sus brazos y antes prefiero sufrir que pisotear de nuevo mi orgullo. Se acabó.

—Se ha ido a Bruselas.

Una voz de alarma cruza por mi cabeza.

—¿Para siempre? —Mi pulso se acelera.

—No. Vuelve dentro de unos días. Lleva allí una semana. Lola, ¿qué ha pasado?

—Te recojo y hablamos.

—¿Comemos juntas?

—Vale.

—Hasta luego, cariño.

—Hasta luego, cielo. —Me despido sonriendo tristemente.

¿Por qué me he angustiado tanto cuando he pensado que jamás volvería?  
«Porque lo amas, idiota», una voz interior me reprende. Suspiro.

Dejo el teléfono y, para no pensar, limpio la casa. Aún es pronto y mi mente repite la escena del mexicano una y otra vez. Muevo la cabeza para despejarme y rápidamente enciendo el equipo de música y suena una canción de India Martínez, provocándome un llanto desconsolado, así que lo apago.

A las tres salgo de mi casa y voy a por mi gemela. Aparco y salgo del coche. Entro y, ahí está, hablando con Estela. Mi respiración se para en el momento en que me mira. Ambos nos quedamos por un instante observándonos mutuamente. Mi corazón palpita a mil por hora. Está cambiado, más estropeado, y tiene pequeñas sombras debajo de los ojos, como si no pudiese dormir bien. Da un paso en mi dirección y entonces vuelvo en mí. Paso por su lado como si fuese un completo desconocido y saludo a Estela con una media sonrisa. Me dirijo

rápidamente a la consulta de Esther. Entro sin cerciorarme primero de si está con algún paciente y me apoyo en la puerta con mi vista nublada luchando con las lágrimas que quieren salir.

—¡Lola! —Se levanta rápido de su silla.

—Me dijiste que volvería en unos días. —Entrecierro los ojos.

—¿Quién? —Hace una mueca.

—Philip está ahí fuera —susurro señalando detrás de mí.

—Imposible. —Niega con la cabeza.

—Pues lo es y casi me da un infarto.

—Mira, no sé qué pasa entre vosotros, pero no quiero estar en medio de todo esto. Si él te ha hecho daño, lo odiaré.

—Esther. Es tu jefe, no puedes mirarlo mal.

—Dime que no te ha hecho sufrir.

Desvío la mirada y ella alza una ceja mientras espera.

—A mí, sí. Pero no mezcles tu trabajo con mi vida sentimental.

Resopla y se pasea de un lado a otro.

—Por eso no quería que os liaseis. ¿Ahora qué hago? —se señala.

—Nada. —Voy detrás de ella para hacer que pare—. Es mi problema, Esther.

—Y tú eres mi hermana. —Se vuelve enfadada—. Y jamás permitiré que otro canalla te haga daño, ¿te enteras? —Alza la voz.

—¡Cállate! —Le tapo la boca—. Éste no es lugar para hablar sobre Philip y yo —susurro.

Entonces me abraza fuerte.

—No me gusta verte mal, Lola. Eres mi peque. —Coge mi rostro entre sus manos—. Jamás te dejaré sola.

—Lo sé —digo emocionada—. Pero no me parece justo que pierdas tu trabajo por mi culpa.

—Siempre pensando en mi bienestar. —Me besa la frente—. Cojo el bolso y nos vamos, ¿vale?

Asiento sorbiendo por la nariz y me alcanza un pañuelo.

—Y tú siempre cuidándome. —Me río.

Cuando salimos, mi hermana me nota tensa y coge mi mano para estabilizarme. Al pasar por recepción, expulso el aire al ver que no está. ¿Sería una ilusión lo que he visto antes? Esther parece haberse dado cuenta de que estoy mirando para todos lados y le pregunta a la recepcionista:

—¿Ha venido ya Philip?

—Sí, Esther. Está en su despacho. Hoy está que muerde. —Pone los ojos en blanco.

—Gracias. Nos vamos a comer. Cualquier cosa, me avisas. —Sonríe y se da la vuelta para mirarme—. Vamos, cariño.

Me coge por los hombros y me besa, como prediciendo a continuación mi sollozo. Dicen que los gemelos pueden llegar a sentir las emociones del otro.

Vamos a su casa porque no estoy en condiciones de ir a comer a ningún restaurante cercano. A medida que le cuento lo que pasó aquella noche, mientras ella conduce mi coche, balbuceo y se lo tengo que repetir varias veces.

—¿Así que tiene una hija? —pregunta cuando me recompongo.

—Sí, y lo peor ha sido enterarme por otra persona.

—No sé cómo no agarraste a esa zorra de los pelos.

—Mamá me enseñó a ser educada.

—Sí, hija, pero una cosa es educación y, otra, humillación. Te venero en ese aspecto.

—Fue horrible, Esther.

Caminamos por la acera hasta llegar a su portal y abre.

—Me lo imagino, cariño. Ahora no sé cómo voy a mirar a Philip.

—No. Por favor. —La paro mirándola.

—Esto no puede afectarte en lo profesional. Es tu jefe y compañero.

Cierra los ojos y suspira.

—Yo no soy como tú, Lola. No me controlo.

—Lo sé. Hazlo por mí entonces —le ruego—. Por favor.

Lo piensa durante unos minutos.

—Está bien. Pero te juro que, si vuelve a humillarte, le romperé la cara y me dará igual mi trabajo —dice muy enfadada.

Éste es otro aspecto que nos diferencia. Yo he desarrollado la habilidad de mi padre de contar hasta diez antes de actuar, procuro serenarme. Esther es como mi madre. Terca como una mula y actúa sin pensar. Da igual si la piscina está llena o vacía, se tira sin importarle nada. Iguales por fuera, y totalmente distintas por dentro. Sonrío interiormente.

Entramos en su casa. El apartamento de Esther es un poco más pequeño que el mío. Consta de una pequeña cocina americana, salón-comedor, no muy amplio, un dormitorio y baño. Perfecto para una sola persona.

Oigo unos ladridos a la vez que el cotorreo de un loro. Gimo mentalmente.

—¿Y dónde está lo más bonito? —grita mi hermana al gran pastor alemán, que viene a saludarla moviendo enérgicamente su rabo.

Se acerca hasta mí y se me sube encima poniendo sus patas casi en mi cara. Doy un traspie y me caigo de culo. El perro comienza a chuparme el rostro, mientras

grito, riéndome:

—¡Brunooooo! ¡Paraaaaaaa! ¡Nooooooo!

Mi hermana también se ríe entretanto coge al animal por el collar para quitármelo de encima. Me quedo sentada en el suelo.

—Grrr, Bruno. Grrrr, Bruno. —Se oye una voz.

—Voy a por mi peluchito.

—No. No me traigas ese pajarraco. —Abro los ojos como platos.

—¡Oye! Cuidado con Romeo. Es todo un galán —lo defiende desapareciendo por la puerta.

—¡Claro! Lo dice a la que no le ha picado.

Ese loro una vez me picó en la cabeza y... ¡joder, duele!

—¿Quién ha dicho que los yacos no pican a sus dueños? ¡Lo que me costó educarlo! —refunfuña.

Ruedo los ojos y resoplo, mientras me levanto del suelo y voy a lavarme las manos y la cara. Hoy es el primer día que suelto una carcajada después de semanas. Y todo gracias al granujilla del perro.

Comemos un plato de pasta y, después de recoger, nos sentamos en el sofá.

—He decidido hacerme la inseminación artificial —anuncio poniéndome frente a mi gemela.

—¿Estás segura? —Me mira—. No lo hagas por despecho, Lola.

—¿Cómo voy a traer a una criatura al mundo por despecho? —Abro los ojos como platos.

—No te pongas así. Cuando se está enamorada, no se piensa.

—¡Joder, Esther! —Bufo—. No estamos hablando de un muñeco.

Bruno viene y se echa en el suelo, a mi lado. Le acaricio la cabeza y se tumba boca arriba para que haga lo mismo con su barriga. Sonrío y le doy el gusto.

—Nena, soy ginecóloga. Traigo bebés al mundo día sí y día también.

—Pues, mejor que nadie, deberías comprenderlo.

—Venga, tontita. No te cuestiono. Sólo quiero estar segura. Un niño es para toda la vida y ¿qué le vas a decir cuándo te pregunte por su papi? ¿Que es un donante anónimo?

—¿Ya estás como mamá? Si vas a pensar así, me iré a otra clínica.

—Lola, sabes que no soy como ella. Pero ponte en el lugar del niño o niña.

Suspiro y me tapo la cara con las manos. Me agobian estas conversaciones.

—¿A cuánta gente que has inseminado le has dicho esto?

—A nadie. La gente que lo hace es porque quiere. Pero tú eres mi hermana y

quiero lo mejor para ti. Si estás decidida, adelante. Siempre te apoyaré. Además, será un orgullo para mí inseminarte.

—¿En qué consiste?

—La inseminación artificial consiste en introducir con una cánula, a través del cérvix hasta el útero, los espermatozoides seleccionados previamente de una muestra, bajo supervisión ecográfica. Esta técnica no es ciento por ciento eficaz. En la fecundación in vitro se extraen los ovocitos y, en el laboratorio, se unen con los espermatozoides en un medio de cultivo para que fecunden. Transcurridos unos días, en los que se observa que el óvulo ha sido fecundado, se coloca el embrión en el útero a través de un catéter. Se puede implantar más de uno, pero hay riesgo de embarazo múltiple. —Sonríe mirando mi pasmada cara.

—¿Te imaginas que tuviera trillizos?

—Te volverías loca.

Reímos.

—Sigo. Entonces, los óvulos que no se utilizan, se congelan.

—¿Y qué hacen con ellos? —pregunto.

—Pues, en el caso de que en el primer intento no haya éxito, los óvulos criogenizados se vuelven a implantar en el útero de la fémina.

—Qué mundo más maravilloso es el de la medicina.

—A mí me encanta —afirma llena de orgullo—. Además, no sabes la alegría que da ayudar a traer un bebé al mundo o saber que has hecho bien tu trabajo y vas a ver crecer a esa persona dentro del vientre de su madre.

—Y las ecografías.

—Te recomiendo que te hagas las de 4D, son impresionantes. —Me mira con los ojos brillantes de excitación.

—¡Qué ganas tengo, Esther!

Sonreímos y me coge de la mano.

—¿Qué método me conviene más? —pregunto.

—Empecemos por la inseminación artificial y, si no funciona, recurriremos a la fecundación in vitro.

—Vale. Aunque... ¿y si soy estéril? —digo con preocupación.

—No empieces con tus paranoias, que aún ni hemos probado ninguna técnica —me reprende.

—Sólo es una posibilidad.

—Pues descártala. Para esto debes estar serena y tranquila. No es fácil quedarse embarazada. Así que empieza por dejar de llorar o no dará resultado.

—Lo intentaré. —Agacho la mirada—. Me es difícil, pero, si debo hacerlo por mi bebé, lo haré. —Sonrío acariciando mi vientre.

En ese momento, suena su móvil. Al mirar la pantalla resopla y lo deja en la mesa.

—¿Quién es? —pregunto.

Siempre hablamos de mí y pregunto poco por su vida. Me siento egoísta.

—Un bruto irlandés amigo de ya sabes quién. —No quiere decir el nombre.

—Oh, ¿y por qué tiene tu móvil?

—Eso me gustaría saber a mí.

—Vaya, resulta que te han hecho lo que tú hiciste conmigo. —Río.

Me mira divertida y da una palmada en mi pierna.

—¿Cómo es? ¿Es guapo?

—Buff. —Resopla—. Decir cañón es poco. Es alto, fornido, moreno, de pelo largo y con mirada penetrante.

—¿Y a qué se dedica?

—Ginecología. —Sonríe.

Yo me tapo la boca y me echo hacia atrás con alborozo.

—Los dos sabéis de vaginas. —Me recompongo y alzo las cejas repetidamente.

—No tiene gracia. No sabes la vergüenza que pasé el otro día.

—Cuenta, cuenta —insisto.

—Es el socio que se encargará de la clínica en Bruselas. Llegó a España hace unas semanas. No sabía que estaba en mi consulta. Por lo que me dijo después, quería conocer al equipo con el que trabaja su amigo y me estaba esperando. Ya sabes que me cambio allí, es decir, me pongo el pijama de sanitario para trabajar. Entré, cerré la puerta y me quité la ropa... y entonces oí una voz varonil que decía «¡Por san Fergus!». Me volví y allí estaba él. En mi silla y mirándome de arriba abajo.

La miro con los ojos como platos.

—¿No te diste cuenta de que estaba allí sentado?

—La silla estaba de espaldas. Además, ¿qué iba a saber yo que el socio de mi jefe estaría en mi consulta?

—¿Y qué hiciste?

—Gritar. —Se encoge de hombros.

Me troncho de la risa en el sofá, agarrándome la barriga.

—¿Y qué te dijo él? —le pregunto entre risas.

—Me explicó quién era... y me dijo que estaba bastante bien. Si hubieras visto cómo me miraba... —Sus mejillas se tiñen de rojo.

—Con ganas de aprisionarte con su duro cuerpo y hacerte volar y volar —digo con guasa.

—Lola, no te rías. No me hace gracia.

—¡Venga ya! Asume que te gusta ese irlandés.

Esther desvía la mirada avergonzada.

—Está buenísimo —aclara, y añade atrevida—: Y sí, me hubiera gustado volar.

—Se le escapa una risilla.

—Quiero conocerlo —digo.

—No —niega rotundamente—. Además, no está aquí y, si estuviera, ya sabes quién lo acompañaría.

—Buen punto.

## 23

Han pasado dos semanas desde que Esther y yo hablamos. Estoy relajándome todo lo posible para que el proceso sea eficaz, aunque no puedo negar que estoy nerviosa. Philip me ha enviado infinidad de WhatsApp y mensajes de todo tipo, y me ha llamado por teléfono, pero me niego a contestarle. Alejo el móvil de mí o sé que me traicionaré. He decidido pasar página. Me levanto del sofá para ir a la cocina, cuando suena el timbre. Abro sin mirar y me encuentro a la hermana de Philip sonriendo avergonzada. La observo aturdida. ¿Qué hace aquí? Apuesto a que la ha enviado él.

—¿Puedo pasar? —pregunta dudosa.

Ella no tiene la culpa de nada, así que asiento y me echo a un lado para que entre.

—¿Qué haces aquí?

—Lo siento, no pretendía molestarte.

—No molestas, Alana. Por favor, siéntate. ¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias. Así estoy bien. —Sonríe y nos sentamos en el sofá.

—¿Te ha enviado tu hermano? —pregunto cautelosamente.

—No —niega rápidamente—. Y, por favor, no le digas nada. Sólo he venido a despedirme. Me voy con mi marido a Senegal. Vamos a buscar al fin a nuestro hijo.

—¿Perdón? —digo sin comprender.

—Soy estéril y hemos adoptado un niño de un año y medio. —Levanta las comisuras de sus labios.

—Oh, lo siento. Es que no te entendía —me disculpo—. Enhorabuena, sé que las

adopciones son procesos muy lentos.

—Sí —asiente—. Llevamos tres años. Pero no he venido a hablar de eso. Vengo porque no quiero que pienses mal de mi hermano.

Resoplo.

—Llegas tarde.

—Me ha contado lo que pasó y me avergüenzo muchísimo. Elena siempre ha querido estar con Philip, pero él sólo tenía ojos para Andrea. —Sonríe tristemente—. No sé si sabes que hay personas que no aceptan que su pareja tenga una hija.

—Pero... —Frunzo el ceño y me pone una mano en el brazo.

—Déjame explicártelo. —Asiento y ella sigue hablando—. Hace tres años, Philip conoció a una chica y comenzaron a salir. Cuando ella se enteró de la existencia de Marta, lo dejó. No quería compromisos. Pasó un tiempo y comenzó otra relación. Le pasó lo mismo. La pareja no quería hacerse cargo de la pequeña.

Pobre Philip, su vida amorosa siempre era un fracaso. Pero eso no es excusa.

—Tendría que habérmelo dicho desde el principio. Yo adoro a los niños —murmuro apesadumbrada.

—Lo sé. Se ha equivocado.

—Pues sí, y mucho, porque lo que me ha dolido más ha sido enterarme por otra persona, que ni falta hace decir que es una víbora. —Resoplo pensando en Elena—. Ahora mismo no puedo perdonarlo. Me ha defraudado y ha jugado con mis sentimientos. Sólo siento odio —miento a medias.

Alana agacha la cabeza y asiente débilmente.

—Yo he cumplido mi parte. —Se levanta—. Ha sido un placer poder hablar contigo.

Camina hacia la puerta y la acompaño. Nos abrazamos y le deseo lo mejor. Me

quedo pensando por un momento en todo lo que me ha dicho y miro el móvil. Necesito hablarle.

«No. Tú te quedarás quietecita —me ordeno—. Ahora, a prepararte para la cita con tu ginecóloga.»

Pensar en mi inseminación hace que me olvide un poco de Philip, así que me dirijo a mi habitación para vestirme y salir hacia la clínica.

—Hola, Estela. —Sonrío a la recepcionista al llegar.

—Hola, Lola. ¿Cómo estás?

—Muy bien. —Sonrío—. ¿Puedes decirle a mi hermana que ya estoy aquí?

—Sí, claro.

Me vuelvo y miro alrededor mientras espero entrar en la consulta. De repente, mis ojos se clavan en Philip, que está acompañado por un hombre guapísimo. Sonrío interiormente. Menudo hombretón ha escogido mi hermana. Aunque me tenso en el momento en que me mira, haciendo que su acompañante haga lo mismo, y nos observamos durante unos largos segundos. Entonces se acerca, y no tengo escapatoria. Estoy entre la puerta y el mostrador de recepción.

—Hola —me saluda.

Mis piernas son de gelatina y mi pulso se acelera.

—Hola —logro decir.

—Philip, ¿ella es la mujer de la que me has hablado? —Su amigo me señala.

—Sí. —Sonríe—. Lola, éste es Aidan, un buen amigo y mi socio. —Lo coge por los hombros.

—No exagerabas cuando me dijiste que son dos gotas de agua —suelta con un acento extraño—. Encantado, Lola.

—Lo somos. —Miro al hombre—. Igualmente, Aidan.

Asiente con la cabeza, sonriéndome.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Philip suavemente.

Ese traje negro con la camisa blanca y sin corbata hace que mi vientre se caliente. Carraspeo y digo:

—Tengo una cita con Esther.

—¿Para qué?

—A ti te lo voy a decir. —Resoplo.

—Es mi clínica. —Alza la ceja.

—Y ella es mi doctora —siseo entrecerrando los ojos.

—Ya puedes pasar, Lola —anuncia Estela a mi espalda.

Podría haber avisado antes. Sin dejar que Philip me conteste, avanzo rápidamente hacia el consultorio de mi gemela.

—Hola, cariño —me dice mientras se pone un gorro quirúrgico de muñecos.

—Hola. —Sonrío y le doy un par de besos.

—Desnúdate detrás del biombo y ponte este gorrito y la bata. Cuando estés lista, te tumbas en la camilla y apoyas los talones en el soporte, que yo voy a ir preparando el ecógrafo.

—Vale.

Cuando me tumbo, la observo sin decir una palabra. Se nota que ama su trabajo. Con mimo y delicadeza, deposita en un carro de curas todo el instrumental quirúrgico que va a utilizar. Se pone una mascarilla y se sienta enfrente de mis piernas abiertas.

—Empecemos.

Llevo más de tres meses sin tener éxito con las inseminaciones, a los cuales tengo que añadir llamadas incesantes de Philip y WhatsApps que no contesto.

He querido bloquearlo, pero no puedo. Necesito ver la foto de su perfil. Es lo que me consuela.

También, al haber comenzado las clases, me refugio en mi trabajo. Este año me ha tocado ser tutora de segundo. A esa edad, los pequeños son más manejables y estoy encantada.

Mi hermana está preocupada por mí y me tranquiliza con que habrá solución. Esta semana probaremos con la fecundación in vitro. Ya me ha inyectado las hormonas que se necesitan para este proceso. Esther me ha dicho que ha consultado con Phil; no puedo prohibírselo. Quiere que mi sueño se cumpla.

Estoy muy nerviosa y hoy tengo el ánimo por los suelos. Me dirijo a la clínica sin ganas de seguir.

—Eh, Lola —me dice—. No estés así, cariño. A veces estas cosas pasan. Tienes que estar tranquila, ya viste en el último examen que no eres estéril. ¡Lo conseguiremos, pequeña! —Me besa la frente.

—No sé, Esther. Ya no sé qué pensar.

—Ya sabes que he hablado con Philip.

Asiento apesadumbrada.

—Te he mandado las hormonas que él me recomendó que serían eficaces. Me dijo que eran las mejores. Sólo se trata de esperar y no perder la esperanza.

—Esperanza. —Resoplo—. ¿Eso existe?

Hace una mueca.

—Sólo estamos intentando ayudarte, Lola. Pero tú no nos dejas. Si tú no pones esfuerzo de tu parte, esta lucha está perdida —murmura enfadada.

Suspiro y cojo la bata y el gorro.

—Lo siento, Esther. Tienes razón. —Desvío la mirada—. Volveré a intentarlo.

—Sonrío y voy detrás para cambiarme.

Cinco días después, a principios de octubre, mi hermana me llama alegre. Me dice que el óvulo ha sido fecundado y el embrión ya se puede implantar. Contenta por la noticia, voy hacia su consulta para la fase definitiva. Beso mis dedos y acaricio la medalla que tengo pegada con un imán en la guantera del coche, de la virgen de Covadonga, patrona de mi querida Asturias, para que me ayude.

Después de la implantación, debo tomarme, durante ocho semanas, pastillas de la hormona progesterona.

A los siguientes veintiún días, nada más levantarme, me hago el test de embarazo. Mientras me visto, lo dejo unos minutos tal como indica en las instrucciones, pero no soy capaz de mirarlo. Le prometí a Esther que lo haríamos juntas, así que, con los ojos cerrados, lo guardo en la cajita y lo meto en el bolso. Estoy muy esperanzada porque he tenido síntomas de embarazo, pero tampoco me quiero hacer ilusiones hasta ver el resultado. Conduzco hasta la clínica, escuchando una canción muy emotiva de Melendi. En ese momento, tengo la certeza de que esta vez va a dar positivo.

—Hola, Estela —saludo a la chica con una gran sonrisa.

—Hola, Lola. Tu hermana te está esperando.

—Gracias —le digo y camino al interior.

—¿Lo has visto? —pregunta Esther levantándose de su silla.

La noto nerviosa y evita mirarme de frente.

—No.

—Bien —murmura tocándose las manos.

—¿Pasa algo? —Alzo una ceja.

—No. —Sonríe de forma tirante y se levanta—. Sólo estoy un poco nerviosa.

Presiento algo en ella que no está bien. Me oculta algo, lo sé. Y pienso descubrir

el qué.

—A ver, Esther. Puedes mentirle a todos los que quieras, incluso a mamá y papá, pero, cariño, a mí, no. Suelta —le digo.

—Déjame ver el Predictor. —Cambia de tema y, viendo mi cara de poca convicción, agrega—: Tú verás, podemos estar aquí hasta mañana para saber el resultado.

Cabeceo con la mano puesta en la frente, pues sé que tiene razón; abro el bolso y le doy la caja del test de embarazo. Lo saca y mira. Paso de la regañina al histerismo en un segundo. Empiezo a mordirme las uñas esperando.

—Bueno, ¿qué dice? ¡¡Suéltalo ya!! —le pido enérgica.

Levanta la vista y me mira perpleja.

—Estás embarazada. —Se sienta en la silla.

Frunzo el ceño confundida.

—¿Qué pasa, no te alegras?

—Sí, claro que sí. Pero... ¡Oh, Dios mío! —Se pone una mano en el frente.

—¿Qué?

—¡Qué voy a ser tita! —Se ríe y se levanta para darme un abrazo de alegría.

Después de estar hablando durante un largo rato, marca en su agenda, con bolígrafo rojo, en el día 28 de octubre, «Test embarazo de Lola, positivo». Luego, me explica cada cuánto debo venir para revisarme. Le comento que voy a ver a nuestros padres para darles la noticia. Pone una expresión triste porque no puede venir conmigo, pero le digo que no se preocupe, porque dentro de poco haremos una comida familiar.

Salgo feliz de la clínica y entro en mi automóvil. Apoyo las manos en el volante sopesando la información reciente. Voy a ser madre, ése es el punto más importante. Automáticamente pongo una mano en mi vientre, acariciándome.

—Lo he conseguido. —Las lágrimas salen y río—. Voy a ser mamá —grito—. Gracias a mi Santina.

Una sonrisa de dicha cruza mi cara. Debo estar loca porque voy de la risa al llanto en cuestión de segundos. Me limpio las mejillas y conduzco hacia casa de mis padres; quiero darles la buena noticia.

Aparco fuera y voy hacia la entrada. Toco el timbre y me abre mi padre.

—Cariño, ¡qué alegría! ¿Cómo estás?

Le doy un abrazo.

—¿Está mamá? —Entro.

—En el jardín —señala—. ¿Cómo ha ido la fecundación? ¿Estás bien?

—Sí, papá. —Sonrío.

—¿Y?

—Tengo que hablar con ambos —digo seriamente y va con paso ligero en busca de su esposa.

Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y me tomo una tila. La necesito.

—Bueno, cariño, cuéntanos, ¿qué ha pasado?

Mirándolos feliz, digo:

—Vais a ser abuelos.

Mi padre salta del asiento y chilla de alegría, tirando de mí para aplastarme entre sus brazos mientras que mi madre se tapa la boca con las manos, sorprendida.

—¿Sabes quién es el padre? —dice con frialdad mi madre.

—María, no empieces —la regaña mi padre.

—Es sólo una pregunta. —Se encoge de hombros.

—No lo sé.

Mi madre refunfuña levantándose de la silla y papá resopla.

—No le hagas caso, mi vida. Ya se le pasará. Sobre todo para hablar del bautizo y comprarle ropa. —Me guiña un ojo y mira a su mujer.

—Es un hijo fuera del matrimonio —murmura mientras se echa café en una taza.

Pongo los ojos en blanco, pero mi querido padre me coge de las manos, tranquilizándome. Entre los dos comenzamos a hablar de proyectos futuros. Aparte de ser el abuelo de mi bebé, será su pediatra. Le gustaría estar presente en el parto, si la clínica no pone objeción. Comenta ilusionado que va a comprar algunos juguetes para ponerlos en el jardín, y mi madre se sienta, escuchándonos silenciosamente. Sé que tiene ganas de opinar, pero su orgullo hace que no pronuncie ni una sílaba. Aquello me hace sonreír, porque es algo que yo también he heredado.

Permanezco un rato más hablando con papá hasta que mamá no puede más y empieza a intervenir, muy seria, dándome consejos sobre el embarazo si es que tengo molestias. Luego, me habla bien y hasta se ríe contándome alguna hazaña mía o de mi gemela, a lo que soltamos unas carcajadas.

## 24

Al fin es mi primera revisión. Estoy de siete semanas y, aunque he hablado con mi hermana desde el día en que supe que estoy embarazada, la noto demasiado extraña. Recuerdo la conversación que mantuvimos en su consulta, pero con la efusividad del momento casi me olvidé de ello.

—¿Nerviosa? —pregunta preparándose entre mis piernas.

—Sí. —Sonrío—. ¿Qué es lo que me vas a hacer?

—Una ecografía vaginal. —Observa atentamente la pantalla del ecógrafo—. Vamos a escuchar el corazón de mi sobrino —dice contenta.

—O sobrina.

—Cierto. —Se ríe y lo oigo.

—¿Eso es su...? —pregunto emocionada.

—Síiii —afirma con voz aguda.

Ambas miramos el feto y escucho su diminuto corazón, emocionada.

—Late fuerte —asiente Esther.

—Y muy rápido. —Sorbo por la nariz.

—Claro, es muy pequeño todavía. Pero el sonido es precioso. Va a ser fuerte, como su madre. —Me mira con ternura y lloro de emoción.

Cuando me siento frente a ella, observo su expresión. Quiero saber más sobre mi fecundación, así que le pregunto.

—¿Sabes el nombre del donante de esperma?

—¿Qué? —dice evitando mirarme.

Ahora soy yo la que está nerviosa porque, cuando Esther se pone de esa manera, la cosa pinta de gris a negro.

—Necesito saberlo. —La persigo por la estancia cuando se levanta.

—Lola, no. No puedo, es confidencial. Me echarían del trabajo si lo desvelo.

Le hago pucheritos y uno mis manos suplicando. Estoy histérica.

—Porfi.

—No. —Me mira y anda hacia otro lado.

—Porfi, porfi, porfi... —Le tiro de la bata siguiendo sus pasos.

Bufa. Se pone una mano en la cabeza y veo que tiene una batalla interior. No está muy convencida de decirme la verdad. Por el gesto que hace, parecería como si me avisara de que es mejor no saberlo. Pero mi insistencia puede con su conciencia y dice:

—Es mejor que te sientes.

Feliz, doy palmaditas y hago lo que me pide.

—Eres la mejor. Te quiero. —Le doy un beso en la mejilla.

—Quita, quita. Pelota. —Se aleja de mí y me señala—. Que conste que, si me echan, viviré en tu piso.

—Vale —asiento contenta.

—Con Bruno y Romeo.

Abro los ojos como platos. Voy a replicar, pero niega con el dedo. Entonces, resoplando, me doy por vencida y se coloca frente a mí, en su sillón.

—¿Es guapo? —digo sin pensar.

Se frota los ojos y asiente.

—¿Qué edad tiene? ¿Puedo ver la ficha? ¿Tiene foto?

—No hace falta nada de eso. —Se echa hacia atrás y me mira intensamente.

—¿Por qué? —No entiendo nada de lo que dice.

Murmura con los dientes apretados:

—Porque ya lo conoces.

—¿Qué? —Mi mandíbula cae.

Ahora sí que no comprendo nada de lo que está diciendo.

—Conoces al donante.

—¿Cómo sabes que lo conozco? ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Me lo has estado ocultando desde el principio? —replico enfadada.

—No exactamente.

—Explícate, ¿quieres? —Pierdo los estribos.

—Baja la vooozzz, ¿quieres? —me regaña haciendo aspavientos con las manos.

—Dime quién es —insisto molesta.

—Prométeme que no te pondrás a gritar.

Abro la boca pero la cierro al ver sus ojos asustados. Me va a dar un jamacuco, lo estoy viendo venir. Yo lo conozco, dice. ¡Ay, Dios mío, como sea David, el profesor de educación física! Mi pulso se acelera y necesito levantarme y moverme o me va a dar algo.

—Dime que no es David. —Me apoyo en la mesa—. Por favor, que no sea él.

Esther contempla mi expresión y niega lentamente. Sé que se está arriesgando al hablar y sufro por ello. Susurra algo ininteligible y le pregunto de nuevo. Vuelve a bisbisear.

—¿Quieres decirlo de una buena vez? —grito exaltada.

Ella estudia mi reacción con cautela, mientras sus labios forman las palabras «Philip».

Me quedo bloqueada, sin poder pronunciar una sílaba, y me dejo caer en la silla. Todo mi alrededor se ha convertido en una montaña rusa durante estos meses. Pero, sin lugar a dudas, la sorpresa de mi vida ha sido enterarme de mi reciente embarazo, y el bebé que llevo en mi vientre es, ni más ni menos, que del hombre a quien amo... aunque ahora lo odio con todas mis fuerzas. ¿Cómo se atreve?

—¿Cómo lo has sabido? —pregunto cuando me recompongo de la bomba que me ha soltado.

—Un día entré en su despacho para dejarle un informe de una paciente y vi el tuyo en su mesa. Fui a pedirle explicaciones, pero me dijo que no era el momento para ello, así que me tuve que ir, echando humo por las orejas.

La sangre me hierve cada vez más. Esther me observa y se levanta para agarrarme del hombro.

—Tranquila, Lola. Ahora tienes que mirar por la salud de los dos.

No con esto. Necesito saber.

—Habla, Esther —la reprendo—. ¿Cómo estás tan segura de que es él?

—Pues, unos días después, le pregunté a Philip qué hacía tu informe en su consulta y me dijo que, aunque yo sea tu ginecóloga, él quería supervisar mi trabajo. —«¡Ja! No se lo cree ni él», pienso y sigo escuchándola—. Más tarde, estaba en el laboratorio recogiendo unas muestras de sangre cuando entraron Philip y Aidan. Iba a avisarles de mi presencia, en el momento en que salió tu nombre de la boca del irlandés.

—¿Y?

—Entonces decidí quedarme quieta y escuchar su conversación. —Desvía la mirada avergonzada—. Lo que hice estuvo mal, Lola. —Suspira apesadumbrada.

Resoplo, haciendo caso omiso de su arrepentimiento.

—¿Y? —digo enérgicamente.

—Y confirmé mis sospechas.

Sin poder remediarlo, me levanto con un enfado descomunal y me dirijo hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —Mi hermana me mira asustada.

—A ponerle las cosas claras a ese gilipollas —grito y salgo como un toro de Miura.

Por el camino, me encuentro a su socio.

—Hola, guapa —me saluda con una grata sonrisa.

—¿Dónde está Philip? —Lo contemplo encolerizada.

Pone los ojos en blanco y señala su despacho. Entonces, girándome, ando hacia su consulta y abro sin llamar. Por suerte está solo, concentrado en la pantalla del ordenador.

—¿Qué derecho tienes tú, cabronazo, a cambiar las muestras?

Levanta su cabeza para mirarme y se queda perplejo.

—Sabes que esa información es confidencial, ¿verdad?

En ese instante me doy cuenta de que puedo dejar a Esther en la cola del paro, así que, rápidamente, añado:

—Lo sé. Pero mi hermana no tiene nada que ver. He sido yo quien lo ha averiguado. Responde. —Me acerco lentamente a su mesa.

Suspira y se levanta. Cuando llega a mí, su inconfundible perfume penetra en mis fosas nasales, haciendo que mi cuerpo, automáticamente, quiera besarlo y abrazarlo. Lo detesto por hacerme sentir vulnerable.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —jadeo—. Eres un capullo mentiroso.

—Perdóname, Lola. —Me coge de la mejilla y yo me deshago del agarre.

—¿Cómo quieres que te perdone después de haberme hecho tanto daño? Primero me ocultas que estuviste casado y que tu mujer murió al dar a luz a tu hija y luego esto. No, Philip. Perdón no existe en mi vocabulario. Has jugado con mis sentimientos y te odio por ello —grito.

Él cierra los ojos. Eso lo ha herido. Bien, eso quiero. Herirlo como él ha hecho conmigo.

—Yo te quiero —suplica abriéndolos de nuevo y clavándolos en los míos.

—¿Me quieres a mí, o a ti mismo? —Alzo una ceja.

—Te quiero más que a mi propia vida, cariño.

—No me llames cariño —siseo.

—Es lo que eres: mi mundo, mi todo. Lola, por favor. Perdóname —ruega.

Tengo quemazón en los ojos, pero me niego a llorar delante de él. Me escudo en mi enfado.

—¿Por qué cambiaste las muestras? —pregunto de nuevo, altiva.

Se peina el pelo con las manos y me observa intensamente con su mirada gris azulada. Él acerca su brazo, con la intención de pasar su mano por mi vientre plano, pero la deja suspendida en el aire y cierra el puño, girándose. Su cuerpo está tenso y mi humor cada vez va a peor. Sin controlar mi cólera, chillo:

—¿Por qué lo hiciste?

Se da la vuelta y me mira con fuego en los ojos.

—Porque jamás permitiría que tuvieras un bebé de otro hombre. Prefiero mil veces que me odies a saber que la criatura que crece en tu interior no es parte de mí —ruge—. Llámame egoísta, pero no me arrepiento de lo que he hecho. —Se acerca a mí y, sin darme tiempo a reaccionar, aprisiona mis labios con los suyos.

Nos fundimos en un cálido beso que en cuestión de segundos se vuelve salvaje y sexual. Nuestras lenguas bailan, enroscándose una con la otra. Sin entender de odio, sino de pasión. Agarro su cabello para acercarlo más a mí y él hace que me

siente en su mesa, dejándolo en medio de mis piernas para agarrarme mejor. Estoy drogada por su toque y mi cuerpo quiere más. Lo quiero dentro, cálido y fuerte. En el momento que acuna un pecho en su mano, reacciono, y se lo hago ver deshaciéndome de su agarre. Me está entrando un sofoco. Respiro hondo varias veces cerrando los ojos para tranquilizarme y me pongo bien la ropa. «¿Qué estoy haciendo?», me reprendo a mí misma. Con un solo toque, casi caigo en sus brazos. «Idiota.»

—¿Estás bien? —Toca mi mejilla.

Abro los ojos y le doy una gran bofetada.

—Eres un jodido egoísta. Ni se te ocurra buscarme, porque no respondo de mí, ¿te enteras? —le digo.

—Esta vez no dejaré que te alejes de mí tan fácilmente. Pienso luchar por ambos. —Echa una ojeada desde mi cara a mi vientre y viceversa—. Y no pararé hasta conquistarte de nuevo —concluye seguro de sí mismo.

Jadeo asombrada. Dentro de mí se está formando una lucha de sentimientos y pensamientos. Necesito salir de allí o terminaré sin ropa, encima de su escritorio.

En el momento en que paso por la recepción, mi hermana me para con una mirada angustiada.

—¿Qué has hecho?

—No tengo ganas de hablar, Esther. —La observo con furia—. Sabías que era él desde el día en que vine a hacerme la fecundación. Dime, ¿en quién puedo confiar ya, si hasta mi propia hermana me defrauda? —chillo con un sollozo lastimero.

—Lola, yo...

—Déjame. No me toques. Ahora no —murmuro enfadada.

Al montarme en el coche, las palabras de Philip chocan en mi confundida mente: «Porque jamás permitiría que tuvieras un bebé de otro hombre. Prefiero mil veces que me odies a saber que la criatura que crece en tu interior no es parte de mí». Me quiere y, aunque haya sido un egoísta, yo también hubiese querido que

él fuera el padre de mis hijos. Pero eso jamás lo diré. Cierro los ojos y me apoyo en el reposacabezas acariciando mi vientre. Las lágrimas salen solas. ¿Y ahora qué voy a hacer?

—Mi vida es un desastre desde que tú apareciste en ella, Phil. Te odio y te amo a la vez. —Me toco los labios sintiendo aún el beso y lo que casi venía a continuación, si no me hubiese detenido—. Dame fuerzas virgencita de Guadalupe que tanto te nombra Dylan, ya que Dios parece estar ocupado en otra cosa.

Abro los ojos al acordarme de mi amigo. ¡Octavio! Oh, mierda, el niño ya debe tener meses. Cojo mi móvil y llamo a Carmen.

—Hola, Lola —dice con alegría.

—¿Puedo ir a veros? —pregunto sin saludar.

Me regaño a mí misma por ser a veces tan mal educada.

—¡Claro! Aquí te esperamos los tres.

—¡Qué bien! Voy para allá. —Cuelgo y voy a una tienda de bebés para comprarle algo al pequeño.

No puedo aguantarme y examino excitada la ropa de recién nacido. Pero ahora no es el momento. Me alejo de esa sección a regañadientes y me concentro a lo que he venido: el hijo de mis amigos.

Al llegar a su casa, nos fundimos en un largo y cariñoso abrazo. Veo al pequeño acostado en su cuna. Es igual que su padre. Comentamos qué tal fue el parto y me disculpo por la tardanza. Entonces les doy la noticia de mi reciente embarazo y se alegran muchísimo. Les explico el proceso al que me he sometido para llevarlo a cabo y Carmen me tranquiliza diciéndome que seré una estupenda madre. Adoro a esa mujer.

Entonces Dylan saca el tema que aún me reconcome por dentro. Ambos se miran abrumados cuando les cuento la historia.

—No sabíamos nada, Lola. Lo cierto es que sólo tenemos relación profesional con él. Pero he de decir que es un buen hombre. Se ha portado fabulosamente

con nosotros. Si ha hecho eso, te aseguro que ha sido por una buena razón. Dale la oportunidad de explicarse.

—No sé si podré perdonarlo.

—Lo harás. —Carmen sonrío—. Cuando se ama de verdad, se perdona. No seas tan testaruda, mujer, y habla con él.

Su marido la observa con adoración. Por lo que me acaba de decir, intuyo que, en el pasado, ocurrió algo entre ellos que los separó. Pero, como dicen, el amor mueve montañas. Suspiro y cambio de tema porque una punzada de envidia cruza por mi interior al ver lo enamorados que están uno del otro.

## 25

Sigo sin hablar con Philip, aunque a veces me deja notas en la puerta de mi casa con palabras de amor. Otras, me manda algún ramo de rosas por encargo y sus tarjetas hacen replantearme muchas cosas. Lo echo de menos, pero no voy a caer de nuevo. Estamos en diciembre y hoy es Nochebuena, así que estoy en casa de mis padres, para cenar juntos. Mi padre ha puesto, en el equipo de música, un cedé de villancicos que yo canto alegre, mientras ayudo a poner la mesa. Al ver llegar a Esther, con los animales, me tenso. Cuando estamos sentados en la mesa, mi padre habla.

—¿Cómo llevas el embarazo, nena?

—Ayer lo pasé fatal —contesto resoplando—. Estuve con náuseas todo el día.

—Está peleón o peleona, entonces.

—Parece ser que sí —asiento sonriente.

Nos quedamos en silencio y Bruno se nos acerca para llamar la atención.

—Qué grande está el chucho. —Le da palmadas en el costado.

—No es un chucho —replica mi hermana frunciendo el ceño.

—Es mi chucho preferido, ¿a que sí? ¡Ay, cómo le gusta que le hagan cositas! —canturrea al perro, mientras éste se tumba con las patas abiertas.

—Ezequiel, que vamos a cenar. Deja de tocar a Bruno —lo regaña mi madre.

—Vale, vale. —Se levanta ofuscado para lavarse las manos.

Mi hermana y yo nos miramos riéndonos. Por un momento, la tensión desaparece.

—Lola, yo, para los ardores, me tomaba regaliz de palo y regaliz negro. Me lo

dijo tu padre, porque me traíais por la calle de la amargura. —Ríe entre dientes.

—Gracias, mamá. Lo tendré en cuenta.

—¿Cuándo te haces la próxima ecografía?

—Dentro de poco. —Miro a mi hermana de reajo—. Pero dejad de llorar, o no traigo más.

Cada vez que les muestro las ecografías, necesitan coger un pañuelo porque no aguantan las lágrimas de felicidad.

—Ay, Dolores, no todos los días voy a ser abuela.

—Debes tener cuidado con lo que comes, quizá ahora empieces con los antojos —dice mi padre, reuniéndose con nosotras de nuevo.

Soltamos una carcajada y digo:

—Lo hago, papá. No quiero ser una foca andante.

—Tu madre engordó una barbaridad.

—Eran gemelas —se queja.

—Y vaya dos. Cada dos por tres estabais malas. Menos mal que estaba el doctor en casa, o sea, yo. —Se señala orgulloso.

Mi madre ríe, contándonos a Esther y a mí nuestro historial médico, mientras reparte los platos para que nos sirvamos de la comida que ha hecho para este día.

—¿Te acuerdas del día que me llevaste al médico a escondidas de papá? —digo divertida, mientras cojo el cucharón y me echo en el plato sopa de marisco.

—¿Cuántos años tenías? —pregunta mi hermana para intentar entablar conversación conmigo.

—Quince años, y estaba obsesionada con los bebés. —Todos nos reímos.

—¡Calla, que menuda bronca me echó tu Ezequiel! —Mi madre suspira.

—Es que no se te ocurrió otra cosa que llevarla para que la viera Luis.

—¿Y yo qué sabía que era compañero tuyo? —se defiende irritada.

—Pero él no es pediatra, ¿no? —pregunto con el ceño fruncido.

—Es médico de familia, cielo. Pero nos vimos antes de que pasara consulta a sus pacientes; quedamos para tomar un café y hablamos.

Miro a mi madre masticando en silencio. Se ha enfadado y le hago señas a mi padre. Entonces, cambia de tema.

—Va a ser un chico, lo intuyo —dice con convicción.

—A mí, con que venga bien, me da igual lo que sea.

—Vendrá sano y fuerte. —Esther sonrío, mirándome.

Aunque hemos cruzado alguna palabra y risa, sigo un poco molesta con ella. Más tarde, cuando terminamos de cenar, mi padre nos sienta juntas en el sofá y él se pone en medio, abrazándonos.

—Chiquitas, ¿qué pasa entre vosotras? Estamos en Navidad. La familia debe estar unida en estas fechas tan significativas.

—Nada, papá —digo tensa.

—Ah, no. Hacen falta más argumentos para que me crea eso. Prueba otra vez, Dolores —insiste.

—Le oculté el nombre del padre de su bebé —suelta Esther sin más y mi madre tira una copa en la cocina para luego venir rápidamente hacia nosotros.

Miro a mi hermana con la boca desencajada. ¿Por qué hace esto?

—¿Cómo has dicho? —Mamá alza la voz parada ante nosotros.

—María, no empieces —avisa mi padre con calma—. Cuéntanos, Esther.

—Esther, creo que no...

—A ver, Lola. Ya me siento lo suficientemente culpable por habértelo ocultado. Lo siento. No tenía valor para decírtelo. Entiéndeme, es mi jefe.

—¿Qué? —gritan mis padres.

Ay, madre. Aquí se va a liar la de san Quintín. Me tapo la cara con ambas manos.

—María Dolores, ¿es verdad lo que dice tu hermana? —Me acecha amenazadoramente.

—Sí —y agrego rápidamente—, pero yo no lo sabía, mamá.

—Espera. Un momento porque me estoy haciendo un lío. —Papá se levanta—. Se supone que te hiciste una fecundación in vitro, ¿cómo leches va a ser el jefe de ella —señala a Esther— el padre de la criatura que esperas?

—Él cambió las muestras en el laboratorio por sus... eh... —Aquí estoy, hablando de sexualidad con mis padres. ¡Qué vergüenza estoy pasando! Roja como un tomate maduro, termino—: espermas.

—¿Y por qué hizo tal cosa? Y tú Esther, ¿cómo lo supiste? —Mi madre se pone histérica.

—Lo hizo porque me dijo que jamás permitiría que tuviera un hijo de otro hombre.

—Y yo lo supe en el laboratorio —responde mi hermana.

Mi madre no le hace mucho caso, porque vuelve a preguntarme:

—¿Acaso has estado saliendo con ese hombre? —Se sienta a mi lado y le cuento la historia, muy a mi pesar.

—Entonces, ese muchacho lo que está es atontado por mi niña —concluye mi padre—. Quiero conocer a mi futuro yerno.

—¿Perdón? —Me quedo sin respiración.

—Digo yo que os casaréis, ¿verdad?

Esther y yo nos miramos y le pido a gritos que me ayude. Y lo hace hablando de

Aidan y su relación. Eso mitiga un poco el acoso paternal y me deja más tranquila.

Cuando nos dejan a solas, me acerco a ella y le cojo la mano.

—Gracias.

—¿Por qué? —Frunce el ceño.

—Por ayudarme.

Sonríe tristemente.

—Creo que era lo correcto. Lo siento mucho, Lola. —Sus ojos están llenos de lágrimas.

—Las hermanas se lo perdonan todo —murmuro acariciando su mejilla.

—No todo. Te he traicionado.

—Pero por tu trabajo, Esther. He sido una egoísta al pensar sólo en mí.

—¿Comenzamos de nuevo? —propone sorbiendo por la nariz.

—Claro.

Nos fundimos en un cálido abrazo y nos llenamos de besos. Después, le pregunto más a fondo por su cita con el irlandés, que la tiene loca.

—¡Es tan romántico! —Me coge de la mano suspirando y alzo la ceja—. Vino a recogerme a casa con un ramo de rosas. Luego, me invitó a cenar y, después, fuimos al cine.

—Ohh, qué romanticismo —me mofo.

—¡Eh! Que aún no he terminado —me regaña con un manotazo al aire—. Me llevó al monte Naranco.

¡Vaya con Aidan! Es un lugar espectacular para dar un paseo o hacer ruta turística. Aún está más bonito por la noche, cuando se ilumina y atrae a las parejas para observar las estrellas o buscar intimidad por los alrededores.

—¿Y qué hicisteis en el Naranco de noche, pillina? —Le doy con el codo con guasa.

—Dimos un paseo, agarrados de la mano bajo una gran luna llena. —Pestañea.

Intento disimular una risita que, en un segundo, se convierte en carcajada.

—Oye, ¿de qué te ríes?

—Ay, Esther. Es que eres muy graciosa contándome las cosas. ¿Y de qué hablasteis?

—Entre otras cosas, de ti y Philip.

De repente, me pongo tensa y se me quitan las ganas de reír. Aún sin decirle nada, ella continúa.

—Aidan me contó que Philip está decaído. Lo ve muy mal. Apenas come y, no sé, Lola, pero siento pena por él. Por lo que sé a través de su amigo, es muy buena persona. No sé, creo que deberíais hablar.

—¿Eso te dijo? —Agacho la mirada, triste.

Aunque no quiera saber nada de él, no dejo de reconocer que todavía sigo queriéndolo y me duele que esté descuidando su salud.

—Sí. Eso me dijo. ¿Por qué no lo buscas?

—No —digo rotundamente—. Me niego.

Ella resopla y se levanta.

—Eres una cobarde.

—¿Yo? ¿Y ahora qué he hecho?

—Dejar escapar al único hombre que te ha querido y te querrá siempre. —Alza la voz enfadada y se va a la cocina, dejándome con la palabra en la boca.

Mi móvil suena y veo que me han enviado un WhatsApp. Mi corazón se congela al ver que es Philip.

«Te deseo unas felices fiestas. Te echo de menos. Espero que algún día me perdones. Te quiero.»

Frunzo el ceño aturdida. Me debato entre contestarle o no, pero decido que lo mejor es olvidarlo y me dirijo donde está mi familia.

Tres meses después, Esther se empeña en pasar juntas el fin de semana. No sé qué interés tiene en que sea éste precisamente. Ha reservado habitación en el parador de Cangas de Onís. El hotel es el antiguo monasterio San Pedro de Villanueva y tiene un mirador con unas vistas espectaculares a los Picos de Europa, al santuario de la Santina y a los lagos de Covadonga.

Ahora, estoy almorzando en un bonito restaurante de la zona con ella. Nos hemos pedido un pote asturiano y, como no puedo beber sidra asturiana, se ha solidarizado conmigo y ambas bebemos agua.

Después de acabar de comer, nos pedimos dos barreñas. Es típico en Asturias, conocido como cuajadas con barquillos y miel de caña.

Al pagar el almuerzo, mi gemela sugiere salir a la terraza para disfrutar de las vistas. Acepto encantada. Estamos en un cómodo silencio mirando los Picos nevados en sus cumbres, cuando, por el rabillo del ojo, la observo y percibo que no para de mirar a los lados, como si estuviese buscando a alguien.

—¿Ocurre algo? —Alzo las cejas preocupada.

—No, ¿por qué?

—No sé, lo mismo me vas a traer la tuna —digo riéndome.

Frunce el ceño y dice:

—¿Tuna? Perdona, pero eso lo hacen los hombres enamorados. —Resopla.

—Entonces, ¿por qué tienes tanto interés en mirar de un lado a otro?

—Soy observadora. —Se encoge de hombros y veo que sonrío a mi espalda.

—¿A quién...?

No termino la pregunta al notar una mano en mi hombro y pego un brinco. Me doy la vuelta y me quedo blanca.

—Hola, Lola.

Trago saliva y digo:

—Philip.

—Veo que te acuerdas de mi nombre. —Sonríe.

Curvo los labios hacia arriba. Veo que se acerca una niña que agarra la mano de Aidan. Queda confirmado, esto es una encerrona.

—Papi, quiero ir ya a ver las vacas ¡muuu, muuu! —se queja haciendo un mohín.

—Ya vamos, cariño. —Se ríe—. Te presento a Lola y ella es su hermana, Esther.

—Vaaaaaaya, si sois iguales. —Sonríe y deja ver su mellada dentadura—. Yo me llamo Marta.

—Hola, Marta —decimos al unísono mi hermana y yo.

Es una copia exacta de su padre. Morena y de ojos azules. Lleva un vestido celeste, abrigo y el pelo recogido en una coleta con lazo.

—Chicos, ¿podríais quedaros un segundo con la niña?

—Por supuesto.

—Ve con tu tío, cariño —le dice Philip.

—¡Vale! —Aidan la coge en brazos—. Tito, quiero ver las vacas. —Hace un puchero.

—Venga, vamos a verlas. —Aidan resopla mirando a su amigo, que lo mira con diversión.

La niña brinca dando palmadas y le da un abrazo.

Por mi parte, echo un vistazo a los dos traidores con los ojos entrecerrados, y mi hermana me mira pidiendo una disculpa no del todo sincera. Cierro los ojos con la intención de girarme, pero Philip me retiene, cogiéndome de la cintura y posando una mano en mi redonda barriga.

—He estado pendiente de la evolución de tu embarazo desde el primer día, leyendo los informes que Esther me pasaba. He visto las ecografías, pero siempre está de nalgas y sé que aún no sabes su sexo.

—Es verdad —asiento sonriente—. Aún no lo sé.

—Estás preciosa. —Su mirada gris se clava en la mía, sonrojándome.

Llevo unos leggings negros y un jersey grueso premamá de lana rojo. Estoy de seis meses. Llevo el cabello recogido y unas botas de pelo negras. Hace bastante frío.

—Tú también. Aunque me impresiona verte en vaqueros y cazadora de cuero.

—Para que veas que no siempre soy un tipo serio con traje.

Me invita a pasear y acepto. Andamos en silencio durante un rato, hasta ver el famoso puente romano, con la cruz de Pelayo, sobre el río Sella. Nos paramos y Philip se pone frente a mí.

—Lola, necesito explicarte... —Tengo la intención de interrumpirlo pero posa un dedo en mi boca—. Déjame hablar. —Asiento—. Hace diez años, me casé con Andrea. Era una mujer muy guapa, una gran persona, con un gran corazón. A los cuatro años, se quedó embarazada de nuestra hija. Estábamos muy contentos por la noticia. —Sonríe tristemente—. Cuando llegó el momento del parto... —Desvía la mirada afligido.

—No hace falta que me cuentes más, Phil —digo con los ojos llenos de lágrimas.

La muerte de su esposa aún le duele. Y siempre se dice que, detrás de una buena mujer, hay un buen hombre. Qué razón tiene ese refrán, porque Philip lo es.

—Es que quiero decirte el motivo por el que te oculté a mi hija.

—Ya lo sé. Tu hermana vino a mi casa hace tiempo.

Me mira asombrado.

—Lo sabía. Siempre intuí que fue a verte después de nuestra discusión —  
murmura asintiendo.

Me duele romper la promesa que le hice a Alana.

—Sólo dime, ¿por qué no confiaste en mí?

Cierra los ojos y se mete un puño en la boca conteniendo la rabia y la culpabilidad que siente hacia sí mismo. Me da la impresión de que se golpearía con gusto hasta perder la consciencia.

—Lo siento muchísimo. —Me mira con sus ojos lagrimosos—. Jamás volverá a ocurrir. Te lo prometo, mi amor, perdóname. —Se le escapa un sollozo.

Lo contemplo asombrada. Philip está llorando. Mi corazón late fuertemente contra mi pecho pisoteando mi orgullo.

—No llores, por favor —susurro atormentada por sus palabras.

—Es que ya no sé qué más hacer para que me perdones. Te he enviado de todo y no he conseguido nada. Sólo te oculté a mi hija porque no quería perderte. Te lo habría dicho, pero poco a poco. No soy capaz de vivir sin ti, Lola. Me tienes atrapado. Te has llevado todo mi ser. —Me coge de las mejillas con ambas manos y apoya su frente en la mía mientras llora—. Prefiero morir que estar sin ti.

—No digas eso. —Cierro los ojos y una lágrima cae por mi rostro.

—Perdóname. Te lo ruego. —Sujeta mi cara para que lo mire a los ojos—. Dime que no me quieres y te dejaré ir. Quizá no me odias, quizá es que has dejado de quererme.

No puedo seguir mirándolo.

—Dímelo y entonces te dejaré para siempre. Pero necesito oírlo de tu voz.

Escuchar que puedo perderlo y no verlo nunca más, hace que reaccione. Para mí, él lo es todo. ¡Ay, pero qué tonta he sido todo este tiempo! Ahora me doy cuenta de lo enamorada que estoy de este hombre. Mi orgullo me ha nublado la razón. Pienso en las palabras que me dijeron Esther y Dylan en su momento y me niego a alejarlo de mí. Ya no más.

—No puedo decirte eso.

—¿Por qué? —murmura con un hilo de voz.

—Porque yo también te quiero, Phil. —Sollozo.

Me abraza fuertemente y noto la felicidad que hay en su interior. Es como si la barrera nunca hubiese existido y ahora somos uno. Para siempre, decimos con nuestro lenguaje corporal. Él es mi hombre y yo, su mujer.

—Me gustaría estar presente en las siguientes ecografías. Pero no como médico, sino como padre... dándote mi mano mientras Esther descubre al fin el sexo de nuestro bebé. —Acaricia mi cabello con adoración y limpia mis lágrimas con un suave beso en cada pómulos.

Nuestro. Esa palabra llega a mi alma hinchándola como un globo y quitando cada espina de ella.

—Quiero que estés durante el parto. —Sorbo por la nariz.

—Estaré donde tú quieras que esté, mi amor.

—Phil... —Sollozo y entierro mi cara en su pecho mientras lo abrazo con todas mis fuerzas, dejando que expulse toda mi pena contenida durante estos largos meses.

Cuando me tranquilizo, entre susurros y pequeños besos que me da en la coronilla, me coge de la mano y se arrodilla mientras saca una pequeña caja de terciopelo oscuro de un bolsillo de sus pantalones.

—Cásate conmigo, Lola.

No puedo hablar. Me quedo anonadada. Esto es un sueño. Trago saliva y, tapando mi boca, emocionada, asiento. Él saca una alianza de oro blanco

rodeada de diamantes y la coloca en mi dedo anular izquierdo.

—¿Por qué en este?

—Porque es la mano del corazón. —Se señala su pecho y me tiro a sus brazos.

Unas horas más tarde, nos encontramos con mi hermana, Aidan y Marta, que al fin está contenta viendo a sus vacas, en el parque de los Picos de Europa.

Philip y yo vamos agarrados de la mano y con mi anillo de compromiso luciendo en mi mano. Sin darme cuenta, doy un traspié y casi me caigo de no ser por él, que me sujeta.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—Es que estoy en Babia. —Me río asintiendo.

—Buenooo, ¿y ese anillooo? —pregunta mi hermana con un entusiasmo exagerado.

—Esther, deja de fingir, ¿quieres?

—Bueno, vale. Lo elegí yo.

—Eh. —La empuja Aidan—. Que yo también estaba presente.

—Sí, pero te decantabas por los más feos.

—¿Feos? ¡Y tú, por los más caros!

—¿Yoooo? —Mi gemela se señala con fingida inocencia.

—Espero que no elija uno caro, Aidan, sino lo llevas claro —digo divertida y me miran fijamente.

Philip y yo nos observamos, y soltamos una carcajada. Pero desaparece la risa cuando la pequeña cambia de la mano de su padre a la mía y me dice:

—¿Y tú vas a ser mi nueva mami?

Pongo los ojos en blanco y trago.

—Cariño, tú ya tienes una mami. —La llevo a unas vallas de madera para que se siente.

—Está en el cielo. —Apunta con su dedo hacia arriba—. Yo quiero una mami que me cuide, juegue conmigo a las muñecas y me peine, porque papá no sabe hacerme las dos coletas. —Cruza los brazos, enfadada, y me río.

—Bueno, que no sea tu mami no significa que no vaya a jugar contigo, preciosa. —Le cojo de la barbilla pero hago un gesto de dolor que pone a Philip en alerta.

—¿Qué pasa?

—Cariño, no pasa nada. —Sonrío ampliamente—. Se está moviendo y me está dando unas patadas... —Bufo.

—¿Puedo tocarte la barriguita? —La niña me mira con rostro angelical.

—Claro que sí, princesa. —Cojo su mano y la apoyo en mi vientre para que note a su futuro hermano o hermana.

—Papiiiii —grita emocionada—. Se mueveeeee. Correee, veeen... —Le coge el brazo a Philip.

Él me pide permiso con la mirada y lo acerco a mí. Cuando nota la pequeña patada, una lágrima cae por su mejilla.

—¿Por qué lloras, papá? —Marta le acaricia la mejilla, triste.

—De felicidad, cariño.

Mi hermana y Aidan nos contemplan emocionados y esta vez les dedico una mirada de agradecimiento. Sonrío extasiada a mi gemela y ella me devuelve la sonrisa, enjugándose las lágrimas con las mangas del abrigo. Su pareja la abraza.

Después de pasar la tarde todos juntos, se llevan a Marta. Esther le ha hablado de su loro y la cría se ha empeñado en verlo, así que se marchan a casa de ella para que tengamos más intimidad, ya que la habitación que había reservado mi querida hermana era una treta para pasar la noche con Philip. Sonrío interiormente al darme cuenta de lo astuta que ha sido y cómo me ha engañado. Philip conduce hacia el parador. Cuando entramos, nos dirigimos a nuestra suite.

Tiene dos habitaciones y el baño. En una, está la gran cama con dosel de madera, armario, cómoda, mesillas y televisión. En la otra, un salón. La decoración es rústica y muy bonita.

—Es maravilloso —digo asombrada.

—Como tú. —Me coge por sorpresa y doy un grito ahogado—. No te asustes, que no soy tan torpe andando como tú. —Se ríe.

—Muy gracioso. —Me mofo tumbada en la cama.

—Quiero hacerte el amor hasta que nos falte el aire —dice ruborizándome.

—Mi cuerpo está gordo —me quejo.

—Tu cuerpo, querida, está perfecto para mí. —Se tumba a mi lado, ahuecando su dura mano en mi abultado vientre.

Sube el jersey y la blusa y lo deja al descubierto. Se acerca para besarle tiernamente.

—Aquí está creciendo nuestro hijo —murmura con los labios aún en mi piel.

—¿Cómo sabes que es un niño? —Frunzo el ceño.

—Lo sé —sentencia, y comienza a ascender, quitándome la ropa lentamente hasta quedar desnuda ante sus ojos—. Simplemente hermosa. —Entierra su boca en la mía, fundiéndonos en un largo y tendido beso.

Él se desnuda a la velocidad de un rayo y vuelve a besar mi cuerpo con vehemencia y pasión, haciendo que jadee con su tacto.

—Te quiero dentro, Phil. ¡Ya! —gimo.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa de mis sueños. —Sonríe y me penetra lentamente, poniendo sus manos sobre mi barriga.

Hacemos el amor dos veces más, pero mi cuerpo se cansa y me pide dormir, así que, después de un baño relajante con mi futuro marido, nos acostamos en la cama y él cubre mi tripa con su mano.

## Epílogo

Mi embarazo está alcanzando la plenitud. Ya estoy de ocho meses, y soy una foca andante. Lo peor son mis cambios de humor: o todo me molesta o todo me hace llorar. Philip aguanta, aunque a veces se desespera y discutimos. Hace un tiempo que vivo en su casa. Es bastante grande y es cierto que aquí estoy mucho más cómoda. Es un chalé independiente de dos plantas, con un extenso jardín. Tiene una pequeña piscina, de la que no podemos disfrutar porque, aunque sea mayo, hace fresco. Hoy parece que el sol invita a estar sentada en el exterior, pues calienta mi cuerpo. A mi lado está Marta, a quien le he enseñado a hacer figuras con un trozo de papel y ahora intenta elaborar un barco como el que yo he hecho.

—Mira, Lola, ¡qué bien lo hago! —grita.

—¡Vaya! Has aprendido muy rápido. —Aplaudo.

Oigo la voz de Philip y miro detrás de mí. Se acerca tan guapo como siempre con su impecable traje de chaqueta oscuro y camisa celeste.

—¿Cómo están mis dos soles?

—¡Mira, papi! He hecho un barquito como me ha enseñado Lola.

Él y yo nos miramos y sonreímos al observar el casi barco, porque parece algo extraño.

—¡Qué bien lo hace mi princesa! De aquí a un concurso de papiroflexia. —Se ríe y se pone en cuclillas para quedar a mi altura.

—No seas malo —le riño.

—¿Cómo te encuentras, mi vida?

—Puf. —Resoplo—. Ya no sé cómo ponerme.

—¿Te duele algo? —pregunta preocupado tocando mi panza.

—No. Sólo estoy incómoda. —Lo tranquilizo poniendo mi mano en la suya—. ¿Sabes? Aún recuerdo el día que Esther nos dijo que era un niño.

—No sigas. —Tiene la intención de levantarse, pero lo retengo.

—Lloraste como una cría.

—Papáaa es una neeenaaa —canturrea su hija moviendo la cabeza a los lados, haciendo que sus dos coletas se muevan.

Philip hace una mueca.

—Sólo fue una lagrimilla de nada.

—Claro —digo irónicamente—. Lloraste como una nena. —Me río y se da la vuelta, enfadado.

Más tarde, estoy tumbada en el sofá viendo la televisión y a mi lado está Philip masajeándome los pies. Cada vez estoy más incómoda. Me duelen los riñones, las piernas me pesan y tengo los tobillos un poco hinchados.

—Dentro de tres días seremos marido y mujer. —Besa mi pantorrilla.

—Sí —digo gimiendo de placer—. Tendrías que ser masajista en lugar de ginecólogo.

Philip se ríe y sube su mano por la cara interna de mi muslo.

—Me gusta mi trabajo. Aunque he de reconocer que disfruto dándote estos masajes orgásmicos. —Sus dedos buscan por debajo de la falda mis bragas premamá.

—Phil, para. —Muerdo mi labio al notar su tacto en mi centro—. La niña puede vernos —susurro al sentir un dedo en mi interior.

—Está jugando arriba con sus muñecas. —Sonríe pícaramente y me abre las piernas subiendo mi trasero para quitarme la ropa íntima.

—Philip —jadeo cuando agacha la cabeza entre mis extremidades y noto su

lengua caliente en mi vagina—. Para, por favor —gimo, pero me tapo la boca mirando hacia las escaleras.

—Disfruta y relájate. —Se echa hacia atrás para clavar sus ojos azules en los míos.

—Pero... —Frunzo el ceño y casi grito fuertemente si no es porque me cubro los labios cuando vuelve a posar su boca en mi centro.

Al fin ha llegado el gran día, aunque nunca me lo había imaginado de esta manera. Estoy pletórica. Claro que voy a contraer matrimonio con mi superbarriga. Como dicen, me caso de penalti. Es complicado, sí. Aún no me entra en la cabeza todo por lo que he pasado en estos meses. Pero aquí estoy, en la casa de mis padres porque, a pesar de vivir con el hombre de mi vida, la tradición la he seguido y he pasado la noche en mi antiguo hogar.

Son las ocho de la mañana, y mi madre va de un sitio a otro porque yo no puedo correr. Qué irónico, ¿verdad? Mi hermana no ha llegado todavía y es la que trae a una peluquera para peinarme porque lo considera más cómodo y, la verdad, agradezco el detalle. Esther será quien me maquille.

—Mamá, es muy temprano aún. —Resoplo—. Quizá salió con Aidan anoche. Espera hasta las nueve.

—¿Cómo? No, no. No hay tiempo, cariño.

—Mi boda es a las cinco de la tarde. —Pongo los ojos en blanco.

—Y tú no puedes andar ligera. Pareces un pingüino. —Se mofa.

—Gracias, madre, por la comparación —mascullo molesta.

—No te enfades, Dolores, pero llevo razón.

—Sí, cállate ya, porque no lo estás arreglando.

—Y encima bipolar. ¿De verdad el niño es de Philip? —pregunta alzando una ceja.

—¡Mamáaa!—Me levanto de la silla de la cocina enfadada y subo las escaleras poco a poco.

—Voy contigo, cariño. —Me coge del brazo como apoyo. Lo agradezco.

Después de ducharme, mi hermana ya ha llegado y está discutiendo con mi madre.

—Nada, Lola. Que tu madre hoy está calentita. Vengo de recoger a Natalia de la peluquería —murmura enfadada mientras veo que saca del armario su traje largo de seda, una mezcla de colores suaves, y el mío, de novia.

Es un vestido de Rosa Clará. El que mejor se adaptaba a mi cuerpo de embarazada es el modelo Cecilia. Es una preciosa prenda de tul con bordado y pedrería, en color natural.

—Estás muy guapa. —Sonrío al ver su peinado.

Le sienta muy bien el pelo recogido hacia un lado, dejando caer sus ondas por el lateral de su clavícula derecha.

—Pero tú vas a ser la más hermosa de todas las mujeres. —Me mira sonriente.

Bufo.

—Con esta barriga...

—¡A callar! —demanda Esther—. No se te nota tanto, Lola. Eres muy exagerada.

—¿Exagerada? Si tengo los tobillos hinchados —me quejo.

—Por eso tu futuro marido te ha comprado unos tacones bajos. —Saca unos preciosos zapatos de raso blanco descubiertos por la parte delantera—. Vamos, que son las nueve y media y aún queda mucho por hacer.

Sonrío al recordar la cara que puse al ver esos tacones. Me siento ante el espejo y la chica comienza a peinarme mientras mi hermana se pone frente a mí a sacar las sombras de ojos del neceser.

Hoy es mi último almuerzo de soltera, y brindamos porque todo vaya bien. A medida que se acerca la hora, me pongo más nerviosa.

A las cinco menos cuarto ya estoy maquillada y peinada con un recogido muy bonito, acabado con la diadema de pedrería que llevó mi madre el día de su boda. Esta joya perteneció a generaciones pasadas. Mi hermana me ayuda a vestirme y, cuando cierra la cremallera, entran mis padres.

—Lola, estás espectacular —me halagan.

—Mamá, ¿con esta barriga? —Me doy la vuelta.

—Anda, calla, tonta. —Me besa la cabeza con cuidado y me pone el velo de encaje de Bruselas que llevó hace treinta años, vestida de novia.

—No se te nota mucho, nena. —Intenta tranquilizarme papá.

—Qué pesada es —refunfuña Esther mientras se cambia.

Hago caso omiso y me centro en la ropa de ambos. Mi madre lleva un elegante vestido lila y tocado en su cabello bien peinado.

—Tú sí que estás guapa. Al igual que papá. —Miro a un elegante Ezequiel vestido de chaqué. Es de color negro, al igual que el chaleco, con camisa blanca y corbata lila, haciendo juego con el traje de mi madre. Es el padrino y quien me llevará al altar.

—Que sepas —me señala— que llevo esto por ser tú, porque a mí no me gusta este tipo de ropa.

—¡Qué dices! Si estás divino —opina Esther—. Además, para mi boda también te quiero vestido así.

Todos nos volvemos hacia ella con los ojos muy abiertos. Alza las manos y replica avergonzada:

— Aidan aún no me ha dicho nada... pero algo huelo. —Soltamos una risita.

—María, ¿vamos, cariño? —la llama.

—Os esperamos abajo, ¿vale? —Mi madre sonríe—. Ezequiel, coge el ramo, que a Dolores se le olvidaría.

Nos re imos y se marchan.

Llegamos a la iglesia San Tirso unos diez minutos más tarde. Estoy nerviosa al oír la música nupcial cuando entramos. Mi progenitor me coge del brazo, dándome fuerzas. Lo miro y le sonrío. Una vez en aquel espacio, veo muchos invitados. Se vuelven a mirar. Algunos cuchichean, otros me sonríen. Camino del brazo de mi padre, mirando a Marta, que est a delante de nosotros caminando hacia el altar. Ella lleva los anillos y, agarrado de su mano, va su primo, Marcos.  l lleva una limosnera con las arras. Ambos van vestidos de blanco y parecen muñequitos. Est n preciosos. La niña le da al sacerdote las alianzas para que las bendiga. Miro a Philip, que me observa con la boca abierta. Est  guapísimo con su chaqué igual que el de mi padre, y me emociono al ver que lleva el chaleco de mi color favorito, el rojo. La camisa es blanca de cuello italiano y puño doble. La corbata, estrecha con rayas oblicuas rojas y blancas, anudada con un perfecto nudo Windsor. El pelo lo lleva peinado hacia atrás. Parece un modelo. A su lado está una guapísima Alana sonriente. Nos saludamos con una grata sonrisa. Es la madrina de Philip.

Cuando llegamos al lado de Phil, mi padre coge su mano y la entrelaza con la mía. Se saludan con la cabeza y una gran sonrisa. Después, se coloca a mi lado. Echo una ojeada a la parte de la familia y amigos de mi futuro marido, y está repleto de gente.

Philip nota mi inquietud y, apretando mi mano, susurra en mi oído:

—Estás preciosa.

Yo giro mi cabeza y le sonrío.

—T  también.

Justo en el momento en que va a responder, el párroco entra por la puerta de la sacristía y hace que todos los invitados se levanten.

La ceremonia transcurre demasiado lenta y mis pies no aguantan, por lo que necesito sentarme y descansar.

Llega el momento de los anillos. Ambos nos damos los votos y nos ponemos las alianzas el uno al otro con una sonrisa de felicidad.

—Yo os declaro marido y mujer —dice el cura—. Puedes besar a la novia.

Nos miramos y se acerca para besarme. Es un beso casto pero tierno. Los testigos, que son mi hermana y Aidan, firman. Está muy guapo vestido también de chaqué. Nos saludamos y nos hacemos varias fotos.

Como marido y mujer, saludamos a los allí presentes. Luego, al salir, los invitados nos echan arroz y pétalos de rosas. Cuando conseguimos meternos en el Rolls-Royce que me ha traído, nos dirigimos al parque de San Francisco para las fotografías.

Al terminar el reportaje, nos vamos al hotel Palacio Covadonga, donde se celebra el convite. Nosotros hemos reservado una suite sénior para la noche de bodas.

Al entrar en la celebración, recibimos un caluroso aplauso y Aidan grita:

—Que se besen, que se besen.

Philip se vuelve y me da un tierno beso en los labios.

—Bah, eso no es un beso, Phil —replica su amigo haciendo reír a todos.

Entonces, mi marido lo mira e inclina la cabeza hacia mi boca para darme un largo y sensual beso, provocándome unas ganas incontrolables de desnudarlo.

—Esto es un beso irlandés —me dice cuando termina.

—Pues quiero más besos irlandeses a partir de ahora. —Me río y él suelta una carcajada.

Después de la cena y muchos «¡vivan los novios!!», abrimos el baile con la canción de la película Ghost. ¡Ay! qué bonita es. No aguanto la emoción y lloro en el hombro de mi marido mientras nos mecemos al compás de la melodía.

—¿Por qué lloras, mi amor? —Acaricia mi cabeza.

—Es que esta canción es preciosa.

Sonríe y me mira mientras limpia mis lágrimas.

—Como tú, y vas a ser una madre maravillosa.

La canción termina y nos sentamos, no puedo más con mis pies.

—¡Ay, cariño! Miguel se está moviendo.

Cojo su mano y la pongo en mi barriga. En ese momento, veo a Marta y le hago señas para que venga hacia nosotros, haciendo lo mismo con ella. Philip y yo nos reímos por las cosas que dice la pequeña de su futuro hermanito.

La noche transcurre rápidamente y llega el momento de despedirnos. Una vez en la suite del hotel, que es fantástica, nos metemos en la cama y nos besamos. Nos amamos y hacemos el amor como marido y mujer.

Satisfechos los dos, me propone tomar un baño juntos y yo acepto. Me ayuda a entrar en el gran jacuzzi lleno de espuma y me acurruco junto a él.

—Ya mismo vamos a ver la cara de nuestro hijo. —Sonríe.

—Sí. —Resoplo—. Tengo ganas de tenerlo ya, porque no aguanto más. Me duele la espalda, los pies. Encima, tengo los pechos muy sensibles.

Philip se ríe.

—Anda, gruñona, ponte en el otro extremo, que te voy a dar un masaje en los pies.

Se me ilumina la cara y me pongo donde me dice. Me está masajeando los pies y yo gimo con los ojos cerrados. De un momento a otro, lo noto encima de mí besando mi cuello, mi clavícula y mis pechos. Muerdo mi labio y aprieto su cabeza incitándolo a más.

—Mmm —ronronea—. Estoy deseando probar tu leche.

Abro los ojos y lo miro enfadada. Voy a regañarlo, por compararme con una vaca, pero, cogiendo mi trasero y elevándolo, me penetra de una estocada, y

jadeo fuerte.

—¿Ibas a decir algo, amor? —Sonríe malvadamente.

—Sí —susurro.

—Dime —Me pone a horcajadas encima de él, dándole la espalda, y vuelve a penetrar mi vagina, mientras besa mi hombro.

—No pares —gimo apoyándome en su pecho.

—Cariño, tenemos toda la noche y una vida por delante.

Alza mi cabeza con su mano y me besa de un modo tan apasionado y lleno de amor que mi cuerpo se derrite por dentro como si fuese mantequilla.

## Agradecimientos

Quiero agradecer a todas las personas que han confiado en mí desde el primer día que comencé a escribir, mi pareja, el que más. Gracias por darme esa confianza y ser mi pilar básico. Te quiero. A mi familia por el apoyo y ánimo.

Mis cococalas (Bea Cortijo, Bea Pergo, Connie, Encarni, Loles, Marta y Rosa) que conversamos a diario.

A Megan Maxwell por ser mi musa y ayudarme a crear historias como ésta. A Olivia Ardey por animarme siempre y contar conmigo a pesar de ser nueva en esto.

Mi Martita, qué te voy a decir, mil gracias por ayudarme tanto. Eres lo más. Loles, gracias por aguantarme y darme esa energía positiva a diario. También a Susana Granados y a Noe Pepe por vuestra ayuda desinteresada. Sois dos soles. A Álex, mi paisano, por tus consejos y paciencia. BE&LA por los ratos que pasamos hablando y riéndonos. A Yoli García por tu apoyo y tus aportes. Eres un amor, gaditana.

A mis chicas Indasex. Guerreras Iceman y muchos grupos más. A mis seguidores de las redes sociales. Gracias a cada uno de ustedes por hacer que mi sueño se cumpla.

Agradezco enormemente a Zafiro, Grupo Planeta, por darme esta gran oportunidad y, por supuesto, a Esther Escoriza por confiar en mí y su cariño

diario. Muchísimas gracias, de corazón.

Pero sobre todo, a ti, querido lector. Por elegir esta novela, tenerla en tus manos y sumergirte en ella hasta el final. Gracias por confiar en una autora novel como yo y ayudarla a seguir aprendiendo.

# Biografía



© de la autora

Elizabeth Nann nació en Algeciras el 21 de octubre de 1989. Aunque parezca sorprendente, de pequeña, odiaba la lectura y ahora se ha convertido en una pasión. Romántica empedernida, le fascinan las novelas con final feliz. Un buen día se animó a escribir sus propias historias y comenzó a subirlas en su blog para darse a conocer. Con la publicación de La sorpresa de mi vida ha cumplido un sueño.

Actualmente estudia un grado superior de administración y finanzas, y es muy feliz al lado del hombre de su vida, al que conoció con tan sólo dieciséis años.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en

<<https://www.facebook.com/profile.php?id=100000259682001&sk=photos>>.

*La sorpresa de mi vida*

Elizabeth Nann

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, © Shutterstock

© Elizabeth Nann, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: marzo de 2015

ISBN: 978-84-08-13806-8

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

# NOVELA **ROMÁNTICA**

---



¡Síguenos en redes sociales!